

estudios



50 cts.

Boo.

Nº 92

Abil 1931

¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en éste caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NÚMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICA; Y 8 PESETAS PARA LOS DEMÁS PAÍSES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Todá correspondencia, giros, etc., diríjanse a:

J. JUAN PASTOR
APARTADO 158. - VALENCIA

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

Generación Consciente. — Por Frank Sutor. — Engendrar hijos cuando no se dispone de medios suficientes para nutrirlos y educarlos debidamente, no sólo es una imprudencia y una vergüenza: es una infamia; es un crimen que sólo la ignorancia y la estupidez humana pueden disculpar. La misión del hombre es dar vida, vida de espléndidez y de optimismo, y no vida miserable, de languidez y degeneración física y moral. En el hombre debe imperar la voz de la razón y no la del instinto grosero. Leed este librito y evitaréis el hacer más víctimas inconscientemente. Con varios grabados sobre la fecundación.—Precio, 1'00 pesetas.

Huelga de Vientres. — Por Luis Bullfi. — Medios prácticos para evitar las familias numerosas. — De las comparecencias del autor ante los tribunales resultan las resoluciones siguientes, que declaran que estos medios: *No constituyen ofensas a la moral pública*, Juicio por Jurados, 16 de marzo de 1906; *No son pornográficos*, Juicio por Jurados de 7 de junio de 1907; *La publicación de los medios preventivos de la fecundación no produce escándalo público*, Juicio por Jurados del 2 de julio de 1908; *No constituyen delito*, Sentencia del Tribunal de Derecho, fallo absoluto: Juicio del día 15 de junio de 1912. (Audiencia de Barcelona, Sección de lo Criminal). — Precio, 0'25 pesetas.

Embriología. — Por el Dr. Isaac Puente. — Es un

libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. — Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 pesetas; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

El veneno maldito. — Por el Dr. F. Elosu. — La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana es combatir eficazmente al más horrible de los vicios. — Precio, 1 pta.

Los esclavos. — Por Han Ryner. — Hermoso cuadro dramático filosófico, en que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas. — Precio, 0'50 ptas.

¿Maravilloso el instinto de los insectos? — Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios

franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorki. — Precio, 0'30 pesetas.

La virginidad estancaada. — Por Hope Clare. — Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra. — Precio, 0'25 pesetas.

Extraordinario de GENERACIÓN CONSCIENTE para 1928. — Precio, 1 peseta.

Extraordinario de ESTUDIOS para 1929. — Son estos almanques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso. — Precio, 1 peseta.

La tragedia de la emancipación femenina. — Por Emma Goldmann. — Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo. — Precio, 0'20 pesetas.

Eucénica. — Por Luis Huerta. — Mucho y muy bueno se puede aprender de este libro, en el que brilla, entre los temas propios de la finalidad de la obra, el amor al Naturismo, del que prácticamente es don Luis Huerta Naves devoto admirador y ejemplo viviente de su excelencia. — Precio, 2 pesetas.

Libertad sexual de las mujeres. — Por Julio R. Barcos. — No es un libro procaz y obscuro; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que J. R. Barcos trata las cuestiones del sexo es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal). — «Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya). — «Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Blasco Ibáñez). Está en prensa actualmente la tercera edición española. — Precio 3'00 ptas.

El A. B. C. de la Puericultura Moderna. — Por el Dr. Marcel Prunier. — El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares. — Precio, 1 peseta.

La Muñeca. — Por F. Caro Crespo. — Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos. — Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario. — Forma un elegante tomo de más de 100 páginas. — Precio, 1'50 pesetas.

Maternología y Puericultura. — Por Margarita Nelken. — De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre. — Precio, 0'25 ptas.

Amor y Matrimonio. — Por Emma Goldmann. — Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido descentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que deberían leer todas las mujeres. — Precio, 0'50 pesetas.

Cuentos de Italia. — Por Máximo Gorki. — Los que no han leído este libro del gran escritor ruso, desconocen uno de los aspectos más interesantes de su personalidad artística y social. *Cuentos de Italia* es un bellissimo florilegio de narraciones dramáticas en las que el alma italiana se descubre por entero en todas sus complejidades y matices. La hondura psicológica que es peculiar en los escritores rusos, puesta en estos temas occidentales, maravilla en gran manera. Lo que más admira en este librito singular es la variedad de los asuntos y el hecho de que todos estén tratados con insuperable maestría. Pocos viajeros han dicho cosas tan interesantes y tan justas de ese país tan lleno de materiales para obras literarias. Gorki se ha superado a sí mismo en estos cuentos, que ningún lector atento debe desconocer. — Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo. — Por Máximo Gorki. — Pocos son los escritores que en circunstancias difíciles logren imponerse de un modo tan rápido y absoluto como Máximo Gorki. La obra del glorioso novelista es una de las más interesantes que ha producido la literatura contemporánea. *Cómo se forja un mundo nuevo* es un libro que ha de interesar por lo que nos revela acerca de la revolución rusa y la nueva forma política y social de aquel pueblo, y porque sus páginas están impregnadas del entusiasmo ardoroso que Gorki ha tenido siempre en la libertad económica y moral de la raza humana. Este nuevo libro de Gorki aclara muchas dudas, desvanece equívocos y contribuye a difundir una idea más exacta y justa de lo que es el actual estado de Rusia y de lo que puede ser en el porvenir. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Anissia. — Por León Tolstói. — Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentir profundamente conmovido. Un libro que guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad. — Precio, 3 ptas.

La Filosofía de Ibsen. — Por Han Ryner. — Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la trascendencia filosófica y social del mismo. — Precio, 0'25 ptas.

Entre los muertos. — Por Elías Castelnuovo. — Precio, 2'50 pesetas.

Estudios sobre el amor. — Por José Ingenieros. — *Cómo nace el amor.* — *El delito de besar.* — *La reconquista del derecho de amar.* — Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embarcan al corazón humano. — Precio, 0'75 ptas.

Ideología y táctica del proletariado moderno. — Por Rudolf Rocker. — Muerto Kropotkin, el más alto exponente de las ideas libertarias que éste preconizó

durante toda su vida es Rudolf Rocker, ya ventajosamente conocido del lector de lengua española, por los muchos escritos suyos que han circulado por España y América. El volumen *Ideología y táctica del proletariado moderno* es lo más fundamental que se ha escrito en los últimos tiempos acerca de las luchas que el proletariado sostiene y habrá de sostener con sus enemigos de toda especie, que no son pocos. Libro serio, hondo, pensado, denso de doctrina y de ideas, no son éstos sus mayores méritos, con serlo de primera categoría. Su mayor mérito es la claridad y la sencillez, prendas de que no gozan otros libros, interesantes pero abstrusos. Rocker escribe pensando en los obreros, y se esfuerza por que éstos le comprendan acabadamente, lo que logra por entero. El libro, cuidadosamente traducido por Diego Abad de Santillán, ha sido muy bien impreso y muy bien presentado, lo que avalora aún más su mérito. — Precio, 3 pesetas.

La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico. — Por Pierre Ramus. — *«Mi libro rompe el tejido de una pérfida conspiración — dice el exponente más activo en Austria, del anarquismo, Pierre Ramus—. Cuando tuvo lugar en los gloriosos días de octubre-noviembre de 1918 el magnífico derrumbamiento del militarismo austro-húngaro y de su bestialidad, entonces había llegado el momento especial para la realización de la libertad y el bienestar para todos.»* He aquí, pues, explicado en pocas palabras el origen y el móvil principal de este libro. Ramus, con una visión clara y amplia de los principios que defiende, que han constituido sus veinte años de lucha incansable y tenaz, plantea en croquis cierto y contundente los estamentos sólidos y lógicos de la sociedad del porvenir para que en las conciencias libertarias se consolide la misión esencial a realizar en momentos oportunos como los que señala, y que pasaron inaprovechados por incapacidad e improvisación. Este libro lo reputamos de importancia extraordinaria, y recomendar su lectura es hacer labor eficaz y de gran trascendencia. — Precio, 3 pesetas.

El alcohol y el tabaco. — Por León Tolstói. — Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que oscurecen la conciencia del mundo. — Precio, 1 peseta.

Ideario. — Por Enrique Malatesta. — De la enorme producción intelectual de Malatesta, dispersa en periódicos, revistas y pequeños opúsculos, casi nadie se da perfecta cuenta. Parece que el gran revolucionario fuese sólo un simple hombre de acción. Lo es, sí, un hombre de acción, y admirable. Pero también es un hombre de pensamiento, y no de menor categoría que como hombre de acción. Este *Ideario* que hemos editado es buena prueba de ello. Hasta los mejores conocedores de Malatesta tendrán sorpresas con él. Se ha puesto en su traducción y ordenación sumo cuidado. Así, vemos desfilar por las páginas, apasionadas y ardorosas, en las que palpita el hombre de acción, todas las opiniones de éste, interesantes y valiosas siempre, sobre todos los problemas de la vida, sobre todas las luchas en que se empeñan los hombres, sobre los conflictos más hondos que se plantean en la conciencia de cada hombre, y más cuando éste siente el deseo de que la humanidad sea, en lo posible, feliz. *Ideario*, sencillamente, es un gran libro. — Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

La vida trágica de los trabajadores. — Por el doctor Freydoux. — Excelente documentación, henchida de rebeldía contra los males que padecen los obreros, de todas las miserias, dolores, lágrimas y sufrimientos que, como un rosario sin término, soportan los trabajadores. Interesantes detalles de catástrofes y accidentes que podían ser evitados y que no se evitan por la avari-

cia y la inhumanidad de los explotadores. Curiosas revelaciones de cómo en muchas de sus ocupaciones los obreros se envenenan poco a poco. Libro doloroso y verídico que no debe faltar en la biblioteca de ningún trabajador, ni de nadie a quien la suerte de los trabajadores preocupe e interese. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3,50 pesetas.

La Ética, la Revolución y el Estado. — Por Pedro Kropotkin. — La personalidad de este célebre escritor revolucionario es demasiado conocida de los lectores de lengua española; esto nos excusa de hablar aquí de él, aunque nunca sería excesivo lo que se dijera. Sólo llamaremos la atención de los que gustan de las lecturas sociales, sobre la importancia de este volumen, en el que se reúnen, por vez primera en castellano, tres de los estudios más famosos del gran escritor. Analizar cada uno por separado sería tarea dilatada. Vale más que el lector, por sí mismo, se forme un juicio, conociendo estos estudios, esmeradamente traducidos. Las opiniones de este gran hombre sobre la moral, sobre la revolución y sobre el Estado, son de un valor seguro e imponderable. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Los hermanos Karamazow. — Por el novelista ruso Fedor Dostoiewski. — En *Los hermanos Karamazow* es donde la personalidad del formidable moderno escritor Dostoiewski se destaca con más relieve, adquiriendo las gigantescas proporciones de los grandes autores de la antigüedad. La forma poética en que esta novela está trazada hace que las pasiones que agitan a sus personajes reflejen un fondo de humanidad tan vivo y trascendente, que sólo es posible hallarlo en las más encumbradas concepciones homéricas o shakespearianas. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, tres pesetas.

La vida de un hombre innecesario (la policía secreta del Zar). — Por Máximo Gorki. — Esta es una de las mejores obras que han salido de la pluma de Gorki, tan apta para crear buenas obras. Formidable ariete contra las prácticas policíacas. Libro henchido de humanidad hacia las víctimas de la tiranía. Novela que a través de su argumento de enorme fuerza dramática, nos descubre la vida entera de los hombres que preparan las revoluciones. — Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

Camino de perfección. — Por Carlos Brandt. — Valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor. — Precio, 2 pesetas.

Crítica Revolucionaria. — Por Luis Fabbrì. — Un admirador de este libertario italiano, que es uno de los más cultos, inteligentes y enterados de nuestro tiempo, ha traducido, de la obra entera del autor, las páginas más vibrantes de crítica que han salido de su pluma, vibrante en toda ocasión y circunstancia. Y esta crítica, acertadamente denominada revolucionaria, no se dirige sólo contra un aspecto de la sociedad actual, sino contra todos en bloque. Ni tampoco es sólo contra la sociedad, sino que también, y hondamente, contra muchos de los que la combaten. Hasta contra sus propios compañeros de ideal, cuando los juzga equivocados, se dirigen estas críticas encendidas en pasión humana limpia y pura. De aquí que sea crítica revolucionaria en el más exacto sentido de la palabra, puesto que lo revoluciona todo,

ideas y opiniones, estados de ánimo y errores, posiciones espirituales y luchas interiores. Por todo el libro corre un viento libre, fuerte, de escritor que arde en la llama que le anima en su lucha por la libertad. — Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 pesetas.

La montaña. — Por Eliseo Reclús. — Grandiosa obra en la que se estudia la naturaleza de las montañas de un modo magistral. Quien no ha leído a Reclús, no sabe las posibilidades de arte que hay en los estudios de esta índole. En *La Montaña*, que con *El Arroyo* es uno de los más bellos libros de este sabio geógrafo, el lector siente el encanto inexplicable de tener en las manos un volumen que le enseña y que le deleita a la vez, con una intensidad pocas veces igualada. Las consecuencias sociales que Reclús expone, de las lecciones de la Naturaleza, tienen un interés extraordinario. Este hombre libre ponía en todo su alma privilegiada. *La Montaña* es prueba evidente de ello. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

El calvario. — Por Octavio Mirbeau. — Hay muchos críticos notables que juzgan *El Calvario* como la mejor novela de Mirbeau. Que es una de las mejores novelas que se han escrito en los últimos tiempos, es indudable. Los extremos a que puede llevar a un hombre la pasión amorosa, pocas veces han sido mejor analizados, más hondamente desentrañados y expuestos, sin el menor esfuerzo aparente. Hasta el lector menos atento se da cuenta enseguida de que tiene en las manos un libro singular, raro, profundo, interesante hasta lo extraordinario. Las críticas de muchas cosas actuales que Mirbeau intercala en el curso de su novela, son, como suyas, hirientes, luminosas, henchidas de su gran capacidad satírica, famosa merecidamente. El autor de *Los malos pastores* es en toda ocasión uno de los más formidable críticos del orden actual de cosas. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

¿Qué hacer? — Por León Tolstói. — *¿Qué hacer?* es la más famosa obra social de Tolstói. Quien no la ha leído desconoce uno de los aspectos más admirables de este gran hombre, gran artista y gran novelista. Un sentimiento de humanidad sin límites circula por las páginas de este libro admirable. Nadie se había planteado, ante las miserias humanas, problemas morales tan importantes. Con ser terrible la pregunta «¿Qué hacer?», que en muchas ocasiones parece que no puede tener respuesta, Tolstói la desentraña y responde con un acento de sinceridad tan claro y tan humano, que conmueve y convence. Es imperdonable que este libro no se haya puesto en manos de todas las gentes para que meditaran, ante él, en el más grave problema que tienen que resolver los hombres de nuestro tiempo. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

El imperio de la muerte. — Por Vladimiro Korolenko. — *El imperio de la muerte* es uno de los más grandes libros que se han escrito contra el régimen que antes de 1914 imperaba en Rusia. Leyendo esta obra inmortal, se tienen los antecedentes más verídicos de lo que en Rusia ha sucedido. Se explica entonces el lector las cosas más oscuras. Este libro, además, es un rosario de dolores que emociona hasta lo más profundo. Korolenko, que era un hombre bueno como había pocos, pone en las páginas de esta obra toda su bondad infinita, con un fervor y un color de humanidad tan densos y avasalladores, que no es posible dejar de leerle, no ya con interés y entusiasmo, sino con verdadera admiración emocionada. — Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

La que supo vivir su amor. — Por Higinio Noja Ruiz. — Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción. La heroína de esta novela, mujer perfecta física y moralmente, libre de pre-

juicios, sirve a su autor para planear una tesis racional y lógica en pugna con la moral corriente (de profunda inmoralidad) que sirve de base a la compra-venta en muchos matrimonios actuales. Es un canto de dignificación para la mujer íntegra que ofrece su amor siguiendo los dictados de su corazón, enalteciendo la maternidad consciente. — Precio, 4 pesetas.

El subjetivismo. — Por Han Ryner. — Es este un librito de alto valor filosófico por las elevadas concepciones en él expuestas; pero al mismo tiempo, y ello es una cualidad de este genial pensador, su lectura es por demás sugestiva y amena. Su lógica racional, al tratar de la individualidad humana, conquista al lector y le conforta iniciándole a la busca de la verdad que se desprende de sus apreciaciones deductivas, razonadas, serenamente expuestas. Se ve el espíritu inquieto e investigador, profundamente analítico de su prestigioso autor, cada vez más admirado. — Precio, 1 peseta.

La educación sexual. — Por Jean Marestan. — En poco tiempo se han agotado de esta obra diez numerosas ediciones. Es un libro que se ha hecho indispensable en todo hogar, pues en él se hallan descritos en forma sencilla y clara provechosos conocimientos sobre Anatomía, Fisiología e Higiene de los órganos genitales; preservación y curación de las enfermedades venéreas; medios científicos y prácticos de evitar el embarazo; razones morales y sociales del neo-malthusianismo el amor libre y la libre maternidad; la procreación consciente y limitada. — Precio, 3'50 pesetas.

Historia del movimiento machnovista. — Por Pedro Archinof. — Precio, 3'50 pesetas.

Kyra Kyralina. — Por Panait Istrati. — Las obras de Panait Istrati han sido una revelación para el mundo literario. *Kyra Kyralina* sorprendió por su originalidad y su sabor oriental a todos los más encumbrados novelistas de fama mundial, que no titubearon, como el maestro de novelistas Blasco Ibáñez, en decir de él que era un «bohémio inspirado y genial, de la misma familia que Gorki y Jack London». — Precio, 3 pesetas.

Mi tío Anghel. — Por Panait Istrati. — «Conozco tres o cuatro de sus novelas —decía el insigne Romain Rolland de Istrati— y puedo afirmar que son dignas de los maestros rusos.» Estas tres o cuatro novelas a que aludía el gran escritor francés no eran otras que *Kyra Kyralina*, *Mi tío Anghel*, *Los Aiducos*, *Nerránisula* y alguna otra no traducida aún al español, y que apenas aparecidas dieron fama universal a su autor. En efecto; esta obra confirmó a su autor como a uno de los mejores escritores de nuestro siglo, que ya se vislumbró con la aparición de su primera obra. — Precio, 3 pesetas.

Los Aiducos. — Por Panait Istrati. — Esta obra, como las dos anteriores, transportan al autor a un mundo de emocionantes y sugestivas aventuras. El oriente europeo, con sus misteriosas costumbres y sus hombres de rebeldía indómita, atraen al lector desde las primeras páginas. — Precio, 3 pesetas.

(En breve aparecerán de este mismo autor *Mis andanzas* y *Los cardos del Baragán*.)

Domnitza de Snagov. — Por Panait Istrati. — En esta obra continúa Istrati las emocionantes narraciones de Adrien Zograffi. «Estoy contento de morir, de no saber nada de este mundo. Horrible rebaño que pega o se deja pegar, pero que no conoce nada mejor que estas dos ignominias.» — Precio, 3 pesetas.

La maternidad consciente. — *Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza.* Por Manuel Devaldés. — El mundo científico dedica cada día mayor atención a los problemas de orden sexual y biológico. Problemas altamente interesantísimos, trascendentales, que ganan la sim-

patía de toda persona culta, pues que en ellos se ventila la superación mental y física de la especie humana por medio de la maternidad consciente y limitada.

Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es fomentar y decidir el porvenir y la felicidad en las generaciones futuras; es atacar y cauterizar en su origen las miserias sociales, por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo.

La obra de Manuel Devaldés, consagrada a tan importante labor eugénica, merece ser leída y divulgada por todos; vibra en sus páginas la lógica del razonamiento incontrovertible, la exposición juiciosa, serena, basada en una moral muy humana y muy digna. — Precio, 2 pesetas.

El Arroyo. — Por Eliseo Reclus. — Hacía ya bastante tiempo que se había agotado este primoroso libro del sabio geógrafo y libertario insigne. Los que lo habían leído lamentaban no poderlo encontrar de nuevo para leerlo una y otra vez, y darlo luego a leer a sus amigos más íntimos. Cosa perfectamente explicable. El placer que se tiene leyendo *El Arroyo* no tiene nada de egoísta. Más bien, al contrario, ese mismo placer enseña a no ser egoísta. Así, después de haber sentido el intenso gozo interior de dicha lectura, se siente el deseo de que participen del mismo placer las personas que nos son más allegadas. Y no sólo es un poema maravilloso este libro célebre con sobrada justicia, sino también un arsenal de donde extraer sinfín de argumentos de orden social. Compañero de «La Montaña» en belleza, también lo es en el caudal inagotable de ideas que encierra. Quien no ha leído *El Arroyo* desconoce uno de los libros más bellos que han salido de mente humana, como asimismo de los más seguidores de ímpetu y de serenidad para las contiendas sociales. — Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual. — Por el doctor Gregorio Marañón. — Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito. — Segunda edición, 50 pesetas.

Medicina natural. — Por el Dr. Adr. Vander. — Nuevo sistema de curación natural. Gran enciclopedia práctica para el tratamiento de las enfermedades al alcance de todos. Con 600 ilustraciones originales intercaladas en el texto y varias láminas en color. Séptima edición. Un volumen de 688 páginas en rico papel satinado. Lujosamente encuadrado en tela y oro. — Precio, 25 pesetas.

El Abogado del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. Verdadera enciclopedia de leyes referentes a la clase obrera. Novena edición, notablemente reformada, corregida y aumentada con las nuevas disposiciones y decretos vigentes. Contiene formularios para toda clase de trámites legales que facilitan, en forma clara y sencilla, el ejercicio de los derechos del obrero ante el patrono y las autoridades: Leyes de Reunión, Asociación, Registro civil, Imprenta, Registros domiciliarios, Orden público, Contrato de Trabajo, Accidentes de Trabajo, Huélgas y Coligaciones, Ley contra la usura, Constitución del Estado, Sobre la Jornada de ocho horas, Inquilinato, Retiro obrero, Organización Corporativa, Comités Paritarios, etc., etc. — Precio, 3'50 pesetas.

La Gramática del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. — Con más de 300 demostraciones prácticas con las que, muy fácilmente, se aprende a pronunciar las letras, cómo se forman los diptongos y triptongos, las sílabas; a conocer las nueve partes de la oración, la ortografía de cada letra, el oportuno empleo de las mayúsculas, la acertada colocación de los acentos, la coma, punto y coma, los

dos puntos, el punto final, los signos de interrogación y admiración, puntos suspensivos, entreparéntesis, diéresis, comillas, guión corto y largo; en una palabra: escribir con toda corrección y ortografía. — Precio, 2 pesetas.

La Aritmética del Obrero. — Por José Sánchez Rosa. — Décimatercera edición. Con más de 200 demostraciones prácticas y sencillas al alcance de todos y relación detallada de todas las equivalencias y modo de resolverlas para los efectos de la reducción. — Precio, 1'50 pesetas.

La Tisis. (Cómo se evita y cómo se cura). Por el doctor Bjancaý. — Precio, 2 pesetas.

El estómago y la salud. (Cómo se cura sin médico). Por el doctor Bjancaý. — Precio, 3 pesetas.

Ideario. — Por Ricardo Mella. — Este libro de Mella no es sólo recomendable a los libertarios. Todas las personas que se preocupen de los problemas más agudos en que la humanidad se debate, deben leerlo. Encontrarán en él esfuerzos admirables por hallar una salida para esos problemas. Esfuerzos trabajados, ponderados, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside su labor. El tono literario es, también constantemente, digno, de expresión feliz y certera. Unos granos de escepticismo, atravesados hasta en las páginas más optimistas realzan en gran manera el valor de la obra total. La actitud de plena seguridad revelaría ignorancia. No cae nunca Mella en este callejón sin salida. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una nota, escondida muchas veces, en la que el pensamiento pone freno a la actitud demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, se coloca en el final, luego medita las dificultades de este salto, sólo factible con el pensamiento. Doblemente sugeridores, por esto, sus trabajos. Dan la lección completa. Afirmativos nada más, no darían ninguna lección valedera. Y la lección está preñada de simpatía, que es cómo las lecciones dan fruto.

Ideario es el primer volumen de las obras completas del autor. Si el propósito de los editores se cumple, Mella será, por fin, conocido realmente y como se merece.

El libro está editado con gusto y con un criterio de selección digno de elogio. No se habían visto muchos libros, en España, editados por libertarios, como *Ideario*. Ricardo Mella era acreedor a este homenaje, el más íntimo de todos y el más acorde con su vida y su pensamiento. — Precio, 5 pesetas.

El mundo agonizante. — Por Campio Carpio. — Es éste un libro duro como el acero, recio como el roble y rebelde como el cardo; grito de alerta ante el peligro de muerte que amenaza al mundo en este momento de tristeza, de desolación y tedio; ofrenda de un corazón libre, sin más intereses creados que los contraídos consigo mismo y con la humanidad doliente, a un ideal de paz, de libertad y de justicia. — Precio, 3 pesetas.

También Américo! — Por Campio Carpio. — Este libro es el reflejo de una lucha a vida o muerte entre la violencia y la libertad; grito de guerra contra las bárbaras tiranías, que por medio del terror conmueven al mundo en este momento de cobardías y claudicaciones; anatema contra los enemigos de la libertad. — Precio, 4 pesetas.

Higiene de la vida sexual. — Por el doctor Max Gruber. — Una obra de valor incalculable, de utilidad indiscutible, es el libro de Max Gruber. De las muchas obras conocidas acerca de la vida sexual, pocas podrán igualarse en claridad y sencillez, a la vez que en exposición metódica y ordenada de los conocimientos necesarios, cualidad ésta que la coloca entre las mejores obras de este género, pues en sus páginas aprende con facilidad el más neófito en estas cuestiones del sexo. «No debe permitirse — dice el doctor Gruber, al final de esta obra — que el número de



REVISTA ECLÉCTICA

PUBLICACIÓN MENSUAL

¿CONSEJOS?

Ha sido dicho: «La única virtud de los consejos es que son inútiles.»

No voy, pues, amigo, a darte consejos. Pero como te conozco, como sé lo que hay en lo más íntimo de ti mismo, quiero, ahora que veo que algunas dudas te conturban, recordarte palabras tuyas de otro tiempo.

Tú las dijiste en tono de consejo. No sé si las escuché con igual emoción que tú las decías. Las pronunciabas con encendida fe, de manera persuasoria.

Que no las escuché con indiferencia, lo prueba el hecho de que las recuerde. No me atrevo a llamarlas consejos, al recordártelas. ¿Fueron consejos en tus labios? Recíbelas, pues, como consejos. ¿No lo fueron? Pon en ellas la significación que para ti tuvieron entonces.

No acepto ni rechazo la definición de los consejos que he citado. Sé que cuando no se está predispuesto para seguir un camino, las frases más convincentes parecen huecas. Y sé también que cuando se está decidido a emprender una ruta cualquiera, las palabras más vacías se suponen llenas de significación. Lo uno y lo otro son consejos. ¿Útiles, o inútiles?

Decías:

Aunque haya sido dicho muchas veces; aunque aprovechando toda circunstancia propicia se haya repetido sin tregua; aunque en toda ocasión de fácil propaganda se haya in-

sistido sobre ello, conviene siempre decir cuál es el propósito que debe perseguir, incansablemente, el que está anheloso de libertad; de libertad plena, omnímoda, sin límites; de libertad moral, material e intelectual.

Nunca serán inoportunas las palabras que a esto se dediquen, tanto para despertar la memoria de los olvidadizos cuanto para elevar, una vez más, por encima de la pequeñez de todo otro propósito que tienda a mermar el deseo de libertad, la voz anhelosa de la libertad máxima, voz cuyo eco será apreciado de modo cabal en el futuro.

Procura diferenciarte de los hombres que sólo apetezcan la libertad para sí mismos, olvidando a los demás, y trabaja con fervor para la libertad de todos. Y si bien ya ahora en cuanto esto es posible, has comenzado a vivir tu sentido libre de la vida, tu concepción de la libertad plena, no olvides nunca que esto no es suficiente, y esfuérzate, en la medida que te lo permitan tu voluntad, tus conocimientos y tu inteligencia, por extender en tu contorno la propaganda de esa libertad de que gozas, por infundir en los que te rodean la inquietud que te alienta, por llevar al ánimo de otros hombres el contenido de tu ideal. Piensa que mientras la colectividad no sea libre, sufre merma evidente tu propia libertad. De modo señalado, en todas las relaciones que hayas de tener con la colecti-

vidad. Por muy libre que se sea, en pensamiento y en la vida propia, si se está rodeado de esclavos la libertad de que se goza no es cabal, está menguada por causas exteriores.

Los hombres que trabajan por la libertad sólo para los que son partidarios de la causa que ellos defienden, deben parecerle despreciables. Una sociedad burguesa que niegue al proletario el derecho de propagar ideas antiburguesas, y una sociedad regida por el socialismo que no permitiera obrar sino en socialista, son igualmente imperfectas y merecedoras de crítica. La libertad es lo primero.

En las sociedades actuales, como en las que están por venir, prefiere siempre, pues, antes que toda otra cosa, la libertad. Hasta la libertad de que se le combata a sí mismo, si llegara a instaurarse una sociedad que mereciera sus preferencias. No ha de ganarse a los hombres para una causa negándoles el derecho de juzgarla, sino por las propias bondades que la causa tenga.

El que quiere la libertad plena para sí no puede, de ningún modo, negársela a sus adversarios.

Si diriges una ojeada a los partidos todos que gobiernan en el mundo, a todos, sin excluir a ninguno, advertirás fácilmente, colocado en la situación de hombre deseoso de la plena libertad, cuán frágiles son las bases en que se asientan. Nada importa que sean antiguas. No hay en ellas ni un indicio de libertad verdadera. Son frágiles, por consiguiente, a pesar de su antigüedad. Por eso, más pronto o más tarde, han de fracasar rotundamente tales partidos. Están plagados de errores primordiales. Se han encerrado cada uno en su círculo, y todos los círculos son estrechos. No se pueden poner puertas al campo. El campo es libertad.

Procura librarte siempre de esos horizontes limitados en que se encierra todo partido. Salta los tapias que pone a toda libre iniciativa. Permanece en todo momento dinámico, en perpetua inquietud. Haz fundamento de tu doctrina una palabra esencial: «Renovación».

Medita en que no se es merecedor de adhesión—que no es lo mismo que simpatía—sólo por ser proletario; es decir, por llevar sobre sí el peso de todas las injusticias. Esto no basta; es mucho, pero no todo. Es preciso además tener un ideal superior, un concepto de la vida superior, una concepción de la sociedad superior al ideal, al concepto de la vida y a la concepción de la sociedad que tenga todos los adversarios.

Esfuézate por ser tú uno de los representantes de esa superioridad frente al enemigo quienquiera que éste sea.

El hombre que no se ha libertado a sí mismo, mal puede hablar de libertad. Si se es esclavo de algún prejuicio, antes que combatir los prejuicios de que los demás adolezcan, se debe aniquilar aquel en que se está atado, sin libertad absoluta para pensar y obrar. Moralmente, sólo se es libre cuando se conoce, hasta donde sea posible, el mecanismo de las propias acciones. Si no conoces el de las tuyas, no intentes asomarte, y menos para censurarlo, al mecanismo a que obedezcan las de los que vivan cerca de .i.

Será difícil que llegues a conocerte. Esto es muy penoso. No desesperes nunca de ello, sin embargo. Cuanta más atención pongas en esta tarea, más preparado estarás para poder dirigirte a un hombre que se te acerque pidiéndote alguna luz para sus dudas.

Así decías. ¿Eran consejos? Recíbelos, si así fué, como consejos.

DIONYSIOS



SOLDADO QUE PERDIO LOS BRAZOS,
QUEDO SIN QUIJADAS Y LA BOCA
DESHECHA

Cuestiones de hoy y de mañana

La pluralidad cultural de Europa

Tuvo Europa detractores violentos y justos en todos los tiempos. Como unidad mereció ataques y burlas cuando la guerra de las trincheras se justificaba en las cátedras de todos los imperialismos en pugna y sólo unos pocos hombres selectos tenían valor para protestar: Nicolai, Romain Rolland, los desertores, los espíritus libres.

Rolland, algunos anarquistas y los desertores fueron los únicos hombres responsables y dignos. Está en moda la literatura bélica que a juicio de muchos es tan sólo una moda que no tardará en pasar sin dejar rastro estimable. La razón es más que sensata: cuando Nicolai, Romain Rolland y los desertores tenían sus admirables vidas de insurrectos en peligro, los señoritos que ahora emplean aristocráticos ocios a hinchar literatura de guerra, se dedicaban a la tarea de asesinar tranquilamente a sus semejantes, a atracar cuando entraban en los poblados, a violar, a agredir, a dominar y a envenenar. Creo que todas estas actividades pueden equipararse con las del verdugo.

No será inoportuno recordar un episodio parlamentario ocurrido en Francia poco después de terminada la guerra en ocasión de que Poincaré presidía el gobierno.

La minoría comunista parlamentaria hacia cada día un poco de revolución desde los escaños, una revolución completamente platónica. Los terribles revolucionarios ponían de vuelta y media a Poincaré, le increpaban, escandalizaban, tomaban cédula de fieras, de terremotos, de volcanes en erupción y hasta de rayos olímpicos. Todo ello sin que resultara ni un simple rasguño, sin que ni siquiera cambiara de posición un tintero.

El cínico Poincaré, que iba los domingos a reírse a los cementerios, recibía aquellas arremetidas sin descomponerse, contestaba con tajante diligencia, él que es más pesado en los discursos que un camión, y procuraba tener a raya a los revolucionarios de escaño.

El desdichado Poincaré exceptuaba entre todos los miembros de la minoría comunista a uno de los más conspicuos; lo exceptuaba,

no para el ataque sino para el trato benévolo y hasta cordial, deferente; muchas veces tenían las palabras de Poincaré dirigidas al comunista predilecto, esa pegajosa adherencia de la admiración que se parece a la melaza y no es menos desagradable que ésta.

Quiso un diputado adicto a la situación, aleccionado sin duda por el zorro de Poincaré, conocer el secreto de la preferencia, y en el curso de un debate aludió a ella, diciendo:

—¿Por qué, señor presidente, exceptúa al diputado comunista Fulano de Tal, de sus patrióticas iras? ¿Qué razón puede haber para que un comunista, uno solo, obtenga aquí trato de favor y beligerencia amable?

—Porque soy un patriota —contestó Poincaré— y no puedo olvidar como tal que ese diputado comunista lloraba patrióticamente a mi lado y me enterneció, a mí, que no me enternece nada ni nadie, cuando las tropas francesas entraron solemnemente en Estrasburgo.

En otra ocasión replicó Poincaré a un comunista que denostaba la guerra y el imperialismo, después de pasar cuatro años en las trincheras matando alemanes:

—Si S. S. no hubiera empuñado el fusil, de nada hubiera servido planear una guerra.

Poincaré tiene el valor de su cinismo cuando va a reírse a un cementerio o se descubre con frases como la anterior, que le sitúa en su papel de comisionista de hecatombes. Quien está completamente desplazado es el que reniega de la guerra después de hacerla, y en vez de desertar a tiempo se hace novelista a destiempo, contándonos, sin llegar a ningún rango de creación artística por supuesto, que le molestaban los tiros, el frío y el hambre. Quien está completamente desplazado también es el parlamentario que pide cuentas a Poincaré después de obedecerle ciegamente cuando le manda empuñar las armas.

La boga por las novelas de guerra no es un síntoma tranquilizador; más bien demuestra que la llamada *pluralidad cultural de Europa* está gobernada por los librereros y la neurosis por los degenerados. La escandalosa suges-

ción de los asesinos y de sus obras, que tanto se aprovecha comercialmente, acelera los ritmos primarios. Siempre habrá hombres capaces de sentir el deseo violento de presenciar ejecuciones o leer relatos directos de salvajadas. Siempre habrá quien reniegue del oficio de verdugo cuando se zafa de él porque le dan la licencia absoluta. Siempre habrá verdugos retirados forzosos que hallarán solaz en escribir sus memorias, don maravillosos para los que tienen gusto macabro, aficiones delirantes y mala entraña. ¿Cómo va a faltar editor para embrutecer al prójimo, si la guerra misma tuvo tantos editores?

Pero falta la novela del desertor, hoguera que haría palidecer esos fuegos fatuos, macabros engendros de epilépticos que se cansan de actuar como verdugos y se arrepienten cómodamente de serlo cuando el superior jerárquico les concede licencia absoluta y se emborrachan de literatura.

Fracasó con la guerra, porque había fracasado ya antes, la *unidad cultural* de Europa, continente habitado por rebaños. No modifi-

cará su carácter por más que cambie de pastores, si no cambia radicalmente de espíritu. Como fracasó la *unidad cultural*, fracasó también la *pluralidad cultural* de Europa, porque las que se tenía por culturas *distintas* colaboraron en una inmoralidad *única*. Una de las terribles pruebas de que subsiste el rebaño es la seguridad de que volverían a enfrentarse como antes los futuros autores de novelas pacifistas, a reserva de guardar «documentos humanos» para servirnoslos después con cuatro gotas de sentimentalismo o de vanguardismo; de realismo desatado y diálogos en *argot*; de lamentos y escenas de horror que bien pudieron evitarse, como de hecho se evitaron por millares y millares de desertores.

Ahora están empeñados los autores de libros bélicos en una guerra cruda y atroz dirigida por los mercaderes, como la otra, y destinada a demostrar quién fué más imbécil.

FELIPE ALAIZ

El porvenir de la Medicina

Si las cosas hubieran de seguir como quieren los que todo lo encuentran bien dispuesto, tendríamos que renunciar, no sólo al afán perenne de mejorarlas incesantemente, sino a la misma idea de evolución y de progreso. Para quien no tiene sus ideas ni sus aspiraciones en pugna con lo estatuido, este es el mejor de los mundos, y hasta debe ser perseguido y castigado quien atente contra él. Así ha venido ocurriendo en el transcurso de los siglos, y los inconformes, y los protestatarios, los visionarios e idealistas, han sido combatidos como indeseables.

El idealista de hoy, como el de hace mil años, encuentra amontonados en su camino tal número de obstáculos, que no piensa—por optimista que sea—en vivir la sociedad que sueña.

El camino de la evolución es muy largo y muy penoso. Primero el individuo aspira aisladamente a su bienestar. Trata de conquistarlo a cualquier costa. Pero a fin de evitar la ferocidad de la lucha entre intereses en-

contrados, la colectividad estableció una coacción exterior, la representada por las leyes, y una coacción interior, la idea moral, que en un tiempo la representaban las religiones, y que hoy la encarnan las ideologías avanzadas.

El que triunfa, es siempre un hombre insolidario, que rehuye la ayuda de los demás, porque no la necesita, ni quiere menoscabar su posición, sacrificándose en beneficio de otros. Sólo el derrotado, el vencido en esta pugna de intereses, es el que comprende, porque la necesita, lo que vale la solidaridad. El que no acertó a triunfar, vióse despojado de todo, por los insaciables triunfadores, y comprendió la necesidad de la rebeldía, las ventajas de la unión y la verdad, moralidad y justicia de los idearios emancipadores del proletariado.

Sin salir del todo de esta etapa, ya que los triunfadores dueños del Poder han moldeado a su capricho los Estados, empezamos a entrar en la segunda. A la pugna entre inte-

res individuales, subsigue la lucha entre los intereses profesionales, de casta o de clase. También aquí nos encontramos con castas dominantes y clases dominadas. Estas últimas, sedientas de justicia y afanosas de emancipación, pretenden moralizar y humanizar la pugna de intereses.

El individuo empieza a pensar en los demás, aunque sólo lo haga dentro del reducido círculo de los de su clase. Las colectividades profesionales tienden a conseguir ventajas o privilegios de grupo, y a asegurar a todos sus miembros un mínimo de bienestar. El menos apto tiene probabilidades de triunfar a la sombra del compañerismo. Las clases triunfadoras se declaran también insolidarias de las demás, siendo sólo las preteridas las que se sienten hermanadas y solidarizadas, a pesar y por encima de sus diferencias profesionales.

Y así, como en bien del interés profesional o de grupo, se imponen ciertos deberes al individuo, el sacrificio de su egoísmo personal, y hasta la virtud del compañerismo, en bien del interés general de la sociedad toda, se imponen también virtudes y normas a las colectividades. Al ideal de fraternidad humana, deben sacrificarse los intereses de las clases, y la virtud del compañerismo restringida al grupo, debe elevarse a sentimiento universal de solidaridad.

Es decir, que el sacrificio del interés particular en beneficio del grupo—impuesto por la segunda etapa— se convierte en la tercera, en sacrificio del interés de grupo en bien del interés general. E igual que dentro de una clase se aceptan normas morales y se impone la observancia de preceptos deontológicos, dentro de la sociedad racional, se exigirá a las clases o colectividades una parecida depuración ética.

* * *

Para cada grupo profesional, su ocupación tiene una importancia desmedida y desempeña una misión social plenamente justificada. Pero miradas desde una posición desapasionada, son muchas las profesiones que no tienen razón de existencia, y muchas también las que resultan nocivas y perjudiciales al conjunto.

Así mirada, la profesión médica sale tan malparada como las otras profesiones intelectuales, y es posible que el miedo a una revisión serena sea la causa del espíritu conservador y retardatario que las domina.

A cambio de un privilegio económico, los médicos hemos adquirido la propiedad de unos conocimientos que pertenecen a la Humanidad. Por su origen, nadie puede apropiárselos, y por justicia, deben ser puestos a disposición de todo el que sufre. Su propiedad está tan injustificada como la de la tierra. Representa, igual que aquélla, una ignominia, porque si yo los poseo, es a cambio de que quienes los necesiten los ignoren. Vivir a costa de las necesidades de otros y hacer granjería de un patrimonio de todos, es un acto censurable e indigno en una sociedad racional. Es por lo tanto la Medicina, una profesión parasitaria interesada en que la ignorancia reine y en que los enfermos tengan necesidad de recurrir a su mediación. Por consiguiente, en la sociedad del porvenir debe desaparecer este profesionalismo o evolucionar de modo que se haga compatible con el interés general.

Ya, el Naturismo, lo ha enjuiciado así, ofreciendo el medio hacedero de reparar la injusticia que su propiedad supone. Los conocimientos médicos deben ser asequibles a todos, porque ningunos otros son más imprescindibles al individuo, que no sólo debe conocer los medios de conservar su salud, previniéndose de determinadas dolencias, sino los recursos para sanar una vez enfermo. El Naturismo, simplificando unos y otros, y reduciéndolos a la sencillez de la Naturaleza, hace esto posible.

La enseñanza, como el ejercicio de la Medicina, deben ser libres, sin cotos cerrados y sin monopolios, que no siempre son garantía de sabiduría ni de moralidad. En contra de lo admitido oficialmente, se puede afirmar: que existen médicos que sólo lo son por su diploma, cuya incapacidad causa más daños que un pedrisco, y que hay muchos aficionados y profanos, con dotes y aptitudes y hasta conocimientos superiores a los de muchos médicos. El ejercicio y la enseñanza libre permitirían seleccionar mejor a los aptos y aprovechar mejor también las aptitudes nativas.

Sólo ventajas se desprenderían de esta evolución del ejercicio de la Medicina. Tendrían menos campo donde maniobrar el embaucador y el charlatán, más perjudicial cuando tiene un título que cuando carece de él. La investigación pura no se mermaría por ello, ni dejarían de enriquecerse los conocimientos, ya que siempre habría aficionados que consagrarían a ellos su talento y trabajos. Libres son las bellas artes (la pintura, la música, la

literatura), y no por ello dejan de ofrecer nos la luz del genio y de acrecentar y enriquecer su tesoro.

La sociedad del porvenir ha de dar a todos las mismas probabilidades de cultura, permitiendo así la selección de los más aptos. Con la difusión de los conocimientos cada vez sería menos necesaria la mediación del especializado o del técnico, y éstos tendrían más probabilidades de ser artistas y «virtuosos».

Pensando en el origen humilde de la mayor parte de los genios literarios contemporáneos consagrados por la celebridad, no hay motivo para temer una decadencia, sino un

renacimiento de los conocimientos médicos. El intuitivo y el empírico tendrían menos probabilidades de malograrse en la escasez de medios y de cultura.

Estancado nuestro progreso social en un régimen político medioeval que ha acumulado toda clase de obstáculos, de prohibiciones y de persecuciones, no nos es dable otra cosa que soñar con la evolución de nuestra profesión en un mañana lejano. Nosotros tenemos bastante tarea con ponernos de acuerdo para dar el empujón que derribe al tinglado obstaculizador.

I. PUENTE

GACETILLA

Aquello no volverá. Aquello no puede volver. La dignidad de los españoles no permitirá que aquello vuelva. Aquello... ponga el lector aquí todos los aquellos que le plazcan, de los que recuerde. Forzosamente recordará algunos. Se los han estado repitiendo desde 1923, lo mismo desde la derecha que desde la izquierda. Por primera vez parecían estar de acuerdo todos los españoles. El dictador y sus monaguillos repetían la cantinela. Los enemigos o adversarios del dictador les imitaban. La Dictadura era una pesadilla, pero había acabado con otra pesadilla. Cuando ella, a su vez, acabara, España entraría en una era feliz y venturosa. Estas últimas palabras creo que son de un himno patriótico. Ya se ve. Salvamos la advertencia.

Bueno. Acabó la Dictadura —¿ha acabado realmente?—, y aquello... ah! lo tenéis, como si nada hubiese sucedido. Y no en retazos, como antes, sino unido, hecho un cuerpo, en toda su integridad. Romanones y García Prieto, Maura —un Maura disminuido, que es todo lo que se puede decir— y Lacierva, Bugallal y Cambó. ¡Qué lástima que el dictador muriera tan pronto! ¡Tan bien como habría estado, por ejemplo, en el Ministerio de Instrucción Pública! ¡Entonces sí que se trataría de un Gobierno nacional!

Un periodista ha interrogado a Muñoz Seca sobre cuestiones de actualidad. Naturalmente, no ha dicho palabra que no sea una

simpleza. ¿Podía, acaso, decir otra cosa? Quien está entonteciendo al público español desde los escenarios, ¿era posible que dijese algo que no fuera una tontería?

Lo inexplicable es que haya periodistas que interroguen a tipos así. No se me oculta que la mayoría de los periodistas no tienen nada que decir por su cuenta —¡cuesta tanto trabajo poner en ejercicio el cerebro!—; pero por lo menos podían dirigirse a quien se sabe de antemano que dirá, sea de lo que sea, cosas de interés.

Fernández Flores, comentador de chistes, también se ha creído obligado a esgrimir su humorismo de clase media, escribiendo sobre asuntos políticos. Me tienen sin cuidado las personas de quien se pretende burlar. Son tan insignificantes como las que trata de elogiar, sin nombrarlas. En realidad, tanto la burla como el elogio le fallan. Sólo se vislumbra su intención, profundamente reaccionaria, muy a tono en un colaborador de *ABC*, donde poco a poco no va a quedar ni una firma solvente, y ya era hora de que esto sucediese. El señor Fernández Flores está en su derecho de ser reaccionario. No todo el mundo puede ser otra cosa. Ser reaccionario está al alcance de todas las fortunas, aunque sólo suelen serlo los afortunados y sus criados, incluso sus criadas intelectuales, los más ex hombres de todos los ex hombres. Pero nosotros también estamos en el nuestro de

decir que la fama de humorista de que goza es fraudulenta. A lo sumo, su humorismo es de clase media, de comentador de chistes, como ya queda dicho. Nada mejor, para aquilatar su ingenio, que los comentarios políticos a que aquí se alude, en los que ni la burla ni el elogio dan en el blanco. Un verdadero humorista no yerra jamás la puntería de sus flechas. El católico Chésterston no me dejará mentir, y véase que cito a un humorista de la acera de enfrente.

* * *

El ex Platón de Cataluña, don Eugenio D'Ors, ha superado a Muñoz Seca y a Fernández Flores en sus recientes declaraciones de París. ¡Con decir que las recoge *El Debate*, o que fueron hechas para *El Debate* —no lo recuerdo ni me interesa— está dicho todo! ¡Y pensar que todavía no le han hecho ministro! Tiene probados sus méritos para serlo, tanto por lo menos como cualquiera de los ministros actuales. Su ambición, según se dice, es el Ministerio de Instrucción Pública. Muerto el dictador, y no habiéndoselo dado a ninguno de sus monaguillos, evidente injusticia, nadie mejor que don Eugenio podía haber ocupado el cargo. ¿De dónde ha salido ese señor Gascón y Marín que se lo ha arrebatado?

* * *

El Colegio de Abogados de Madrid lleva una temporada protestando de las cosas que han sucedido y suceden en España. Imposible no sumarse a esas protestas. Nunca es tarde para emprender un buen camino, si se persevera en él. Hace algún tiempo, ni ese Colegio de Abogados ni ningún otro se daba cuenta de que en España se perpetraban injusticias. No queremos hacerle la ofensa de que se ha dado cuenta ahora porque han caído sobre abogados. Sin embargo... En una de sus protestas se cuenta que a un abogado se le ha llevado conducido de una ciudad a otra en tren mixto: viaje largo y molesto. Hace algunos años, a hombres que, exactamente lo mismo que ese abogado, habían querido para España una situación mejor, se les llevaba de un extremo a otro del país, no en tren mixto, sino atados por las carreteras, y los abogados no dijeron nada. A pesar de todo, nunca es tarde para emprender un buen camino, repito, si se persevera en él.

* * *

La paradoja de Wilde, referente a que la Naturaleza imita al arte, es mucho más verdadera de lo que a primera vista parece. Como el mismo Wilde dijo, en Londres hay más jardines desde que los pintores se dedicaron a pintar jardines. Un escritor español defendió en cierta ocasión a un pintor raro, poco comprendido, que pintaba a las mujeres con unos trajes fantástico, trajes jamás vistos ni imaginados, y dijo: «Pronto veremos a muchas mujeres imitando a las de estos cuadros». En efecto, la fantasía del pintor creó una cosa que la Naturaleza, en este caso las mujeres, han imitado después. Cuando Bagaría, nuestro primer caricaturista, comenzó a dibujar, sus figuras parecían extrañas, fantásticas. Hoy, cualquiera puede advertir, yendo por la calle, que hay muchos hombres que se parecen a las caricaturas de Bagaría. ¿Las imitan? Y no sólo se parecen a éstas, sino a todas las caricaturas trazadas por un artista. Hace veinte años había muchos menos hombres caricaturizables que hoy. Como en esos veinte años es cuando más auge ha alcanzado la caricatura, el hecho de que durante ellos haya aumentado el número de hombres parecidos a caricaturas, viene a dar razón también la paradoja wíldiana o como se diga. Los hombres, parte de la Naturaleza, al parecerse a caricaturas que los antecederon, imitan, claro está que sin saberlo, al arte. ¡Si lo imitaran también en alguna otra cosa!

JULIO BARCO

Lo que ha costado la guerra

Un parlamentario norteamericano calcula los daños y perjuicios de la guerra en 400.000 millones de dólares, importe con el cual se podrían donar sendas casas de 2.500 dólares cada una, amuebladas e instaladas, a todas las familias de los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Rusia y Austria.

Y con lo que restaría podrían construirse bibliotecas y escuelas en todos los países y pagar salarios de 2.000 dólares a 125.000 maestros, y un número igual de maestras. Todavía sobraría dinero con que comprar a toda Bélgica y Holanda, con cuanto poseyesen en efectivo y con todas sus fincas.

Los 400.000 millones de dólares, en barras de oro, pesan 800 millones de kilos; y para su transporte se necesitarían 80.000 vagones, o sea 1.600 trenes de 50 vagones cada uno.

De la educación-amor o la verdadera paternidad

*Donde quiera que te halles, cava
profundamente. A tus pies se encuen-
tra el manantial...*

(Nietzsche.)

Tenemos, para continuarnos, para reproducirnos y multiplicarnos, las ideas que engendramos, los espíritus que fecundamos. Tenemos más raras veces los hijos que procreamos, pues concedemos menos importancia a nuestro semen que a nuestras palabras. Los que creen amar a sus vástagos lo hacen, lo más a menudo, de una manera animal y pasiva y apenas parecen preocuparse del deber que tienen de *crear al individuo* no solamente en ellos, sino en los que proceden de ellos.

Encubren con pretextos doctrinarios ese viejo fondo de egoísmo, de indolencia y dejadez, que tiende sin cesar a desaparecer bajo nuestros pensamientos y nuestros actos.

Por esta causa, si el individuo se halla en perfecta libertad de hacer o de no hacer hijos, no se halla libre de dejar que la sociedad se apodere de ellos para formar su conciencia, según las necesidades y las exigencias del ídolo social.

Precisamente porque tú buscas y respetas al individuo en ti y fuera de ti, debes consagrarle a ese gran problema de la *educación* de los niños o paternidad verdadera. Ya que sólo queremos subrayar aquí con apresuradas líneas una o dos observaciones abreviadas, señalemos al menos el funesto error de nuestro tiempo, que ha creído formar hombres haciendo la *instrucción obligatoria*, cuando es la *educación* lo que sería menester hacer universal. ¿De qué sirve el saber conducir sus ojos a lo largo de las líneas de un libro si no se sabe cómo conducir su cuerpo y su pensamiento a lo largo de los días de la vida?... Así como todo se conserva, la educación está hecha no sólo de los pequeños cuidados que hacen la vida más agradable (cortesía, buenos modales para hablar, comer, entrar y salir), sino también de las pequeñas atenciones que *hacen más delicados nuestros sentimientos*. Afinando la forma que toman nuestros gestos, acaba por hacer más graciosa y más dulce *la forma que toman* nuestros sentimientos y nuestros pensamientos.

Bajo este punto de vista, la vida íntima de nuestras familias populares se halla todavía en un estado de barbarie adictiva. Del mismo modo que nuestra lúgubre civilización no pone apenas más que cuchitriles a disposición de los pobres, su vida es un cuchitril oscuro, su cerebro es un zaquizami sin luz, sin nada que lo alegre. El padre, sobre el cual pesa una dura labor; la madre, esclava de los mil trabajos a los cuales la obliga su pobreza, dejan la vida salir de ellos del modo que penetra: brutalmente. Y los pequeños siguen el ejemplo, y ninguno parece ver en torno suyo que una palabra fea salida de una boca inocente, que un juramento deformando una boca de una linda niña, evocan una civilización familiar con muchos siglos de retraso sobre la civilización aparente que vivimos.

Yo sé cuántas excusas tiene el hombre del pueblo y hasta dónde sería necesario remontarse para hallar a los responsables de la condición en que se encuentra. Pero si son menester revoluciones, siglos y sangre para instituir una armonía social un poco más conforme a la razón, el más pobre puede adelantarse a los tiempos futuros y tomar desde hoy su porción de alegría, de belleza y de paz. No hay necesidad de ser ni muy sabio ni muy rico para hacer irradiar a tu alrededor el ideal de delicada humanidad cuya nostalgia he querido darte.

* * *

El primer secreto de la educación consiste en saber crearse un alma infantil. Por eso las personas ancianas se entienden tan bien con los niños. Puesto que se acaba el linaje de esos abuelos y abuelas de junto al hogar, con la memoria llena de cuentos, aprende a envolver a tus pequeños en esa nube encantada, hecha de sueños y de fábulas, a través de la cual verán la vida tal como debe ser, y se encaminarán, por etapas, hacia la dignidad de hombre.

Ya les das juguetes de cartón, de madera y de tela. Evoca y deja inclinarse, sobre sus cunas, a esas madrinas encantadoras: las ficciones. No temas hacer de tus hijos visionarios abriéndoles de par en par las puertas del país de las hadas. Tendrán demasiado pronto ¡ay! la ocasión de volver.

Ese cuidado que pones en elegir las imágenes con las cuales adorns una imaginación infantil, empléalo en tus palabras, en tus actos, en todos los gestos de tu vida íntima. Piensa que depende de ti, de tu tacto, del poner al alcance de tus pequeños las cosas que te han parecido buenas para tu propio enriquecimiento. Piensa que al escoger y conservar naturales tus palabras, tus gestos, tus hábitos, realizas una modesta armonía física de la vida que acaba por traer consigo una verdadera armonía y correspondencia interior de las ideas y de los hábitos que suscitan esos gestos.

Y piensa que si el alfabeto se contiene en veinticinco letras, la educación se contiene en una palabra: *amor*. El amor, que quiere hermoso y embellecido el objeto al cual se aplica y es indigno de él si no halla los fines para lograrlo. Pero un amor vigilante y sagaz, un amor que la razón ilumina y no ese instinto animal y pasivo que alimentan el egoísmo y el hábito y que para la mayoría de los hombres lleva el nombre y ocupa el puesto del amor.

El amor te enseñará que *todo tiene un valor educativo*, tanto para el niño como para el hombre. Mas ya que hemos evocado la inocente magia de los juguetes, déjame preguntarte si sabes tan sólo lo que es un juguete, un juguete de niño... Puesto que tomamos esa bella senda, un poco desviada de nuestra ruta, sigámosla juntos un momento para nuestra instrucción y nuestro deleite. (Esto no nos sucede tan a menudo, el sonreír...)

FILOSOFIA DEL JUGUETE

Era una vez un viejo filósofo que decía: «El arte es un juego», y las hadas sonreían al oír esta verdad, más vieja que los filósofos. Pero si volvemos un poco el pensamiento de Herbert Spencer, encontramos en él una verdad mucho más curiosa: «El juguete es una obra de arte», una obra de arte tan completa —en la sociedad infantil— como esas obras maestras de las cuales se engalana y se enorgullece la sociedad de los hombres.

Si el arte es, en efecto, una *interpretación selecta* de lo real, de la vida, el juguete —si consideras el público de aficionados al cual se destina— lo es del Miguel Ángel y del Rodin a su manera, tallado en madera, armado en cartón, pintarrajeado de alegres colores. La simplificación evocadora, o *síntesis*, que constituye la riqueza del arte, constituye también la riqueza del juguete.

Los juguetes son tanto más evocadores (y, por

consecuente, más *educadores*) cuanto más simplificados. El que los contempla puede continuar y enriquecer con su propio caudal el designio del primer creador. Mientras que una copia demasiado minuciosa y demasiado completa de las realidades detiene nuestra imaginación por completo y empobrece tanto más nuestro placer.

EL DOBLE AUTOR. — Toda obra de arte tiene, en efecto, un doble autor: el que la crea y el que la ve, el que la sueña primero, fija para otros su sueño sobre papel, sobre tela o sobre piedra y el que la siente entrar en sí por todos sus sentidos, modelarse y embellecerse de todo lo que él tenía en sí preparado para ella, sin que nunca, por exceso de precisión, vaya a limitar la riqueza de su colaboración, la fecundidad de su gozo.

¿Comprendes ahora por qué intercalo estas observaciones más bien en este capítulo de pedagogía familiar que en nuestras indagaciones sobre lo bello y sus placeres?...

El juguete, el verdadero juguete, el de algunas perras chicas, aquel que se da a los pobres, posee todos los caracteres divertidos de la síntesis creadora: los detalles han sido bizarramente descuidados; sólo se ha elegido el carácter distintivo para que nadie confunda al conejo y su zanahoria con el borrico de madera y su labriego con montera.

El bosquejo rápido, geométrico, el símbolo lineal de un individuo, de un objeto, es suficiente para el niño. El añade lo que falta. Y esta colaboración inconsciente aguja y hace progresar su pequeña sensibilidad, su pequeña inteligencia. Es también un sendo error el pretender hacer del juguete una necia y demasiado exacta reproducción de las cosas que pasan en la vida. El juguete no es un facsímil reducido a la escala de la infancia. Es una creación divertida, evocadora del modelo, es cierto, pero que debe sugerirlo sobre todo, un esquema en el cual importa poco la materia, donde la más simple es la mejor si expresa alegría, con formas alegres, con colores vivos y que hagan reír. Lo que falte al juguete el niño sabrá dárselo.

EL MACO. — ...El niño está allí, en un rinconcito. Es un rinconcito detrás de la puerta, si queréis; así es al menos como se lo representan los hombres, con sus groseras sensaciones estrechadas a formularse una vez por todas. En realidad, es un jardín, un palacio, una isla, un navío, todo lo que quiere el chiquitín. Los chiquitines son poderosos como los encantadores y hacen todo lo que quieren de su rinconcito detrás de la puerta... Así, el juguete vive y habla,

juega, trabaja, se enoja, se regocija y se anima de todas las pasiones del niño. Es un esclavo paciente, como no encontrará ninguno en su vida, una propiedad absoluta que puede odiar, amar, romper, mimar o torturar a su antojo.

Más dueño de su juguete que el antiguo ciudadano lo era de su esclavo, el niño se organiza con él un pequeño mundo que le obedece mejor que lo haría el otro, un universo estrambótico del cual es rey, con sus monigotes, sus caballos, sus coches, sus casas, sus árboles, sus muñecas y sus pastores. Estos pequeños objetos son tan vivos para nuestros hijos como los grandes lo son para nosotros; todos les obedecen sin que nadie tenga nada que decir... ¿Nadie? ¡Ah! He ahí precisamente donde se acuesta la liebre. De igual manera que sobre las sociedades humanas pesan los destinos invisibles y los caprichos de la suerte, así sobre la sociedad infantil se ciernen esas divinidades caprichosas y omnipotentes que son «las personas mayores».

LAS VIEJAS CANCIONES

...Una gran calle ruidosa y multicolor de arrabal, con altas casas, con escaparates rebosantes, anuncios, vehículos, comerciantes, con gentes que se apresuran en todos sentidos, por los itinerarios invisibles de sus destinos... Una gran calle, donde la vida es inquieta. Está llena de zozobra, con—acompañamiento sordo que no se calla nunca—la trepidación de las fábricas, que son el pan y el destino de todo ese pueblo...

Ahora bien, en un triángulo de asfalto apretado entre dos paredes de casas, unas niñas, con muecas y reverencias, cantan una antigua ronda:

¡Gentil tambor,
dadme vuestra rosa!
Y ran-tan-plan...

Y he aquí que, por la magia de la canción, un poco de alegría imprevista y de ilusión pasan, como un viento de primavera, sobre la áspera encrucijada.

Con hermoso vestido y una flor en el gorro, aquí vienen nuestros viejos amigos los «Compañeros de la Mejorana», «Las Tres Niñas y el Pastor», «El Pequeño Grumete», «Los Capitanes, Cadet-Rousselle» y «La Panadera»...

Y las viejas que empujan los carritos de legumbres, los trabajadores de torpe andar, los tenderos de corazón sombrío, las amas de casa, asomadas hasta el fondo del cielo, a ventanas obstruidas por viejas camas, han sentido res-

balar la canción como agua fresca por sus pensamientos y tararean con los labios, sin darse cuenta de ello, un trozo de canción en flor.

Antiguas canciones, juguetes abigarrados y musicales, vosotras formaréis, alrededor de los pequeños de mi hermano el Hombre, como un pequeño y risueño universo que los habituará, poco a poco, al otro, y les dará la nostalgia y la necesidad de esta vida más delicada, que hay que buscar bien en los cuentos, en los juguetes y en las canciones, puesto que no la encontramos nunca en torno nuestro.

Hé nos aquí lejos, al parecer, de nuestro tema educativo. Pero todo camino del pensamiento lleva al hombre. Por otra parte, llevándote de nuevo a los precedentes ensayos cuya meditación te he propuesto, ¿no puedes, ahora, abarcar con una mirada más clara el grande y hermoso paisaje interior que lentamente hemos recorrido? Con un andar entrecortado, montaraz, proporcionado a tus fuerzas y a tu ocio, héte aquí llegado a la altura.

Como un hombre que llena sus pulmones de buen aire limpio y se siente más grande y más fuerte, tú puedes saborear ese sentimiento de la grandeza humana prolongada a través de tus actos, al mismo tiempo que esa paz del alma, esa alegría permanente de vivir de la cual tu espíritu y tu cuerpo se bañan en lo sucesivo como en una atmósfera natural fuera de la cual no podrían ya tener vida.

GANZ-ALLEIN

¿Puede verse nada más chistoso que el que un hombre tenga derecho a matarme porque vive del otro lado del Océano y su príncipe haya tenido una disputa con el mío, sin que entre él y yo haya ocurrido nunca nada?

B. PASCAL

Me decía M... que siempre había encontrado inmejorables las siguientes máximas sobre la mujer: "Hablar siempre bien del sexo en general, alabar a las que son amables, callarse sobre las que no lo son, verlas poco, no fiar en ellas jamás y no dejar depender nuestra dicha de una mujer, sea la que fuere".

CHAMFORT

Análisis psicológico de la Mentira

(Continuación)

En las letras, la mentira o los mentirosos han sido glosados en varias formas; basta con recordar *Le menteur*, de Corneille, en el tipo de Dorante, que hizo época, a pesar de no ser original, pues Ruiz de Alarcón ya había escrito la comedia clásica *La verdad sospechosa* y Goldoni *Il Bugiardo*. Podría irse más lejos diciendo que la mentira fué elevada a la categoría de divinidad contraria, pues Satán fué apellidado *spiritus mendacis*. El padre Manuel Bernárdez, en *La luz e calor*, tratando de la falsa prudencia, refiere la frase de San Gregorio de Nicea: «Hay hombres que tienen los ojos en los tobillos: son los astutos. Pero que corran también entre cristianos, les parece que hablan verdad cuando mienten y que comercian en la pérdida de su alma y que son prudentes, siendo extremadamente necios. Esta es la miseria más deplorable.» En el libro, hermoso y clásico, de la ironía, *Arte de robar*, atribuido a Vieira, se hallan los que hurtan con uñas mentirosas. «Personas hay que tienen las uñas marcadas con pintas blancas y que llaman mentiras; pero no son éstas las uñas mentirosas, que más tienen de negras que de albas y roban de mil quinientas maneras, mintiendo siempre.» En la literatura moderna, dice Autregesillo, que el tema ha sido poco explotado desde el punto de vista psicológico. Recuerda de pasada el escritor brasileño las ironías de Anatole France y las *Mensonges*, de Pablo Bourget, en que Moraine miente al marido y a los amantes y entre ellos teje la gran ilusión del amor, hasta que el joven y amante poeta reconoce el falso tejido de las pasiones en que se enredara e intenta el suicidio. En las lides del amor, en ocasiones, se desfigura la verdad sin que en el sujeto haya un propósito falaz y protervo, sino tan sólo el deseo vivo de ocultar algo que pudiera disminuir el cariño entrañable, evitándose así un daño irreparable a un ser querido.

La imprenta sabe mentir deliciosamente y los calendarios consagran un día en honor de las mentiras: el primero de abril, en España el 28 de diciembre, llamado día de Ino-

centes. La Prensa, por la artimaña y por sus engranajes hace de la mentira fuerza eléctrica que circula por los hilos telegráficos, por los teléfonos y linotipias con fondo irónico. En uno de los casos de las falsedades útiles, necesarias, equilibradoras de los pueblos. Si no fuera la imaginación el boato que el alma comunica a la mentira, si no fuera por la fantasía de la calle puesta al servicio del periódico, preguntase Autregesillo: ¿cómo vivirían las poblaciones de las grandes ciudades? Mal, y muy mal, puesto que para todos los afectos la ilusión es más agradable que la brutalidad anatómica de los hechos. La filosofía popular tiene muchas veces preveniciones y preceptos contra la materia; ahí están el adagio árabe de que más vale la lengua del mudo que la del mentiroso, o aquel otro que nos advierte que es más fácil coger a un embustero que a un cojo.

Los viajeros y cazadores poseen una especie de privilegio, de varita mágica que les fecunda la imaginación, y el barón de Munchausen es la caricatura grotesca de tales fabulistas. Por eso Chateaubriand dijo que «la mentira muy repetida se transforma en verdad». «Las cosas son tanto más verdaderas cuanto más creídas», asevera nuestro gran pensador don Miguel de Unamuno. La historia abunda en hechos análogos y quizá una gran parte de ella no pasa de ser una vasta patraña urdida por la inteligencia del hombre para delectación de sus semejantes. Hay mentiras que viven eternamente en los sepulcros y son consideradas como grandes verdades. Algunas son útiles; otras absolutamente inútiles. Las más necesarias son las que acuden en socorro del amor, de los celos, de la diplomacia, de la medicina, de la abogacía, etc., etc. El doctor Sócrates en la *Histoire Comique*, de Anatole France, exclama: «Tengo una tienda de mentiras... Alivio y consuelo, y nadie puede aliviar y consolar sin mentir.» En el comercio, sobre todo, en el pequeño, la mentira, la perspicacia y la lisonja marchan tan unidas, complétanse tanto, que forman parte del *savoir faire*, de la buena conducta del comerciante.

La mentira profesional de los charlatanes, la mentira militar de las victorias fantásticas

oficiales; las grandes mentiras de los Gobiernos, de la política, de los fraudes electorales; los embustes vulgares de la vida familiar, de la existencia social, se van repitiendo y los hombres las aceptan como hechos naturales. La doblez entre los políticos constituye una cualidad específica.

Nordau dice que la enfermedad grave de nuestra época es la cobardía, y esta enfermedad, la grave falta de coraje viril y de sinceridad, es la que prolonga la existencia de la mentira y hace retroceder el triunfo de la verdad.

Los grandes embustes se encuentran, según el parecer del ilustre crítico contemporáneo, en la religión, en la aristocracia, en la política, en las ciencias económicas, en el matrimonio, además de las pequeñas mentiras que en todo momento encontramos.

En el arte, sobre todo el literario, la mentira ha imperado con garbo y audacia; es suficiente que se lea el libro de Paulhan acerca del asunto; la pintura, la escultura y, sobre todo, la literatura, nos dan abundante cosecha de ejemplos. Hay hombres cuya personalidad es una mentira que vive, anda, almuerza, come, ama y muere. De esta calidad que podemos llamar *homo sapiens mendacio* sus conocemos muchos individuos. Hay tipos que se graban en el concepto general como prototipos de esta virtud a la inversa. En Pernambuco existió un individuo a quien se apellidaba *Quaresma*, cuyas patrañas corrían de boca en boca como si fuesen *folklore*, unas extrañas, otras chistosas y otras extravagantes. La palabra *Quaresma* empléase en las poblaciones ribereñas como sinónimo de mentira y, según el *Diccionario de brasileñismos*, de Rodolfo García, este término tiene su origen en los dichos del mayor José Tomás Quaresma, famoso por sus mentiras.

En las sociedades contemporáneas, en las que la lucha por la existencia se hace cada vez más penosa y asfixiante, los vagabundos, los inactivos, los simuladores y los trapaceros, crecen como hongos, y la sustancia que les nutre el alma, en general, es la mentira con que elaboran los embustes y los fraudes, que son los escudos de combate en sus conquistas vitales, tan glorificados entre nosotros por el célebre *Conto do Vigario* (Cuento del Vicario). Tales individuos mienten, embaúcan, obedeciendo a la ley del menor esfuerzo, por instinto de

inercia, por debilidad de carácter, por inestabilidad psíquica y por la submoralidad en que nacen, viven y mueren. Ciertamente pertenecen a la Patología Mental; no son alienados, sino semilocos, que están en la frontera tan bien trazada por el ilustre psicópata Grasset. En estos individuos, la mentira es el proceso más simple, más elemental, caso impulsivo, y no es raro que los pobres resbalen por grandezas fantásticas, por aventuras extrañas por los montes y los valles de los paisajes infinitos de la mentira. Existen familias enteras que mienten por costumbre, por influencia malsana, por contagio, debido a la capacidad que tiene el mentiroso de sugestionar y también gracias a la facultad de ser sugestionado que tiene quien oye o lee las mentiras.

Los grandes mentirosos son, a veces, grandes juradores, y las divinidades indefensas a cada paso les vienen a la boca con blasfemias irritantes que causan tanta repugnancia como indignación. Conozco aquí, en Río de Janeiro, dice el ensayista, una familia entera de embusteros. El jefe de la misma, persona de gran inteligencia, gusta de las excursiones por el interior del Brasil y se produce brillantemente al referir narraciones inverosímiles. Los hijos se afinan según el mismo diapasón. Uno de ellos me contó una vez que tuvo necesidad de subir a un árbol. Vió un bejuco y por él trepó, siendo grande su sorpresa cuando se dió cuenta de que había subido por una cobra. En uno de los grandes Estados del Norte hay una familia de individuos ilustres, algunos de los cuales son mentirosos profesionales. Uno de ellos, cuya inteligencia es brillantísima, déjase envolver en las nebulosas telas de las exageraciones, de las fábulas y de las mentiras fantásticas, narrando sucesos y hechos extraordinarios con un énfasis tal, con tal convicción propia y sugestionadora, que excita la credulidad y la admiración de los incautos. El profesor Juliano Moreira atestiguó más de una vez el acervo inacabable de estas patrañas doctorales. El doctor Francisco de Castro, con la ironía de su elevado espíritu, conseguía que dos profesores de nuestra facultad, ya fallecidos, des envolviesen a menudo los mantos de oropel de sus mentiras.

Aquí, agrega el conocido psiquiatra, entre nosotros, vive cierto Esculapio cuya fábrica de cuentos es inagotable. Afirmó a uno de mis discípulos, que había sido mi

contrincante en un concurso de la Facultad de Medicina, que fué educado en Europa, que escribía corrientemente el alemán. Excusado es decir que todo era completamente falso. Los mentirosos, cuando son profesionales reincidentes, pueden ser incluidos en la Patología Mental, como ya se dijo, constituyendo, ora la clase de los *mitómanos*, de Dupre, ora la de la *pseudología fantástica* de Delbrugh, ora la de *mentirosos y fraudadores* de Kraepelin. En esta clase podemos incluir la gran serie de semilocos, como los simuladores del talento, tan bien descritos por Ramos Mejía, los simuladores de locura, los simuladores de enfermedades o los patomímicos observados por Dieulafoy, los pseudoquerellantes forenses, los jactanciosos, los filibusteros, los intrigantes, los calumniadores, los politiqueros, los defraudadores, cuyos estigmas degenerativos morales y mentales, están constituidos por la facultad imaginativa imponente, por la inestabilidad de la atención, por la debilidad de la volición, por la inferioridad ética y, sobre todo, por el provecho moral o material que usufructúan, ya lisonjeando a los otros, ya lagrimeando sus narraciones, ya

llevando la vanidad personal al extremo, ya, en fin, considerándose perseguidos, conjugando siempre el diabólico verbo engañar para vencer el dolo, por el embuste, por la fábula o la calumnia.

La Terapéutica de la mentira eventual o profesional estriba en la educación del carácter y de la inteligencia. Algunos sujetos son imperfectibles (a éstos debiera llevarse a las colonias de trabajo, de corrección). A los pequeños mentirosos, puede perdonárseles. Recuerdo aquí, sin embargo, dice Autregesillo, las palabras de Max Nordau: «La civilización de hoy, cuyos caracteres distintivos son el pesimismo, la mentira y el egoísmo, debe hacer lugar a la civilización de verdad, de amor al prójimo y de satisfacción.»

Termina el ensayo el distinguido psiquiatra brasileño, diciendo: «No sé si sirve entonar *hosannas* a Epaminondas. Con todo, arriesgaré el siguiente concepto: «Decir verdad es casi siempre más útil y más fácil que decir mentiras. Pero a veces la contingencia humana, prefiere lo opuesto a este postulado.»

SANTIAGO VALENTI CAMP

Pueblo y Literatura

Ciertas personas, algunas de sutil inteligencia, queriendo extraer a la literatura del pozo conceptista en que se halla, piden de los poetas una literatura del pueblo. Cuestiones como ésta, en que sin más ni más y porque lo opuesto parece mejor, se intenta saltar de una a otra ribera, exigen al menos un poco de serenidad al plantearla.

En todo momento no está por demás recelar de las opiniones extrañas y extremas. Se piensa así, y no de otro modo, por una serie de circunstancias cuya raíz vive escondida en la propia personalidad. Es un bello ideal hablar de opiniones desinteresadas... ¿Cuándo, en qué instante de su respirar, un hombre es totalmente desinteresado? Si definiendo, un suponer, la igualdad de los hombres, es sencillamente porque siéndolo, yo no me veré jamás obligado a acatar a nadie. Seré dueño de mí, y blancos y negros, todos serán mis iguales, nadie superior. Para lograr mi innoble propósito —desde luego así es—, no pretendo que los desvalidos vivan

a mi nivel, no; quiero que más allá de mí no vibre sombra humana alguna—; para conseguirlo, engarzaré a mi discurso hermosas frases sobre la hermandad de los hombres, su mutuo respeto, su democracia. Gentes lerdas aún quedan en el mundo que crearán, y no bastándoles me ayudarán en mi objeto. Por eso pido que nuestra vida no la dejemos por mucho tiempo recostada en las ideas de los otros. Puesto que no es dable un divino desinterés, que sea un interés el que nos conduzca. Adelante, pues, navegantes de nuestro fatal egoísmo.

Todo trato con cosas deslindadas del cotidiano vegetar, requiere tratantes forrados de inteligencia. Serlo representa un corajudo esfuerzo para salir de sí mismo, y poder, sin el agobio de la intimidad, pasear placenteramente por los distintos parterres de la cultura. La más auténtica finalidad del ser inteligente no ve más lejos de una sincera comprensión de las cosas. Para comprender realmente, no para fingirlo, es necesario en

primer término poder, tener pesquis, y en segundo, tener muy en la cruz del entrecejo que la verdad de lo examinado pueda sernos vitalmente contrario.

Cada época lleva, marcado a fuego, su carácter. En unas, la razón como hatillo de segador aprisiona con su fibras la vida. La impide que se desmande, que adquiera preeminencias indeseables. La razón viene a ser el zapato de hierro con que los chinos impiden que sus pies progresen. Y esta vida, para nosotros la mejor, avanza en el tiempo con el pecho erguido, el corazón en ballesta, dispuesto a salir veloz hacia el blanco elegido. La atmósfera, que como velo la cubre, sin guardar sus encantos, está construída con pétalos de contención.

En otras, la vitalidad, el impulso, ciego como el dulce Cupido, aplasta contra la tierra, o tal vez contra las nubes, a la razón.

Por descontado que la vida que juegue al *lío vivo* alrededor de estas dos columnas, será diferente y hasta opuesta.

Estos nuestros días nos parecen puramente vitales. Si algo queda de razón, tan famélica debe andar, que ni siquiera alcanza a levantar los brazos pidiendo auxilio. Siendo ello así, la brújula directora corre a cargo de lo peor de nosotros. Al librarnos de la razón como norma, suprimimos toda posible justificación de nuestra existencia. Pues no se vive mientras no sea posible demostrarlo. ¡Qué igual es nuestro vivir y el de las plantas!

Acaso el despierto lector vea un contrastido entre lo dicho al comienzo y lo escrito ahora, hace un momento. No hay tal. Si aseguramos, fundados es su afición a dejarse ir, que nuestra época es esencialmente primitiva, no chocamos con la primera idea. Ya entre los griegos se dió el caso de que al iniciar su arte valiéronse exclusivamente de la inteligencia. Amortiguándola a medida que el tiempo transcurría y el fondo humano iba haciéndose expresable.

Nosotros nos atrevemos a pensar que pudiera ocurrir actualmente idéntico caso. El confrontamiento que hemos hecho de las dos realidades nos fuerza a producirnos de este modo. Y auscultado el paciente, aseguramos que la inteligencia irá, como en Grecia ocurrió, replegándose a sí misma, al papel que en el mundo la incumbe.

Por valernos de lo más ínfimo de nuestra persona, nuestros puntos de mira resultan flacos, como perro callejero. Quien más, quien menos, tiene su vitalidad. No todos su inte-

ligencia. De parejo motivo proviene el extremismo reinante. No vamos ni mucho menos donde nuestro sano juicio nos aconseja. Vamos, señores, a donde ciertos bicharracos de nuestro ser nos empujan.

Hoy nos encontramos con personas tenidas por inteligentes que piden las mismas cosas que otras que toda su vida fueron mostrencas. No cabe la menor duda que algo sobresaliente ha sucedido. No se pone uno sin más ni más de acuerdo con el vecino en cuestiones de alta monta. Tal coincidencia nos hace pensar en una astracanada: o todos nos hemos vuelto inteligentes o todos mostrencos. Como ni una ni otra cosa creemos que por ahora sea posible, démonos a buscar el motivo por otros lugares.

No somos partidarios del budismo por varias razones. Una de ellas, el que el ensimismamiento total será representado contemplándose el ombligo. Los místicos cristianos adoptaron una postura más elegante. Muchos de ellos parecen nadadores que vayan a lanzarse al cielo.

Durante la pasada centuria, el pueblo fué enseñado a contemplarse a sí mismo. A clavar los ojos en esa parte del cuerpo, en que una moneda de un céntimo podría guarecerse contra los forros rotos. En el pensamiento de ciertas personas ha llegado a constituir un prejuicio. Se le acata, se le está obligado.

Como carecía de virtudes, la imaginación de los poetas se puso en marcha para fabricarlas. Se piensa seriamente que todo de él proviene: leyes, normas. Claramente, se crea una fe, un dogma.

Y esos nuevos supersticiosos, los hombres que creen a pies juntillas que la verdad está en el pueblo, al tratar de soslayar un exceso —la inteligencia como ocupante único—, se precipitan en otro mayor.

¿Una literatura del pueblo? Muy cosido al espíritu se ha de tener la creencia en el pueblo como meta única para que seres dotados de una despejada comprensión la soliciten. En literatura, como en todo, por supuesto, se dan una serie de grados anteriores al apogeo de la cosa. Una literatura puede considerarse en su cenit cuando la atención del poeta ha pasado de los fenómenos externos a los internos.

El pasado no es un mero trasto que a nuestro antojo podamos retirar si nos estorba. Ahí está, mejor dicho, aquí está, en mí, vociferando, peleando con todo el presente y con el futuro recién adquirido. Me araña,

me impide hablar si alguna vez me decido a no tenerle en cuenta.

Por cambios que el mundo dé no podremos evitarlos. Exigiría el sacrificio de varias generaciones que vivieran sin cultura, como salvajes, para que sus sucesores crearan una nueva historia. O que repitiesen esta nuestra. Pero a ellos les sabría a inédita.

El hombre de hoy ha cobrado cariño a su alma. Desengañado del paisaje, se encierra en sí, y dice a los que no pueden hacerlo: aquí me las den todas.

El pueblo se presenta al artista como bloque que necesita que le insuflen una forma. Algo precisamente anterior al bloque. No es admisible una materia dándose a sí misma estructura. Tal es lo que piden los que desean un arte del pueblo.

En sí no tienen valor alguno, artísticamente, los sentimientos del pueblo. Se ha de tener en cuenta que no son admisibles categorías. Si nos entretuviésemos en trazar divisiones, haríamos del pueblo un antipueblo, o lo que es lo mismo, todo un sistema de individualidades.

Y al pueblo se le toma en conjunto como una montaña abarrotada de canteras de mármol o se le deja dentro de su destino. En el pueblo es más la promesa que el fruto. El entendido jardinero arranca la simiente y va a plantarla en mejor terreno. Yerran y van contra la vida misma los que enfocan todo impulso en esa imagen del vacío.

Estos pensamientos nos piden que ensayemos una nueva proyección del asunto. Uno no debe ser juguete de la corriente. Postura de hombre es pasarse y detener todo aquello que pueda serle útil.

Los elementos que utiliza el literato son sentimiento e inteligencia. Es sabido que en sí la literatura es un espejo en que reflejamos nuestra alma. Como lectores y creadores. El papel de la inteligencia será el de aclarar, desembrollar los excesivamente enredados sentimientos. También hacerla accesible a seres no inteligentes, pero sí de gran intuición.

Como he pretendido decir a lo largo de este artículo, no está la vida en la inteligencia. En ésta está la brida, el hacer posible su perduración. En sí, la simple inteligencia no es vida. Más lo es el impulso con sus muchos inconvenientes.

El arte debe ir a fomentar ese impulso, a ensalzarlo, a organizarlo. Los arroyos que vagan perdidos por el bosque alegran únicamente a los pájaros y a los reptiles. El arro-

yo cultivado, además de ser útil, alegre con sus canciones el oído de los hombres.

Antes decíamos que la atención del artista puede encontrarse en el exterior y en el interior. Hoy, desgraciadamente, a nuestro parecer, no se halla en parte alguna. Ni en sí ni en los demás. Pues en poesía, por ejemplo, el poeta trabaja en eslabonar diversas metáforas que su imaginación le ha dictado. Al examinarlas por gusto, por saber qué encierran aquellos estuches, pronto nos convencemos de que están vacíos o casi vacíos. Han tratado, indudablemente, de expresar algo, un pensamiento, un sentir. Pero inexpertos cazadores, la caza ha huído, y ellos han quedado con la trampa. Esto es lo que más nos afirma en nuestra creencia: nuestro tiempo es, en esto de buscar expresión de sus esencias, netamente primitivo.

No es desacertada la idea siguiente para justificar la reclusión de la literatura en la inteligencia. Al descender la vida vitalmente, al someterse a reglas con exceso duras para su cansada existencia, buscando caminos para expresarse, y más que nada por no hallarse solos, los artistas acudieron a la sólida inteligencia. Por medio de metáforas, que en el lenguaje poético ocupan el lugar de las fórmulas científicas, los poetas se entienden entre sí y entre los escasos amigos que les seguían.

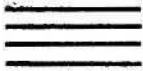
Las literaturas europeas necesitan un fuerte empujón vivificador. Limitadas a su traje, por así decirlo, su radio de influencia es escaso. Cada día disminuye y obliga, por espíritu oposicionista, a elevar su fantasma fronterero: literatura del pueblo.

Pero no es posible crear de la nada. La atmósfera que nos rodea no puede darnos ya nueva originalidad. Patinan por ella los espíritus creadores como por un terraplén de nieve. Es preciso que el subsuelo de la realidad esté otra vez conmovido, para que desde las estaciones transformadoras vuelvan a ser transmitidos nuevos entusiasmos.

Antes que todo lo que tiene en ella su entroncamiento, es la vida. Cambiemos la vida, hagámosla inédita, conforme la sentimos. Una vez la vida entre nosotros, será la literatura la que haya de removerse.

Rusia nos da claro ejemplo de lo que aquí en Occidente hemos de hacer. Un cambio social con sus nuevas posibilidades de acción remozaría el espíritu. Y la literatura no tendría más que abrirse de brazos para recibir la lluvia de posibilidades.

ENRIQUE DE JUAN



Que en el teatro, en España, prevalece actualmente la sensiblería, es cosa que no puede ponerse en duda.

Y que este prevailecimiento es un mal, tampoco lo dudarán cuantas personas tengan siquiera un mediano conocimiento de la distancia que hay entre la sensiblería, cosa superficial, y la emoción, cosa natural y de categoría elevada y permanente.

La actual crisis del teatro se acentuará si continúa esa preferencia por lo superficial. La sensiblería no tiene nada que ver con el arte, y claro está que tampoco con la vida. Sólo son sensibleras las personas sin intimidad, sin cualidades de rango. Un ser de valía no es nunca sensiblero, sino sensible. Tiene capacidad para la emoción, pero no para conmovirse de modo externo y aparental, o sea sensibleramente.

Un arte que dirija sus armas mejores a impresionar lo externo y no lo íntimo, es un arte inferior. En este aspecto, el teatro español actual se apunta con la oratoria vana, con la palabrería, que se dirige a la parte sensiblera de las criaturas y no a sus cualidades sensibles. Por eso la oratoria, en general, no puede ser llamada un arte. Y el teatro, cuando la imita, tampoco puede ni debe ser considerado como un arte.

Siempre que asisto a la representación de una obra teatral sensiblera, y abundan en exceso, salgo del teatro con el ánimo apenado. Se ha puesto al servicio de una cosa ínfima el esfuerzo de actores y actrices, y su gracia, si la tienen. Y esto no puede por menos que ocasionar pena.

Es cierto que la mayoría de las gentes aprecian más lo sensiblero que lo sensible. Pero esto no es una razón para que se lleve a la escena lo primero y no lo último. Todos los grandes triunfos del teatro, todas sus victorias memorables se deben a esto y no a aquello. También a la mayoría de las gentes les agrada más un retrato hecho por un fotógrafo que el pintado por un artista. Y, sin duda alguna, no pueden ser comparados. Nadie con un poco de juicio preferirá el primero, que carece de valor artístico. El segundo, que es arte, posee rango imperecedero.

Una obra teatral sensiblera malogra muchas cosas. En primer lugar, toda posibilidad de emoción auténtica; en segundo lu-

gar, la creación artística. No hay arte donde hay sensiblería.

Los amores sensibleros son falsos, absolutamente falsos. El amor es una pasión primigenia y, por lo tanto, henchida de emoción. Una pasión amorosa, presentada con toda su potencia en la escena, arrancará siempre al espectador lágrimas ardorosas. Su fuerza elemental conmueve hasta la esencia del ser, hasta las raíces más hondas de la sensibilidad. Desde el momento en que en unos amores escenificados aparece la sensiblería, huye el encanto de la obra. Todo es ya superficial, externo, incluso las lágrimas que inundan los ojos de los espectadores.

Si recordamos la mayor parte de los amores que se han llevado en los últimos años a la escena española, tendremos que reconocer que son sensibleros, es decir, sin grandeza. Causa verdadera amargura esta comprobación, puesto que nada da más vida a una obra teatral que una pasión amorosa.

Acaso los autores hoy en auge tengan el criterio de que una pasión, el torbellino de una pasión, no gustaría al público actual, en extremo frívolo. En realidad, es que son incapaces de crearla, de hacerla vivir en el escenario, porque también ellos son frívolos, como el público. Un autor impetuoso haría reaccionar a los espectadores más indiferentes. No hay disculpa para el que no lo intente. En nombre del arte, no se debe dar preferencia a lo que guste, sino a lo que en verdad pueda ser llamado teatro, que siempre se impuso y volvería a imponerse.

La sensiblería, pues, debe ser desterrada de la escena. Todos los que amen el teatro deben colaborar a ello. De lo contrario, acabará de hundirse, declinará totalmente, saldrá de la crisis en que se halla para entrar en la ruta de la franca y definitiva decadencia.

Que vuelva a vibrar en las tablas el acento inconfundible de la pasión, que la vida turbulenta circule por la escena desde que se alce el telón hasta que la obra termine, y todos los demás espectáculos quedarán desiertos. Porque en ninguno, como en el teatro, cuando éste es grande, se sienten los seres unos cerca de otros en íntima comunión, conmovidos y atribulados.

C. LINAN

La moral y la educación sexual

VI

¿Monogamia o poligamia?

¿El ideal consiste en la monogamia o en la poligamia? He aquí una controversia que ya va siendo larga.

Se tiene de ordinario, sobre la monogamia, un concepto mezquino y caduco, concepto que sanciona la humillación de la mujer, dejando al marido una libertad de acción casi ilimitada.

La monogamia con amor sería algo perfecto, incluso delicioso. Pero hay que convenir que la monogamia sin amor es la esclavitud.

El hombre sería menos polígamo si hallara junto a su compañera satisfacciones más completas. Se cansa de estrechar un cuerpo pasivo y de poseer a una mujer fría. Sin sospechar que esta frialdad es, a menudo, como he demostrado, el fruto de su propia ignorancia sexual, buscará en otro sitio amores más perfectos—con desventaja casi siempre, ya que su desconocimiento de la fisiología femenina le hace tan inexperto en el adulterio como en el matrimonio legal.

El actual estado de la monogamia conduce a una poligamia disfrazada e hipócrita.

Sin embargo, el ideal del hombre se inclina hacia la unión monogámica. ¿Por qué? ¿Quizá porque es moral, como quieren suponer? La moral no tiene nada que ver en esta circunstancia. Cambia según los pueblos y las épocas. Lo que es inmoral es la violencia y la sujeción; pero el libre don de sí mismo, aunque sea múltiple, no puede ser tachado por sí mismo de inmoral. ¿Será, pues, que la monogamia es más natural y normal? La naturaleza nos demuestra lo contrario: que los únicos animales monógamos son aquellos que no se unen más que una vez en la vida... La hembra de un mamífero (una vez libre) huye del macho que conoció y prefiere ir hacia lo imprevisto. Los palomos, emblemas de la fidelidad, se cansan también pronto y forman nuevas parejas...

En la humanidad, la poligamia hunde a la mujer más aún que la monogamia autoritaria (pero ésta engendra un terrible azote: la prostitución). La mujer del macho polígamo se embrutece y adquiere el vicio del onanismo. Únicamente bajo el ré-

gimen monogámico la mujer puede alcanzar del egoísmo masculino algunas privilegios. La monogamia facilita el desarrollo intelectual, en tanto que la poligamia lo rebaja. La monogamia ayuda a la diferenciación del *tipo*, favorece la formación de la individualidad, en tanto que la poligamia uniformiza a los individuos y no les ayuda, en modo alguno, a desarrollar sus cualidades de originalidad y penetración.

Así creo que la monogamia (me refiero a la monogamia *amorosa*), creación idealista del hombre, constituye un ideal superior. La mayoría de nuestros matrimonios, por «fieles» que sean, no resultan, desgraciadamente, más que una caricatura. «No hay que creer que las grandes pasiones y las almas bellas conviven en ningún sitio», dijo Stendhal, y es por eso que las uniones humanas se hallan en un nivel inferior.

La monogamia, basada en el libre consentimiento y en el afecto mutuo, constituye la salvaguardia de la mujer, garantiza sus derechos y no se propone hacer de ella la caricatura o la copia del hombre. Le deja las cualidades que le son propias, su encanto personal, y lejos de destruir el «etero femenino», reconoce que las diferencias que existen entre los dos sexos son favorables al amor.

Para asegurar a la unión monogámica su máxima duración y belleza precisa, tomando la expresión de Beyle, engrandece la base de la *crystalización*. Cuanto más numerosas sean las causas que nos unen al ser amado, cuanto más variadas las sensaciones que nos procure, más íntima y profunda será la dicha que gustemos a su contacto y más solidez tendrán las bases de nuestra felicidad.

No basándose en una simple atracción sexual a flor de piel, pronto saciada generalmente, sino sobre múltiples afinidades morales, intelectuales y carnales, llegando hasta la plenitud, la unión no se hallará a merced de una pelea fútil o de un capricho irreflexivo.

Que el hombre y la mujer comprendan este ideal; que se alejen de las ofensas y disgustos; que eviten los sufrimientos morales y físicos, si está en su mano, y podrán evitar los horrores de una vida en constante sufrimiento.

COMO EVITAR LAS ENFERMEDADES VENEREAS

Sin reglamentación de la prostitución ni policía sanitaria

Seguido de unas reflexiones sobre la mentalidad de las prostitutas y la vida sexual del porvenir

Sabido es que casi todas las prostitutas tienen o han tenido un amante, lo que prueba que su vida de burdel no les ha ahogado el sentimiento. ¿Cómo no hemos de aceptar, pues, que la vida de estas mujeres posee un más elevado valor moral que la de esta dama bien considerada por la burguesía, y que lleva su egoísmo hasta burlarse de su marido, quien, por su parte, le demostró siempre absoluta confianza?

¡Cuánta vileza! ¡Cuánta ausencia de valor moral!

Si me he extendido un poco sobre este caso particular, ha sido para hacer resaltar la inmensa hipocresía con que se cubre la vida sexual en esta sociedad capitalista.

Habiéndome Armand incitado a que explicara lo que yo entiendo por «dignidad» y «honorabilidad», voy a intentar dar en pocas líneas la concepción mía sobre estos dos términos de uso tan común.

Por «dignidad» entiendo el «respeto» de sí mismo; llevar una conducta que no admita el aminoramiento de la personalidad del individuo. Apliquemos ahora esta definición a la prostituta.

Si una ramera, de gustos ordinarios, de espíritu vulgar, como lo son casi todas, encuentra que es muy natural el vender su cuerpo a todos, incluido al hombre para ella repugnante no sintiéndose con ello disminuída en su personalidad, ni considerada herida en su dignidad —que no posee—, a eso yo le llamo falta de «dignidad». Pero si es una prostituta delicada, no desprovista de alguna intelectualidad o sentir estético, irá en contra de su voluntad y sufriendo en su dignidad con el bruto vulgar, que seguramente y con razón, lo considerará inferior a ella.

Sabido es que todas las hembras, tanto animales como humanas, cuando desean al macho prefieren al que posee cualidades que admirar, y toda selección natural depende de este hecho.

Una aversión instintiva se manifiesta en la mujer a unirse con un hombre considerado

como inferior a ella. Y si a pesar de esta inferioridad reconocida por ella misma acepta el contacto sexual con el hombre así considerado, se coloca a un más bajo nivel moral que el de las propias prostitutas, a la vez que hace dejación de su personalidad y menosprecia su propia dignidad.

Recordaré toda mi vida las palabras que en cierta ocasión me dijo una prostituta profesional de veinticinco años, bella, inteligente, bastante instruída y pianista de talento, pero muy ligera de cascos y de una frivolidad rayana en lo increíble. Se prostituyó a la edad de catorce a quince años, y desde entonces todo gusto al trabajo desapareció en ella. «Esta tarde —me dijo— la he pasado por entero en el Café de París (el cuartel general de las rameritas de Niza) buscando un cliente; pero habiendo tantas mujeres como hombres, ninguno ha querido venir conmigo.» Estas palabras, pronunciadas por una mujer inteligente, expresándose epistolariamente y con la facilidad de un escritor, me produjeron una muy penosa impresión, al par que comprendí hasta qué punto la prostitución puede degradar a una mujer, obligada, para ganar su vida, a aceptar el primer cliente que se presenta, con tal de que pague.

Creo útil insistir sobre el hecho de que estas palabras que he reproducido, únicamente expresan el sentimiento de no haber hallado el cliente; en manera alguna aquella joven se dió cuenta de la inmensa degradación que en sí lleva el oficio que ejerce. Por increíble que ello pueda parecer, la mujer de referencia, inteligente como ya hemos dicho, tranquilamente, me dijo que la prostitución no es nada denigrante. En efecto; yo me he apercibido que cuando una de estas mujeres siente aversión hacia su oficio, no depende solamente de sus cualidades intelectuales, sino mayormente de su moralidad.

La prostituta de que hemos hablado, se mostraba orgullosa de su origen burgués, y despreciaba, en su fuero interno, a los hom-

bres poco elegantes y admiraba a los que vestían a la última moda. Y, naturalmente, nunca vió el menor motivo de crítica en tocante a esta innoble sociedad capitalista; es más: calificaba de ridícula e inútil toda lucha con miras a un estado social equitativo. Se hallaba bien; todo le parecía natural; satisfecha de su suerte, no comprendía la pobre que, en realidad, era una víctima del estado social actual, tan abominable como injusto. Ella, que no comprendía las inquietudes espirituales del ser humano que lucha por un mañana mejor, pasaba su tiempo hablando de la moda y llevando una vida de pereza, de lujo y de vicio. Por eso se inclinó hacia la prostitución, ya que ello le permitía seguir sus gustos sin freno alguno, a saber: frecuentar los grandes restaurantes, los *dancings*, los cafés-conciertos y, en fin, todas aquellas casas que durante la noche son nidos pestilentes de los más bajos vicios con que adorna su vida la burguesía. Allí acudía a ofrecerse al primer bruto que se le presentaba.

Ya hemos visto su ligereza de carácter, que es lo que caracteriza a la prostituta actual.

He hablado extensamente de este asunto por considerarlo como un caso típico, y a la vez demostrar que para que una mujer se sienta atraída hacia la prostitución, no es necesario, como algunos pretenden, que sea intelectualmente inferior al vulgo, pues en este caso se trata de una mujer inteligente.

Y vayamos ahora a examinar mi definición sobre la «honorabilidad».

Yo entiendo por honorabilidad el ser leal en todas las cosas y en todas las circunstancias; cumplir las promesas; no rehuir los compromisos voluntariamente contraídos, aun a trueque de un perjuicio personal, pues lo que se hace cuando hay algún beneficio carece de mérito.

Aquí nos encontramos de nuevo con la influencia nefasta que ejerce la prostitución sobre las mujeres «públicas». Casi nunca una prostituta cumple sus promesas. Si habiendo dado una cita a un cliente, encuentra a otro en el camino que le ofrezca más ganancias, falta al primero y se queda con el segundo. La ramera busca siempre sacar de sus clientes la suma más crecida posible, y para obtenerla hace tantas promesas como se le presentan, sin la menor intención de cumplirlas, aunque sea la de ser fiel al cliente enamorado de ella y que la retira del nefasto oficio.

La prostituta a que nos hemos referido

más arriba, como tantas otras, representa la eterna comedia del amor para con sus crédulos clientes, aunque ellas sean de una manifiesta superioridad sobre el vulgo.

Para ellas, es muy natural explotar los sentimientos del cliente, sobre todo de los menos vulgares, porque los otros no se hacen interesantes a sus facultades mentales, y cuando uno les hace alguna observación por su manera de proceder, se muestran extrañados y aun se enfadan.

Es muy raro que una persona «justa» continúe siéndolo si se entrega a una vida de depravación dentro de un medio infecto y pervertido. Una mujer ordinaria, que en otro ambiente se conduciría *honorablemente*, es decir, *lealmente*, se deja con rapidez influenciar, una vez prostituida.

Su moral desciende al nivel del ambiente, y ya no puede conducirse *honorablemente*, lo que a pesar de todo sería posible, incluso para las prostitutas, ya que hay algunas, rarísimas, es verdad, que siguen siendo leales y honradas para con sus clientes; pero son casos excepcionales.

Una mujer —de la cual he hablado ya— muy inteligente, psicóloga, observadora y de buen corazón, me ha explicado algunas de sus experiencias recogidas en el curso de sus largos años de propiedad de una casa de paso. Dice que no encuentra expresión apropiada para calificar a las prostitutas, en su generalidad, que faltas de todo sentimiento, fingen la más vil comedia de amor, cuando cae en sus redes algún desgraciado que cree en sus fingidos afectos.

La France de Nice et du Sud Est (1) del 9 de mayo, al dar la reseña de una conferencia dada por el señor Gill, profesor de lenguas romanas de la Universidad de Bryn-Mawz (Estados Unidos), insertó los siguientes comentarios: «Quizá sea ir un poco lejos por el sendero de la libertad, como también es probable que nuestra diferencia de caracteres no permita a las jóvenes francesas una tan completa emancipación. Grave problema

(1) Este nuevo diario, que fué lanzado con mucho aparato y furibundas declaraciones democráticas, en cuyo programa inscribió: «decir siempre la verdad, hacer luz sobre todas las cosas, perseguir un alto ideal de justicia social, etc.», al presentarle una réplica mía, su redactor jefe me dijo que no podían publicar nada que molestara a los americanos.

es éste, en el cual preferimos declararnos neutrales. De todos modos, algunos errores se cometen en América. Reciente está el caso del campeón de nado, perteneciente a una Universidad masculina, que se evadió con una estudiante de una Universidad vecina. Pero esto son excepciones.»

A este artículo se añadió unas observaciones hechas por el eminente escritor Víctor Margueritte, que decían que las costumbres

libres en la vida sexual podrían muy bien venir de América, dando una idea no muy real de lo que es la vida sexual en los Estados Unidos, que yo conozco a fondo por haber practicado allí la Medicina. Y en Chicago, que es en donde las costumbres, en este aspecto, son más libres que en otro Estado cualquiera, la mayoría de la población la constituyen emigrados europeos.

(Continuará)

La poesía heroica de los grandes caminos

¡Soñador!... ha dicho el que no quería ver brillar el pensamiento en los caminos por donde se arrastran los hombres.

¡Poeta!... ha dicho el que no podía sentir palpar su corazón al unísono de un cerebro lúcido y rebelde.

¿Ilusión?... ¿Poesía?...

Este es el refugio de los miserables que van por las carreteras y caminos sembrando la buena palabra que va a auxiliar a los que sufren penosamente por librarse de la banalidad que los abruma; son los transportes de los nobles locos —escritos encantadores y viriles— que elevan al hombre por encima de su condición estúpida y gregaria.

No querer escuchar más el sueño que os incita a descorrer el velo que recubre las quimeras con el fin de ver más claro en su cerebro; no querer oír más la poesía que os embriaga y os obliga a dar al corazón, que vibra de emoción, su parte en la conquista de su vida, es sucumbir ante el esfuerzo que os quiere engrandecidos ante los embates de la vida.

Para soñar con la noble dignidad de la más perfecta elevación individual, para cantar la oda a la alegría de ser un Hombre entre los subhombres, no es necesario hacerse el discípulo de un sistema, de una escuela o de un maestro: un temperamento investigador y ardiente, una voluntad tenaz, la necesidad de una ética que se desea poderosa para que vaya a la busca de morales, son armas suficientes para tomar parte en el gran combate de las Ideas.

Soñadores magníficos y poetas errantes: continuad, pues, importunando a la pereza que se adormece en los caminos del hábito. ¿El hábito? Es la viva representación del estático (que no procura ya estar con los andarines del «adelante», porque considera alcanzado su propósito).

No es el hábito lo que podrá complacer y satisfacer a los que quieren ser conquistadores de las más legítimas necesidades de una vida mejor.

Es cierto que el «espíritu de cuerpo colectivo» trata siempre de destruir la fiera individual que apunta el albor de las tentativas rebeldes; es cierto que la cantidad se considera siempre devoradora de calidad; es cierto que siempre es difícil hacer de su sueño una realidad y crear su poema heroico en un mundo donde hacen riza la vileza y la fealdad... Pero esto no es una razón para renunciar a ello.

Jóvenes pensadores y combatientes de la Ideología: no vayáis a creer que soy el jefe de claqué que trata —con ayuda de los aplausos, de los hurras y de todos los vanos estrépitos— de despertar a los dormidos de entre los muertos: yo no sé ni quiero figurar como guía.

No puedo más que decir simplemente:

—Sí, es cierto que la Sociedad se alza siempre contra el Individuo para impedirle trabajar tranquilamente en su desenvolvimiento; no es menos cierto que el individuo hace poco por tratar de realizarse. Yo creo

que es un error el pensar que es fácil obtener su lugar en el banquete de la Vida, sin haber trabajado tenazmente (de antemano), para construirse su potencia y su armonía. Nada es posible sin el esfuerzo: el animoso y viril Esfuerzo.

Todo el que tema la fatiga y el dolor no debe intentar lanzarse a las grandes rutas donde la Razón y la Audacia coaligadas presentan batalla a la Ignorancia y a la Hipocresía.

El hombre que lucha desesperadamente para hacer más bella y más fuerte su manera de vivir, será ciertamente vencido por la vida, como los demás... Pero, ¡cuán distinto será su paso por la esfera terrestre del de los amorfos y de los débiles, que huyeron siempre ante la exigencia de los hechos que hacen Hombres!...

Es con la ayuda del ensueño y de la poesía como se traslada el individuo fuera de esta apariencia de vida, que tiene el derecho de ciudadanía en el país de los bípedos; es esforzándose en franquear los límites de la tradición como *conoce* el refractario lo tentadoras que son las cosas defendidas por los que exigen la sumisión a fin de hallarse más a sus anchas para mandar mejor.

Para que el ensueño se convierta en semilla que germine en la tierra de la «espera realitaria», para que la poesía sea el reflejo de la rebelión consciente y permanente que sopla de lleno como la más violenta de las tempestades al subjetivo humano, es preciso saber obrar sin descanso, a fin de hacerse el más experto arquitecto y el más animoso artesano que sepan edificar el templo del individuo desligado de todos los templos: *he nombrado al Único y su Propiedad.*

* * *

No es cuestión aquí de críticas dirigidas contra los que no se hallan todavía en «estado» de comprender la legítima grandeza del individualismo radiante y expansivo: *¡Aquel que acaba de encontrar su camino no es el extraviado de ayer!*

Yo te saludo, pues, ¡oh, anarquía!, portanorchas que van a alumbrar al Espíritu que camina a tientas en las tinieblas, que van a llevar al Corazón del hombre un poco y mucho también de este calor que le sirve de bálsamo cuando llegue la hora del gran sufrimiento... Ya que en la plaza mayor de la ideología renaciente, se separan las «unidades» para tomar cada una la ruta preferi-

da; marchemos, marchemos con decisión hacia el fin que nos asigna nuestra potencia, que no es otra cosa que la hermana de nuestra armonía. ¡Qué importan las diferencias si la sinceridad se halla en la base de toda manifestación!

* * *

A la hora en que la «chanza grosera» parece que quiere implantarse hasta en el seno de la Ideología, es muy grato constatar que existen todavía algunos «cerebrales» que se consagran a luchar contra los que se complacen en reírse de la sinceridad de los seres que desean para sí otra cosa que estómagos. Cabezas y Vientres son los que se alzan contra la tiranía de los «grandes» y la adulación de los «pequeños». Si son los que exigen tener el vientre bien repleto (sin emplear para esto lo Superfluo: *ese trazador de privilegios*), a fin de sentirse más a gusto ante los embates de la vida, no olvidan que sus «cabezas locas» quieren ser golosas de pensamientos que le inciten a ser siempre más animosos y valientes contra los que se truecan en destructores de la libertad individual.

Para que esta libertad se halle en menos peligro, no olvidemos, ¡oh, camaradas femeninos y masculinos!, el rebelarnos sin cesar contra la vil explotación del hombre por el hombre y contra la indiferencia tan nociva que tanto se distinguen en nuestra época.

Para hacer más ardiente nuestro deseo de combate por el pensamiento y el ejemplo, sepamos acordarnos de cuán resistentes y sufridos fueron los que nos precedieron en el campo de la rebelión: *Es de la obra del Hombre de donde debe surgir la esperanza de una vida mejor.*

¡Individuo, levántate!... Levántate, no para sufrir la cólera pasajera, que no es más que un peligro para ti, sino para dar a tu vida la orientación hacia lo bello, lo verdadero y lo justo... —Cuando suene la hora de tu comprensión, no tendrás más que —para hacer más sublime la afirmación de tu «potencia»— dejarte captar por las audaces reminiscencias que vendrán a demostrarte lo gigantes que fueron los inadaptados e inadaptables, que no supieron nunca doblegarse ante el orden de la tiranía para dar más vigor y más ecos a la *Poesía heroica de los grandes caminos.*

Escucha el poema trágico; es la última de las rebeldías, que exclama:

«Es menester haber nacido en una socie-

dad civilizada para tener la paciencia de vivir toda su vida en ella y para no tener nunca el deseo de dejar esta esfera de penosas convenciones, de pequeñas mentiras venenosas consagradas por el uso, de enfermizas ambiciones, de estrecho sectarismo, de diversas formas de insinceridad; en una palabra: toda esta vanidad que hiela el corazón, que corrompe el espíritu y que se llama, con tan poca razón, la civilización.» (Máximo Gorki.)

«Cada hombre que lucha con la vida, que es vencido por ella y que es prisionero de su abyección, es más filósofo que Schopenhauer, porque nunca una idea abstracta adquirirá una forma tan precisa e imaginada como el pensamiento que extrae de un cerebro el sufrimiento.» (Máximo Gorki: *Los Vagabundos*.)

«La ley no ha creado todavía ningún gran hombre; pero la libertad hace surgir colosos y seres superiores.» (Schiller: *Los Bandidos*.)

«A todos los poderes que fueron mis amos, los humillo al papel de mis criados. Los ídolos no existen más que para Mí: basta que yo no los cree ya, para que ellos ya no existan; no hay «potencias superiores» más que porque yo las elevo y me pongo debajo de ellas.» (Stirner: *El Único y su Propiedad*.)

«La civilización de Europa es una máquina trituradora. Consume los pueblos que invade, extermina y aniquila las razas que estorban a su marcha conquistadora. Es una civilización de caníbales; oprime a los débiles y se enriquece a su costa. Siembra por doquier las envidias y los odios; hace el vacío ante sí. Es una civilización científica y antihumana. Su potencia le proviene de que concentra todas sus fuerzas hacia el «único fin de enriquecerse...»

Bajo el nombre patriotismo, falta a la palabra empeñada; extiende sin avergonzarse sus redes, ejidos de mentiras; erige gigantescos y monstruosos ídolos en los templos levantados al Dinero, el dios que adora. Profetizamos sin vacilación alguna que esto no durará siempre.» (R. Tagore.)

«En las Academias se pavonean en los asientos de marfil los senadores, buenos para hacerse afeitarse en sus sillas horadadas. Pero en un camaranchón, el sin pan, el sin empleo, el sin salario, toca por las cuerdas de su estradivario. Y con frecuencia es un niño de veinte años, neurasténico; es un picador desde el interior de una zahurda, un engrasador de vagones, los que se afa-

nan, preveen, trepan, se sublevan y batallan contra la Doblez y el Plagio, contra la notoriedad que se viste de gloria.» (Carlos-Teófilo-Féret.)

«Reiros, id, reiros del pobre ideólogo que pasa sumido en su ensueño y os habla de égloga, de amor y de bondad, como Jesús en otros tiempos. Mofaros sin piedad de sus bajos descosidos, de su jubón gastado, de sus zapatos enfangados, vosotros, ruines bellacos, cortesanos, miserables, que deberíais caer a los pies del ser bueno del cual os burláis. ¡Ven, amigo mío! ¡Ven! Escudriñemos las profundidades ocultas; ¡ven, ven! Comencemos de nuevo las bellas cabalgatas, acometamos a toda cobardía y demos al infeliz el pan de la bondad.» (*Don Quijote: Poema* de Enrique Cañ.)

«Este mundo es una comedia para los que piensan y una tragedia para los que sienten.» (Swift.)

«La época está enferma y desamparada... Los espíritus pensantes de todas las naciones reclaman la mudanza... Reformar un mundo, reformar una nación, ningún hombre cuerdo emprenderá esto, y todos, a excepción de los tontos, saben que la única reforma sólida, aunque mucho más lenta, es la que comienza cada cual y realiza en sí mismo.» (Tomás Carlyle.)

«Cervantes: Bohemios, ¿por qué mi imprudente juventud ha abandonado vuestra vida? Os lo digo de veras, bohemios, gitanos; sois vosotros los que habéis elegido la mejor parte. Vosotros sois los señores de los campos y de las praderas, de los bosques y de les eriales, de las montañas y de los valles, de las fuentes y de los arroyos. Los árboles os dan, vivos, sus frutos y su sombra; caídos, la leña que os calienta y que cuece vuestras viandas. Las viñas os ofrecen sus uvas; los huertos, sus legumbres; los manantiales, sus aguas; los arroyos, sus peces; los cotos, su caza; las cavernas, sus escondites. Para vosotros, las violencias del cielo no son más que céfiros; las nieves, refrigerio; las lluvias, baño gozoso. Escucháis el trueno como una música, y miráis los relámpagos como luces de fiesta. ¿Qué suelo será bastante rugoso para no pareceros un colchón de plumas? Vuestras pieles endurecidas os protejen como armaduras impenetrables. Vuestra ligereza no se deja detener por las empalizadas ni por los enrejados; las paredes se humillan ante ella, y todo cercado es para ella un obstáculo risible. Obtenéis lo que deseáis, toda vez que

sabéis contentaros con lo que tenéis. Vivís de vuestra industria, y despreciáis el proverbio que explica la fortuna de algunos particulares, y la ruína de España: «La Iglesia, el mar o el servicio del Rey.» Bohemios, bohemios, mientras existe uno de vuestros *aduares*, habrá en el mundo una imagen conmovedora de la edad de oro. Vosotros sabéis que los bienes de la tierra son comunes, y no esperáis que se os entregue vuestra parte. Desconocéis la ambición que tortura, la bajeza que quisiera morder y que acaricia, la envidia que destroza. Porque permaneceréis fieles a la madre Naturaleza, sois sabios en la verdadera ciencia, no en las ridículas mentiras de Alcalá o de Salamanca. Sabéis la hora por la inclinación del sol o por el dibujo que forma el bordado de las estrellas. Es para vosotros para quien el alba blanquea el oriente y para quien la aurora dispersa su enorme ramillete de rosas. Sois vosotros los que gozáis mejor de las estaciones y de su variedad magnífica. Y sois vosotros, ¡oh, nuevos cristianos!, las únicas personas honradas ante las cuales se puede hablar sin temor. Vuestra libertad tolera la libertad vecina. No hay entre vosotros el familiar del Santo Oficio ni el buen católico que ama a su prójimo hasta hacerle quemar. Cuando los que nos han robado la tierra y el derecho de hablar os persiguen, vuestro ánimo no se deja abatir por las cuerdas con que oprimen y tuercen vuestros miembros, ni por las poleas, por los escalfadores ni por los potros de tormento. Del sí o del no, no

hacéis otra diferencia que la exigida para vuestra salvación y para la salvación de vuestros hermanos. Sabéis ser mártires y no confesores, nobles bohemios, que cantáis en las prisiones y guardáis silencio en la tortura.» (Han Ryner: *El Ingenioso Hidalgo Miguel Cervantes*.)

¡Silencio!... la música ha lanzado sus notas tan viriles y a veces tan lastimeras: *a nosotros nos toca escuchar en lo íntimo de nuestro ser, a fin de SABER y de PODER continuar el poema de la vida ardiente y rebelde.*

A. BAILLY

LA TRADICIÓN

No somos libres, estamos adheridos a lo pasado. Escuchamos lo que siempre se hizo y volvemos a hacerlo; y lo que se hizo es la guerra y la injusticia. Puede que un día la humanidad logre echar de sí la pesadilla de lo que fué. Hay que esperar que algún día logremos salir de esta era larguísima de exterminio y de lástimas.

La úlcera del mundo tiene una causa general: la esclavitud al pasado, el prejuicio secular, que impide el que se rehaga todo pulcramente, según la razón y la moral. La humanidad está inficionada del espíritu de tradición; y los nombres de las dos espantosas manifestaciones de ese mal son la herencia y la patria.

ENRIQUE BARBUSSE

Iluminación

Hay una canción en el fondo
del pozo de mi conciencia,
y en lo hondo, en lo más hondo,
está la luz de la ciencia;
yo creo en la omnipotencia
de esta luz, de esta lumbrera.
Aunque en la sombra viviera,
sería esclavo de la luz.

El iluminar certero
del pensar fosforescente,
traza voluntad de acero
en el mundo de la mente.

Iluminación frecuente
en las fiestas de Athenea,
Así el alma se moldea
con los besos de la luz.

La luz que en mí va naciendo
con su viril dinamismo,
va tras mi sombra, esparciendo,
chorro a chorro, su lirismo.
Cuando estoy conmigo mismo,
la luz me cubre en fulgores,
y siento los surtidores
de la fuente de la luz.

M. MEDINA GONZALEZ

De la moral y de las armonías

Sólo las sociedades tienen su moral. Por su canon hemos de regirnos todos los hombres. No importa nuestra condición nativopsicológica. No importa que seamos sensibles o insensibles. No importa que estemos tocados de inteligencia o de animalidad...

Aun caracterizándose un ser cualquiera de falto de conocimiento y de bondad —por rezagamiento en su evolución natural—, moral ha de ser por sino de la Tradición y de la Justicia, que mandar hacer...

Las razas, pueblos e individuos, ¡todo el mundo!, alguna moral han de tener. Porque la moral es ley y compostura. Porque andar derechos lo marca el orden y es nuestro deber. Andar como autómatas, cabe con paso marcial.

¡La moral! Ser del hombre cerrado, cuadrículado y tonto. Ser de la sociedad uniforme, rígida, inhumana.

Para la moral no hay derecho ni sabiduría ni humanismo.

Moral es enemiga mortal del Hombre. Y de la Ciencia. Y de la Conciencia... de la conciencia, sí, que da a la vida, a las artes, al saber, al amar, una altísima expresión de «Humanidades» y sanísimas Rebeldías.

Adviene la moral con la ignorancia. Cuanto mayor es ésta, mayor, inmensamente mayor y soberbia es aquélla.

Hombre y Sociedad cultivados *racionalmente* y en *posesión de una educación natural*, viven bien ajenos y libres de cuidados morales.

Los hombres y los pueblos estudiosos y libres —si no por la condición social que vivan, por sus pensamientos, sentimientos e ideales—, hacen añicos las preocupaciones del aparecer, del adecentar y del moralizar.

Si la moral es producto de las especulaciones a que llega a ser capaz el hombre —los hombres; más sapiente: si ella es cosa mitad terrenal, mitad teologal, su aplicación y estatuiramiento produce el adocenamiento, la hipocresía, el delirio y el odio contra y entre humanos.

Para nosotros, pues, la única y ejemplar moral es la Armonía.

Todas las armonías nacen en y con la personalidad humana o humanística.

De nuestro mundo interior nacen las armonías más perfectas.

Tened personalidad, y de vosotros brotarán himnos de alegría, cantos de vida, la más gaya de las poesías.

El amor y la libertad brotarán de vuestros corazones y de vuestros cerebros, teniendo formada y erecta vuestra individualidad humanitaria.

¡Amor...! ¡Libertad...!

Solamente en la conciencia de cada uno tiene vida el amor. Amaremos por atracciones de nuestra individualidad. Amaremos por mandato natural de nuestra conciencia personificada en ideales inconfundibles y grandes.

Ningún dogma ni atavismo nos obligará a amar. Ni la patria, ni la familia; podrán hipotecar nuestra conciencia y nuestra libertad.

Nuestro fuero, nuestro pensar, nuestro sentir, nuestra vida y nuestra lucha ideal por la regeneración de la especie humana; éste, nuestro amor universal, no tiene ni tendrá nunca velo o ley que lo degrade.

Peregrinos de las «Afinidades Electivas», nosotros buscamos la unión de los elementos y la fusión en el seno de la Armonía. Más aún: de la Libertad.

Todos debemos amarnos por afinidad múltiple y sin par. Afinidad física. Afinidad cordial. Afinidad mental. Afinidad psicológica. Afinidad intelectual. Asiduidad emotiva. Afinidad ideal.

Con tales méritos, viven los seres humanos, los pueblos, las sociedades.

Los prejuicios y lo convencionalista —si quiera sea de lo llamado consagrado y de derecho consuetudinario o histórico— revisiten caracteres de lazos que sólo aprisionan a lo que el autor de *El Quijote* llamó vulgo.

Meditándolo bien, hay causas deterministas que se superponen en los altos y en los bajos, como consecuencia de la evolución y formación de factores decisivos y que achiacan, cuando no anonadan, nuestro pobre ser.

Pero para la Plebe, ¿qué moral puede haber? La de los poderosos y de poderes omniscientes como la Moral, como la Religión, como la Ley...

Mas, para el fuero interno de esa doliente Humanidad, y en sus acciones cotidianas, únicamente existe la moral de la libertad. Una libertad que carece de cánones y pre-

ceptos. Una libertad sin orden ni leyes. Una libertad espontánea, sencilla, franca, veraz. Una libertad sin principios ni dogmas, consistente en obrar a la voz del impulso y a la necesidad natural.

Así es la Plebe, a cuyo servicio estamos.

* * *

¿Qué es un Código de Moral? ¿Qué la Moral misma?

Cuando se instituye y mecaniza la moral, haciéndola *una e indivisible*, vemos cómo las personas caminan medrosas y miedosas, obsesas, oscuras, ciegas y esclavas de poderes humanos y divinos, que forjan anillos y coronas, a extrarradio de la Humanidad.

Absurdo e imposible matemático, la moral ninguna religión la ha logrado, ni siquiera en principio formal, pese a los apostolados, al misionerismo, a las cruzadas, al auto de fe, al hierro y al fuego.

Cierto, ciertísimo, que hay muchos amores, y que cada uno tiene su esencia y su frenesí. Sigue a cada uno una noción del

derecho y del deber, vulgar y legislado, más de las obligaciones que de las devociones.

¿Obligación? ¿Deberes? Una carcajada sardónica contesta, por sí sola, todo eso.

Donde no hay criterio, falla el amor, sea el que fuere. Donde no viven incólumes y bellas las afinidades, quiebra el amor por muy pasional que sea. Sin ellas, todo muere por consunción, por repulsión, por estarcamiento, cuando no por choque de las cosas, y los hombres en revoluciones de ideas y de amores generales.

Amores, ideas, vivires, todo necesita de la acción más completa capaz de producir las armonías, que dan al ser consciencia y libertad.

La salud y elevación de las personas, como asimismo el equilibrio y superación del pueblo, claman —amén de la debida fructificación y lozanía del Ideal Anárquico— el postulado de este principio, como cultivo mundial:

Sólo las Afinidades y las Armonías han de ser —como en la Naturaleza— principios y guías de la sociedad contemporánea.

CRITICO

Ecuaciones

Las fórmulas y las ideas

I.—MINUTA DE PROMOCION

El bailarín que se definía a sí mismo, trezando sobre los baldosines una danza, según frase favorita de Juan Ruiz, tomada de Nietzsche, puede ser el símbolo de obra-tura de la última promoción.

También el otro demostró el movimiento andando, y nadie quiso darse por enterado, prefiriendo esperar a que el movimiento se definiese sentándose a su lado y anecdotase el sistema. Algún transeúnte cansino divagó tanto, que inventó la teoría.

Un salto en el vacío, puede llegar a ser, cuando se tiene la gracia, todo un índice de ideaciones, que vale mucho más que un programa de concreciones, mientras se tenga la flexibilidad suficiente para no quedarse prendido de los cuernos de un sistema. Las esquinas de un sistema pueden ser un artificio para engañabobos. Además, en cada esquina acecha un enemigo que palpa el

punto vulnerable de nuestro corazón con los dedos afilados de la amistad. Hay que desconfiar de esos tanteos de la concatenación, que so pretexto de encarrilarnos, lo que se busca es cuadricular nuestras posibilidades, fincharnos un denominativo común —uniforme— y estamparnos en la pared.

Los sistemas son las jorobas que les salen a las ideas averiadas. Con semejante lastre —protuverancia—, los hombres no irán muy lejos sin extraviarse entre sí, regostándose seudonirvanas que producen las fiebres teológicas, que minan los cerebros recostados.

Pensando verticalmente, nos inmunizamos de inmoralidad, que viene a ser el ansia de los que dejan pasar el instante que no vuelve sin extraerle la nueva emoción que no se repite, pues el miedo a pasar desapercibidos obliga a decir considerables tonterías.

El hombre pensante de nuestra generación, un poco mago y deportista, quiebra el peligro de las esquinas de la ciudad —de

los sistemas—, chafándolas geográficamente. (La ciudad es un sistema de civilización moderna, ampliando el concepto de urbe.) Y ensaya afanes de ágora en cada cruce, para juguete de peatones, aprendices de mirar. Estos se burlan del cangrejo de la porra —hoy del silbato—, jugando con él a los cuatro cantones, que la necesidad de mayor desplazamiento convierte en poliedro con la más candorosa gracia.

II.—¿ ECLECTICISMO...? ¿ INTEGRISMO...?

El aprieto de definirse, ante la falsa necesidad de ser algo —algo con angarillas para que los demás puedan cogerse con ese gesto desesperado de naufragos—, pone no sé qué angustieces en los jóvenes, en algunos jóvenes de hoy, que después de un esforzado avance precipitado por el ansia tremenda de ser, permanecen perplejos sin acertar su camino. Y es curioso observar las alongadas hileras de reclutas, que se apretujan —en rebaño— impaciente, por colocarse bajo un signo inicial o al amparo de una bandera. Hoy, que todas las banderas han perdido jerarquía y nobleza, porque para lo que más sirvieron fué para ondear en un asta y conducir el odio de las multitudes fanatizadas. (El nuevo avatar del cristianismo iza bandera negra con el anarquismo de masas y roja con el comunismo de Estado. El Anti Cristo pone su fervor más alto. Y Sócrates, que fué su precursor, no reconoce más dios que su yo plural.)

En estos momentos, los que no cortamos nuestras ideas por coordenadas cartesianas, no podemos eludir nuestra presencia, aunque a menudo seamos el blanco de los que perdieron objetivo en la palestra ideológica. El emparedamiento de los sistemas incita a saltar las tapias. Toda proeza hízose al margen de los programas y contra la voluntad de los dómínes, que no toleraron a su alrededor la menor sonrisa. Cuando la sonrisa ha emancipado siempre de pesadumbres inútiles al que supo encontrarse en la libertad de su ritmo. Frente a los sistemas, que no son más que simples teorizaciones de programas ponderados —cuando el pensamiento se ha cansado de buscar—, se levantarán las fórmulas, que son como el resultado reflexivo del momento, de ecuaciones para apagar las sedes que despiertan en los cosos el confusioñismo reinante.

¿Acaso no viene del ágora esa brisa del

pensamiento armonizador, que hace del hombre el dominador de la periferia, dejando equidistancias metafísicas para las horas lenes, cuando no hay mayor deseo de quebrar una sonrisa a flor de labios? El esplín intelectual no puede ser la ambición de los jóvenes intelectuales de hoy. Yo prefiero la risa de Rabeláis o aquel otro encogimiento de hombros, frente al que se estrellan todos los intentos esclavizantes, a ese gesto de incomprendido de todas las épocas.

Si me viese obligado a resumir —resumir no es definir— el esfuerzo del hombre, resuelto su espíritu a la sincretización de la unidad —variable del ser con la diversidad— única del Universo, resumiría en una fórmula, que a ratos me place tildarla de programa de cada instante. Cuando digo :

$$\begin{array}{c} \text{Eclecticismo} \\ \hline \text{crítica} \\ \text{Razón} + \text{-----} \times \text{costumbres} \\ \text{ideas} \end{array} = \text{disolvente}$$

de las morales anacrónicas, no hago más que sintetizar el pensamiento de una minoría. Pero, por si acaso, brindo la fórmula a los enemigos de hoy. Y a los que ven en el eclecticismo de ideas una aberración estilo del pensamiento, una desviación de la personalidad o deslucimiento del Yo, que busca acomodos menos costosos —¡horror!— al esfuerzo del individuo.

Para los dogmáticos, el eclecticismo es una fuga, si no una traición, al hacer concesiones a los principios rechazados por el dogma A o por el dogma B. Para mí, en cambio, y para aquellos espíritus menos cerriles o fanatizados que los incluidos en cualquier partido o escuela, el eclecticismo siempre será un ansia de evadirse de toda angostura que trae pareja cualquier plano unilateral, entendiendo por evasión de angosturas ese afán del hombre de espíritu libre —de espíritu nuevo— por conquistarse —en reintegración de formas propias— un puesto en el Universo.

El eclecticismo, o sea la razón sumada a la crítica severa que necesitan las ideas para eliminarse en el difícil equilibrio del pensamiento, multiplicado por el desarraigo de las costumbres humanas, que son las que establecen la moral y aun las morales, obra como revulsivo en el cuerpo de la sociedad y disuelve automáticamente las morales inveteradas, que alguien tiene interés en per-

petuar, innecesariamente, a pesar de todas las razones que se opongan a ello. Sin considerar que las necesidades y los gustos que establecieron remotamente aquellas morales, no son las nuestras ni pueden ser las de las

generaciones venideras. Descartando, claro está, aquellos que, por su edad codéanse con nuestro presente, pero que su pesantez moral los retrotrae a las generaciones pasadas.

ADOLFO BALLANO BUENO

Acerca del Progreso

Personalización estúpida

El método que se desprende del concepto individualista burgués, obliga a personalizar con falso absolutismo, sobre nombres más o menos ilustres, todos los actos iniciales del progreso.

En vez de declarar que a tal rama de la ciencia colaboraron en verdad un número determinado y nominativo de individuos, atribuyendo a cada cual la verdadera proporción de su actividad o de su acierto, se dice que tal invención es la obra de Fulano.

Y lo peor es que, según en qué idioma se hace la historia de las invenciones, el nombre del inventor varía, según la dosis de *patritismo* de los historiadores, y por poco que se halle al alcance un nombre de su nacionalidad que haya cooperado a dicha invención.

Así, los franceses dicen: «Branly, el inventor de la T. S. H.» Y los italianos citan a Marconi en su lugar. Y mientras los ingleses creerán que Stéphenon fué el que inventó el vapor como fuerza, los franceses afirmarán que fué Papín. Y así podría continuarse de todos los inventores y de todas las invenciones.

Esto no es más que una consecuencia de ese empeño en personalizar el autor de un invento, entre tantos autores y colaboradores. En el niño y en el hombre poco culto, entraña esta enseñanza un concepto absolutamente falso de cómo se operan las invenciones y de cómo se realiza el progreso.

Con esta crítica, parecería dar razón a los comunistas, que piensan haber inventado su teoría del materialismo histórico, y con una interpretación amazotada del mismo, creen aplastar la concepción individual del anarquismo.

Nada más lejos. El progreso es sin duda una obra colectiva, y es por esto que me elevo contra este método burgués, que tiende a personalizarlo, y lo que es aún peor, a nacionalizarlo.

Pero esta obra colectiva no es de masas, no es una obra general, sino partitiva, de minorías, de selecciones, de individuos, y sería estúpido y arbitrario pretender englobar en una obra colectiva de minorías que han colaborado a un aspecto determinado del progreso a todos los individuos, entre los cuales abundan los que nada hicieron en pro, y entre los que se cuentan los que trabajaron con ahinco para impedir el triunfo de dicha realización.

Así, por ejemplo, ¿cómo puede incluirse entre los *piamiers* del progreso social, político y moral a la inmensa mayoría de los dignatarios y representantes de la Iglesia?

Los que persiguieron con atrocidad salvaje a los que cooperaron a las transformaciones bienhechoras de la sociedad en todos sus aspectos, no pueden coparticipar en la posteridad al mérito colectivo de un progreso, al que se opusieron con la más inhumana de las tenacidades.

F. BARTHE

ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año
(12 números) 6'50
Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

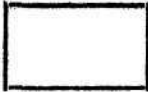
Incluido el número *Almanaque de 1.º de año*.
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y librerías el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.

Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., dirijanse al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158. — VALENCIA (España).



Especial para ESTUDIOS

La vida artificial

Progresos y nuevas fórmulas. Inmensas perspectivas para la futura humanidad

En mi artículo anterior (ESTUDIOS. Enero de 1931, número 89, página 36) dije que se podía preparar el protoplasma con formaldehído y sulfuro de amonio

Pero las formas así logradas no evolucionaban, no tenían movimientos evidentes, no producían amibas con pseudópodos. Algo faltaba para perfeccionar al producto, para hacerlo inestable, lábil, nitrogenado.

Me ocurrió nitrarlo por medio de los vapores de ácido nítrico, tal vez recordando la preparación de la piroxilina o algodón pólvora, que se hace con algodón y una mezcla de ácidos nítrico y sulfúrico, transformándose esta fibra en un cuerpo explosivo, muy rico en nitrógeno y que es la base de la pólvora blanca, tan usada en la guerra.

El resultado fué sorprendente, y aun preparaciones antiguas, con costras inertes de sulfoaldehído metílico, se cambiaban en estructuras alveolares amiboideas. Después de dos meses de experimentos, a partir del 17 de diciembre de 1930, en que hice la primera prueba, he llegado a la siguiente fórmula, que suplico a mis lectores publiquen y divulguen lo más que sea posible, para que esta investigación pueda continuarse en todas partes:

FORMULA PARA PREPARAR EL PROTOPLASMA DEL SULFOALDEHIDO METILICO NITRADO

Comprende varios tiempos:

1.º Se unta, con una brocha dura y gruesa, de 5 mm. x 25 mm., la menor cantidad posible de formol de Merck, a 38 por 100, en un vidrio limpio y de buena clase, por ejemplo, de placa fotográfica para linterna, de Eastman, desprovista de la capa sensible y que debe medir 6 centímetros cuadrados.

2.º Se pone sobre la boca de una copa de ensayo de 30 centímetros cúbicos, con 5 centímetros cúbicos de sulfuro de amonio de Mallinckrodt u otro fabricante acreditado, de manera que los vapores del sulfuro ataquen al formol durante 30 segundos exactos.

3.º Se quita el vidrio y se deja sobre una mesa, con la superficie impresionada para arriba, durante 30 segundos.

4.º Mientras, se vierten 5 centímetros cúbicos de ácido nítrico humeante en 15 de una solución de nitrito de potasio al 2'5 por 100 de agua.

5.º Se pone el vidrio sobre otra copita de ensayo con esta mezcla, de manera que los vapores nitrosos ataquen al sulfoaldehído, durante una o dos horas, en la sombra y a la temperatura del aire, unos 15º C. Se observa de tiempo en tiempo la preparación, con microscopio, y cuando tenga notables formas y estructuras con muchos detalles, se suspende la operación.

6.º Se vierten sobre la preparación, con un gotero, algunas gotas de suero artificial, preparado con 3 gramos 5 de sal y mil de agua destilada y esterilizada, o bien con suero al 7'5 por 1.000. Se observa con microscopio. Después se lava con agua destilada, se tiñe y monta en bálsamo del Canadá, por los procedimientos habituales.

De esta manera se ha producido el sulfoaldehído y se le ha oxidado y enriquecido en ázoe.

Resultados.—Son extraordinarios, porque aparece el protoplasma, con su estructura alveolar fina, de microsomas, como circulitos de puntos y muy finos. Hay también toda clase de amibas, levaduras, gérmenes, células nucleadas, variedad inagotable de tejidos y aspectos de vida; pero ya no como en el caso del sulfoaldehído, sino como verdadero citoplasma o plasmodios, protozoarios y células que tienen las características naturales.

Las amibas se mueven lentamente, apareciendo con dobles contornos en las fotografías y en muchos casos con pseudópodos filamentosos o en abanicos, como flecos o encajes, y sus núcleos se dividen y tienen la figura de la cariocinesis, con dos pronúcleos separados por un huso y con cromosomas en el ecuador, teñidos por la hematoxilina.

Si se deja caer sobre el formol, antes del tratamiento con sulfuro de amonio, un poco de polvo de carne de res seca, que se raspa con una navaja, aparecen amibas delicadísimas durante el tratamiento con el ácido nítrico nitroso, a la vista del observador, y algunas se acomodan sobre los fragmentos de carne y parecen fagocitarlos, se hinchan

algo sobre ellos y sufren deformaciones y cambios que se ven en las fotografías sucesivas. También se adaptan a las fibras accidentales de la preparación y los fragmentos de corcho nitrado o ácido subérico, agrupándose sobre ellos como racimos de parásitos piriformes, esponjados.

Lo mejor será que los escépticos repitan mi fórmula y verán mucho más de lo que yo describo.

Activamente continúo esta investigación, y cada día obtengo una o dos preparaciones y varias microfotografías, que comunico a mis corresponsales y a las academias.

Evolucionando así estos trabajos, espero llegar al cultivo de mis *sulfobios*, pues así los he llamado, sin asegurarlo todavía.

CONSECUENCIA. — NUEVAS PERSPECTIVAS PARA EL HOMBRE FUTURO

Descorriendo el velo misterioso de la vida por medio de la fotosíntesis y la plasmogénia, se prepara ya el más estupendo de los Renacimientos, tanto científico como filosófico, porque el pensamiento queda, por fin, libre de todas sus cadenas, y emigra al plano exclusivamente químico, para descubrir nuevas verdades, relegando al olvido los dogmas funestos y seculares.

Ya, en efecto, *se rompen todas las cadenas* que nos ligaban a la tradición, y para siempre deben desaparecer el miedo del infierno, del más allá, de los espectros y aparecidos vengadores; el horror de la tumba y a la muerte. No es pequeña semejante conquista, y se producirá así, sin que nadie pueda evitarlo, una revolución formidable en el campo de la inteligencia y de la organización social, porque resultando que todos somos sencillamente compuestos químicos, sintetizables en el laboratorio (al menos, por ahora, los seres microscópicos), deberán cambiar totalmente todas las ideas sobre criminología, virtud, moral, educación, eugenia y cuanto a nuestra especie atañe. Los moralistas, los sacerdotes, los educadores, los médicos, serán substituídos por los químicos, y se llegará a modificar la especie y seguramente, ¿por qué tener miedo de decirlo?, a producir hombres sintéticos, a partir de los gérmenes de laboratorio, pues que, según parece resultar de mis experimentos, las profetas habían sido injustamente separadas de los aldehidos, aunque éstos aparecen por todas partes en las obras de Bioquímica, y ya Loew y Bokorny había demostrado que el protoplasma vivo tiene aldehidos, lo mismo que la albúmina viva.

Un inmenso y luminoso horizonte aparece ahora a la química analítica y a la síntesis morfológica, y se necesitará que varias generaciones de químicos estudien, analicen, mediten, perfeccionen estos procedimientos, apenas iniciados contra viento y marea, luchando con toda la hostilidad que se acostumbra oponer a las verdaderas nuevas.

¡Pero qué magna revolución se prepara así, qué inmensidad de dicha para la humanidad futura que ya no tendrá hambre de pan y de justicia; que estará libre del fanatismo y sus tiranías; que dará fin a las enfermedades, y sin duda, a la vejez y a la muerte, porque ya podremos regenerar el protoplasma sulfoaldehídico nitrado, que comienza a sembrar gérmenes de vida en los campos fecundos del laboratorio!

La ciencia dará la suprema libertad al pensamiento.

Méjico, febrero 5 de 1931.

A. L. HERRERA

Dirección: 2.^a Cíprés, 64. Méjico.

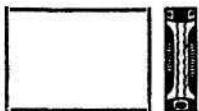
Enviaré fotografías y preparaciones gratis al que me las pida.

Nota.—Diluyendo el formol con un volumen de agua potable, las redes proflásmicas emiten germinaciones hacia abajo, por quimiotactismo positivo, buscando los vapores nitrosos que las alimentan. Las amibas o amibos son entonces muy delicados y notables. El agua común tiene sales indispensables para la vida y por eso la preferimos al agua destilada.

No se trata de gérmenes accidentales, de polvos del aire con microbios o de reactivos infectados. Las amibas y germinaciones se forman rápidamente a la vista del observador, produciendo una costra blanca de 6 cm. x 6 cm. Vista con microscopio, presenta una infinidad de estructuras y amebos o amibas. Además, si falta uno de los reactivos, no aparece nada.

El fin de nuestra carrera es la muerte; ella es el objeto necesario a que debemos apuntar; si nos asusta, ¿cómo es posible dar un paso adelante sin fiebre? Remédialo el vulgo con no pensar en ella; pero, ¿de qué brutal estupidez puede sacar ceguera tan grosera?

MONTAIGNE



**Para una antología
de temas pedagógicos**

La educación del niño

La educación del niño es un problema de honda preocupación social. En realidad, parece que no lo fuera, ya que en la diaria experiencia del hogar se le ve crecer sin mayores sobresaltos de conciencia. Los padres ofrecen la ternura del amparo cuidadoso, y en esa dulce disciplina familiar las facultades naciescentes desarrollan su triunfadora seducción. Pero la naturaleza tierna y cambiante de los hijos acusa una inquietud que necesita estudiarse con serena comprensión docente. Los retoños viven la edad de las preoces revelaciones psicológicas. La influencia hereditaria, el régimen alimenticio, la normalidad de la salud, son las causas estimulantes de la vitalidad o el decaimiento fisiológico. El niño será fuerte o débil, según las reservas milagrosas que la vida le depare en la constitución de su organismo.

Pero dejando la razón biológica de la existencia, el verdadero interrogante de la criatura humana está en la formación de su espíritu, los rasgos del carácter, el don de la inteligencia. ¿Será conveniente el libre ejercicio de las aptitudes creadoras o la innata represión del consejo maternal? He allí el secreto grave y tremendo en el mundo interior del pequeñuelo. ¿Aceptará satisfecho en su nebulosa inconsciencia las presiones del orden o sufrirá la condena del propio arrebatado contenido. ¿Estará su felicidad en la valiente expansión de los sentidos o en la temerosa esclavitud de la obediencia? ¿Puede el método actual de la enseñanza familiar malograr los vitales atributos de la sangre o nivelar la condición esencial de los futuros destinos culturales? La respuesta moral está llena de profundas sugerencias.

¿Cuántas veces las voces del orden no han sofocado las gratas explosiones del temperamento infantil! ¿Por qué los juegos ruidosos, las travesuras ingenuas, las audaces preguntas, cosechan casi siempre la medida autoritaria? El concepto de la tutela es excesivo para la dirección educadora de los actos. El sentimiento de iniciativa, los recursos del ingenio, las dudas de la curiosidad necesitan el amor de la franca simpatía y no el severo gesto de la contrariedad. Las promisorias inclinaciones de la energía psicológica deben estimularse por una generosa práctica de to-

lerancia. Oponer las emociones fecundas de la complacencia al avasallador reclamo del conocimiento. Leyendo la biografía de los grandes hombres de la Historia se descubre que casi todos tuvieron una infancia desordenada y revoltosa. Sin embargo, la voluntad sin control no malogró los destinos, conquistando con el tiempo los mejores triunfos de la capacidad intelectual.

La vida del niño, fértil en geniales rasgos, instintivos, requiere un sistema de liberadora educación espiritual. Su amistad con las diversas cosas del mundo le sugiere una asombrosa actividad de maravillas. La imaginación trabaja buscando la realidad de los sucesos estupendos. Arriesgan el valor, la tranquilidad y el pensamiento. Ellos mismos abren el panorama de las absurdas ambiciones íntimas. He aquí el derecho natural de las almas florecientes y el hondo problema del hogar moderno. Dejarlos dueños de su ideal inocente, ajenos al peligro físico, será obra de certera eficacia para el progreso de las nobles calidades del espíritu. La vigilancia superior debe tener la prudente condescendencia del corazón ilusionado. ¿Quién no ha pensado algunas veces que la verdadera causa psíquica de las criaturas débiles, tristes y pusilánimes, no haya sido ocasionada por el excesivo rigor de las correcciones domésticas?

En realidad, hay dos problemas de urgente meditación para el mejor perfeccionamiento de las facultades enaltecedoras del niño. El uno reside en la orientación moral del ambiente familiar, y el otro en el método didáctico de la acción escolar. El proceso normal de ambos principios culturales reclama una contracción de profundas observaciones psicológicas. Sobre el primero, la costumbre de aplicar el eterno procedimiento de censura es perjudicial al sentimiento de la natural espontaneidad humana. La voluntad de la criatura aspira a la victoria absoluta de su esfuerzo, y todo acto que intente someterla o limitarla ocasionará la amarga duda del arrepentimiento. Siempre que la virtud de la conducta no se desvíe de su cauce, el mejor premio a la inquietud del pequeñuelo será concederle la grata emancipación de las hazañas candorosas. Está

demostrado que el hábito del enojo, el grito airado y el golpe del castigo aniquilan realmente los signos vigorosos de la personalidad infantil. En aquella edad dichosa, la travesura y el desorden en la manifestación saludable de la primera riqueza física y mental, y reglamentar esa conquista es martirizar, al nacer, la ilusión fecunda y bella de la vida.

En el diario comentario del hogar, muchos padres se quejan del carácter trabajoso de los hijos. Les disgusta cuando son demasiado inquietos, curiosos, parlanchines y revolucionan la paz de los hermanos y el orden de la casa. Incorregibles en la arbitrariedad inofensiva y la tenacidad bulliciosa, dentro naturalmente de las lógicas licencias, la severa ley del mando tutelar pierde la generosidad de la paciencia. Los años opuestos y graves no reflexionan ante el alegre torbellino de la infancia. Aquella vehemencia sonora y anarquista parece interpretarse como un descarrilamiento de las buenas costumbres. Sin embargo, el juicio de mortificación es completamente erróneo, porque conspira con el legítimo despertar de la cualidades eucráticas. Voluntad, inteligencia y sensibilidad colaboran en la expresión suprema de la unidad biológica. Seguramente en el consejo de familia les gustaría que los vástagos fueran dóciles, juiciosos, sin contemplaciones espirituales, verdaderas personitas de sociedad. En cambio de la rebelión, la mansedumbre. Negativo procedimiento al armonioso derecho de la evolución perfecta y lógica de la niñez.

La iniciación cultural privada, que se prolonga más tarde en la escuela, ofrece un interrogante anímico de variados matices pedagógicos. Se trata de la eficacia de la técnica para guiar los primeros años de la infancia. ¿Aprenden mejor los niños que según el sexo los dirige el padre o la madre? El aprendizaje ilustrativo también se repite en el aula primaria. ¿Qué concordancia secreta hay entre el educador y el alumno? ¿El varón revela más fácilmente su aptitud frente al maestro, y la mujer en caso opuesto? ¿Contribuye la presencia masculina o femenina al mejor entendimiento de la vocación naciente? El programa de la solución requiere diversos análisis de comprobación científica. Pero, ahora, vamos únicamente al descubrimiento feliz y pródigo de la conciencia vacilante, a la aspiración rotunda y pura de la edad magnífica. Buena o mala, nunca sin ser delito, la inclinación precoz de las

almas, anhelan el privilegio de la satisfacción completa. Vigilar sin enojo ni amenaza la diversión sana y pueril de los temperamentos, será el máximo consuelo que los padres pueden dar al ensueño de los hijos.

Gregorio Marañón, en uno de sus profundos estudios de la psicología infantil, escribe este certero razonamiento: «Las rebeliones de los niños jamás deben corregirse por la violencia, porque son explosiones transitorias, necesarias para la expansión del carácter futuro, y siempre obedientes a una persuasión hecha con inteligencia y con paciencia; virtud modesta que para tratar a los niños se eleva a la categoría de cardinal.» Dentro del caso individual, del diferente tipo de experiencia, las palabras del clínico español deben meditarse para certificar la utilidad de una gran esperanza humana. La crisis psíquica en la formación rudimentaria del niño reclama la aplicación cautelosa de una noble terapéutica moral. Ensayar el sistema liberador de los antiguos prejuicios sociales de la obediencia en las relaciones del niño y la persona adulta, puede ser el principio milagroso de un nuevo destino para la supremacía franca y bienhechora de la actual educación.

JULIO ARAMBURU

DEL GOBIERNO

Toda forma de gobierno simboliza opresión. Mientras hago aquello que es justo para mí, y me abstengo de lo injusto, puedo ponerme de acuerdo con mi vecino y trabajar juntos para llegar a mi fin. Pero en el momento que quiero dirigir a mi vecino, me opongo a su libertad y creo falsas relaciones. Este principio injusto es el que defienden en colosal fealdad los gobiernos del mundo.

Para mí, lo mismo da que sea un individuo o una cuarta parte de la raza humana la que me dicte lo que debo hacer; he aquí por qué todo fin público resulta vago al lado del fin individual, ya que toda ley que los hombres hagan para ellos es risible. Si me pongo yo al lugar de mi niño, y los dos razonamos acerca de un acto común no hallaremos obstáculo para realizarlo. Pero si yo razono solo, e impongo a mi niño lo que debe de hacer, nunca me obedecerá. Esta es la historia de todo Gobierno.

EMERSON

Dícese que las civilizaciones egipcia, asiria y caldea vieron como un don digno, no ya del respeto, sino de la veneración, el sentimiento de la belleza encarnado en sus artistas. Los egiptólogos coinciden en afirmar que aquellos grandes pueblos que crearon la deidad del Sol (Osiris), fueron influenciados por un sentimiento que se dirigía de las ideas a las formas y que les educaba grandemente en sus percepciones de la Naturaleza. Fascinados aquellos pueblos por todo lo que tenía existencia real (sin tránsito percibido), por aquello que parecía tener el papel de eternizar lo transitorio (las formas), representaron el arte como la conciencia dándose al hombre.

Es evidente que si el arte primitivo de los caldeos y de los aztecas —por presentar dos diversidades, dos artes sin contacto mutuo— tuvieron como expresiones más notables los sentimientos bárbaros, religiosos y crueles, no lo es menos que los primeros hombres tuvieron en el Arte otros objetivos más elevados, como fueron la defensa, la caza, la seguridad y hasta la solidaridad. Queda a dilucidar si la pasión humana prostituyó al arte o si el arte, mostrándose como conquista para el hombre, llegó a producir el desbordamiento de sus más ruines pasiones. Lo primero parece más probable y a comprobarlo se atiende en nuestros días.

Pero, en su aspecto más sublime, en el que lo presenta como plasmador de gestos, de inquietudes e ideas; en el que nos lo muestra como un medio de evolución al hacer la duplicidad de lo que los pueblos sienten o anhelan de forma indeleble e imperecedera, el Arte adquiere caracteres apoteósicos. Varios etimologistas del siglo pasado (Maspero, Rougé y F. Lenormant, entre ellos), actuando en un terreno impresionista y deductivo, y dando la debida importancia al movimiento del cuaternario prehistórico para grabar las primeras figuras en su caverna, así como significada en un famoso jeroglífico egipcio existente en París, hallaron una etimología para arte que viene a decir en logogrifismo, sintéticamente, «Alma-revelada-testa erguida», que por otro lado, parece tomar fiel copia del latinismo del Arco de Septimo Severo a Roma, en parte legible desde 1884.

* * *

El Arte, como factor de evolución que es, no se opone a las renovaciones ideológicas, como se ha dicho por alguien muy gratuita-

mente, sino que, antes bien, las representa en formas para la mayor emotividad de las mismas. Si las formas que realizó el Arte tiempo más que la idea o ideas que motivaron una época dada resisten a la acción del tiempo sus expresiones resistió o resistieron a la acción de la inquietud humana, Arte se desprende tácitamente de aquellas creaciones que son documentos históricos, insustituibles y sigue como la sombra al cuerpo al Ideal, a la Emoción o la Creación humana, de la que depende y a la que, en cierta manera, se debe.

Arte es el resultado de la humana inclinación a la belleza ética. Al alcance del curioso está el poder comprobar que los pueblos se dignificaron cuando el Arte —el Arte anónimo de la belleza moral— impulsó sus destinos, y que, por el contrario, se depauperaron cuando se apartaron de la línea de conducta que les marcaba su condición eminentemente perfectible.

Del arte moderno nos interesa elevar a categoría de revolucionario aquel que revista formas plásticas, sea escrito o hablado, que se caracteriza vigorosamente por su realismo. Son las purulencias mostradas, que, en doliente realidad, nos dicen de la necesidad, de la urgencia de un lenitivo. Son los dolores, aún repetidos en el hombre a través de los tiempos, que nos darán la convicción de que el derrotero de nuestro actual criterio es equivocado y nos podrán indicar el que más a propósito debemos emprender.

En lo que compete a la escultura, de la que viene presentando esta Revista una selección revolucionaria que favorece su misión cultural, me repito satisfecho de la influencia que le es dable ejercer en quien busca, a través de su conjunto armonioso o valiente, el alma verdadera que la ennoblezca.

Venturosos estos que se ven transportados a esferas elevadas, presentadas, deseadas, pero todavía no conquistadas... Entre estas esferas está la de la sublimidad, tan sólo abocetada por Augusto Rodin en *El Pensador* que hace simbólica guardia en el Panteón de París, inmutable a la populachera de fuera, insensible a la insolencia macabra de dentro, confiando en que los hombres honraremos aquello que se eleva sobre el mezquino vegetal, aquello que tendrá para ellos largos beneficios, cuando cese el doliente éxodo moral que arrastra el mundo...

LEON SUTIL

Historia nueva

Maldad y Sanidad

Salud y enfermedad, bueno y malo, ¿dónde tienen sus límites?...

Como el profesor Pascal, nos hemos preguntado muchas veces: «¿Para qué el mal?»

El mal existe realmente, por la falta de bien; el gran sabio Pero Grullo parece inspirar esta sentencia.

Pero es que el mal no ha sido creado originalmente, ya que la perfección no puede ser el mal, y Dios es lo perfecto. El mal es la imperfección, el mal es diferencia o grados de perfección en lo absoluto.

El mal es un producto humano, no una consecuencia divina.

Sabemos por la Naturaleza, que tiene el secreto de la perfección, que ningún ser creado se atreve a contradecir las leyes del universo, y solamente el hombre, huyendo de ella, ha conseguido realizar el mal. He aquí sintéticamente el célebre pecado original de la desobediencia al imperativo creador del verbo, que ordenaba no «comer» del árbol de la ciencia, en la profesión del conocimiento; porque en el conocimiento está el bien, y si se venden esos conocimientos, el fruto de la ciencia es «el mal», porque limita la posesión universal de lo que para todos se hizo.

Si se padece el mal por desconocimiento, hemos de considerar racionalmente que la terapéutica más apropiada es la verdad, el verismo. Enjuiciarlo todo con el corazón y la mente libres de prejuicios, sentir la voluntad de querer ser como debamos naturalmente ser, para ser en definitiva lo perfectos que deseábamos, es el tratamiento más eficaz para combatir la Hidra maléfica del desequilibrio social, por la que se crea la desdicha en todo el mundo, en lugar de ser realmente la Arcadia feliz descrita en la cosmogonía mosaica.

Los médicos, por razón social de su profesión, deben ser los más interesados en cambiar los sistemas actuales, aceptando el principio del *Génesis*, que prohíbe comer de la ciencia, para que la pura esencia de la sanidad, que no es la patología, sea disfrutada por todos los ciudadanos.

Para ello los sanitarios de vanguardia deben de mostrar con su actuación social que los gastos de la sanidad compensan con cre-

ces los sacrificios pecuniarios, pues la sanidad nueva inspirada en los principios de economía ha de tratar de que sus servicios sean remuneradores antes que remunerados.

Enseñar de paso que la salud integral dentro de nosotros, la salud del cuerpo y la salud del espíritu, consigue la vida grata, haciendo la nación próspera, que es la que tiene menos ciudadanos que sufren.

Propagar que la salud quiere decir *libertad*, vida y pensamiento libres. Elementos de compensación trófica libres, aire, agua, sol y tierra libres. Virtudes libres, el amor y el trabajo libres.

¿No se habla de sanear la moneda? ¿No se desea cambiar de régimen —a la peseta— para la mejor salud de la patria? ¿No hemos tenido parálisis generales, las *huelgas*? ¿No se conocen las *congestiones de capital*, que impiden la libre circulación vital en las extremidades, los proletarios de la mente y del músculo que sostienen el cuerpo nacional?

Pues razón es que los sanitarios intervengan racionalmente en la ansiada política de saneamiento.

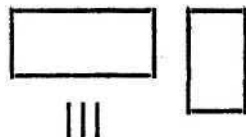
Siempre se dice malo al que está falto de salud, y se considera elemento sano al hombre bueno, al justo, al que coordina en el equilibrio del fiel la verdad, la justicia, la salud del cuerpo con la del espíritu.

La teoría económica verdadera, la sana doctrina moral, la más alta política, han de realizarla los medios sanitarios, por principios de justicia, con fines económicos.

Hay que llegar con la justicia, con la salud, con la economía, a los sedientos, a los careutes, a los deficientes sociales, a los incompensados del esfuerzo, a los productores desposeídos, a los que forman simbólicamente el pavimento suntuoso de piel humana, por donde el capital camina restregándose las botas.

Para ello tiene medios la sanidad si sus puras doctrinas y conocimientos se extienden y propagan sin mirar las mezquindades del suelo donde se encuentran los detritus, el estiércol amarillo del diablo, que diría Papini.

Maternidad y sexualismo



En el número 200-201 de *L'en dehors* publica Paul Frankeur un artículo titulado *Essai sur l'inceste*. En él se poetiza la entrega de la madre al hijo, haciendo tabla rasa de lo que él llama hipócrita moralidad. Defiende esta camaradería amorosa, llamémosla así, entendiendo que nada más natural que la entrega y la satisfacción sexual de la madre para el hijo y viceversa, ya que existe entre ambos un lazo de cariño superior al de los demás hombres con respecto a la madre, y a las demás mujeres con respecto al hijo.

No es mi ánimo impugnar esta teoría en nombre de la moral corriente, que haría taparse la cara a la mayoría de las mujeres en un gesto de pudibundo escándalo, sino manifestar mi disconformidad en nombre de otra moral más elevada y más sana que la presente.

Es el amor un tema bastante difícil de definir en sentido general. Son tan variadas sus manifestaciones, que puede decirse que en cada individuo se manifiesta de un modo particularísimo. Por eso ha saltado cuantos obstáculos se le han puesto, y se ha burlado de cuantas leyes se han legislado para atarlo al carro de la rutina. El amor no será tal mientras no goce de amplia libertad y pueda desenvolverse al margen de la cuestión económica y legal.

El amor, según unos, no es otra cosa que la satisfacción de una necesidad fisiológica, al paso que para otros no hay tal, si no va acompañado de un cariño fuera de la sensualidad, hecho de comprensión, de afinidad y de consciencia en ambos factores amorosos. Sea para unos lo primero y para otros lo segundo, lo cierto es que el sexo no puede absorber una vida entera, si no es en una persona degenerada y enferma. Después de la satisfacción sexual, quedan las cualidades individuales para hacernos más o menos agradable la vida en común, y esta vida está formada, la mayoría de las veces, por afinidad y comprensión, más que por el acto carnal, y así se ha visto infinitos casos en que haga más feliz a un hombre una mujer de mediana belleza, que una verdaderamente hermosa.

Existe, pues, un cariño fuera de la sexualidad que puede conducirnos al amor no sexual, hacia otra persona que nos interesa en gran manera, que seríamos capaces de

los mayores sacrificios por ella, y que unas veces puede conducirnos y otras no al deseo de posesión. Nadie podrá dudar de este hecho, ya que la mayoría hemos tenido amistades, parientes, etc., por los cuales nos hubiésemos sacrificado hasta el último límite.

En este caso están los hijos; la hembra los gesta y alumbra, cumpliendo la ley de la reproducción; los amamanta y dirige sus primeros pasos, cumpliendo la de la conservación de la especie. Hasta aquí todo parece una cosa que pudiera conducirnos a los deseos de Frankeur; pero la que tiene conciencia de sus deberes maternos y quiere hacer de su hijo un hombre consciente, sabe que tiene más importancia ser educadora que hembra. Ahora bien: ¿es compatible esta misión noble y santa, si hay algo santo en la vida, con la manifestación de la sexualidad y el deseo de posesión entre madre e hijo?; para mí, no.

Dice el autor de *Essai sur l'inceste*: «Si acostumbras a tu hijo a descubrirte, poco a poco, por los juegos, por los besos, por las ternuras íntimas, él encontrará esto natural. Así nacerá su amor sexual para su madre, puro y grande, hecho a la vez de filialidad y sensualidad. La mujer llegará al colmo de sus deseos. Un amante con respeto indeleble. Este amante la conocerá dulcemente, porque ella será su querida y su madre. Y por estas dos razones él le dará el máximo de él.»

Ignoro si la razón está de parte del autor de este párrafo; por mi parte, creo firmemente que está equivocado; me parece inconcebible que la madre, al acariciar a su hijo, al cerrarle los ojos con un beso, cuando cierra el sueño sus párpados, o al saludarlo con un abrazo matinal, busque despertar su sexo para entregarse a él: los oídos maternos son más aptos para escuchar las confidencias o los desengaños amorosos del hijo, que para oír de él palabras de pasión; sus labios sirven para dar sabias enseñanzas o dulces consejos, no para un te amo de amante, sino para un te idolatro de madre.

¿Cómo puede el beso casto y dulce de la madre, convertirse en el beso de pasión de la amante? ¿Pecado?; no, estética moral, cariño que llega hasta el sepulcro sin tormentas de pasión y que hace amar a la viejecilla, de blancos cabellos y manos vacilantes, por mozos jóvenes y fuertes, con una

ternura quizá muy superior al amor que sientan por la joven, que con ellos comparte el lecho.

Y esta es otra poderosísima razón que se opone a la pasión carnal entre madre e hijo: la diferencia de edades; manifestación morbosa es en los jovencitos, la inclinación a las otoñales, y si tomamos por término medio una veintena o más de años entre la madre y el hijo, ¿quién no supondrá que pronto el hastío y hasta el desprecio no aparecerá entre ambos?; ¿puede hacerse una comparación más indecorosa que la terminación de unos amores tan contrarios a las leyes naturales, cuando el hijo desee naturalmente a las jóvenes de su edad?

¡Pobre maternidad! ¿Qué quedaría de ella cuando la mujer se rebajase a todas las claudicaciones en que cae una mujer madura cuando quiere conservar el amor de un joven? En este lodazal quedarían esas bellezas que nos refiere el articulista, cuando nos dice que el hijo es para la madre el más bello, el más bueno y el más amado de los hombres, y la madre para el hijo, la más santa, la mejor y la más venerada de las mujeres.

Siéntese una instintiva repugnancia moral, al solo pensamiento de que esa veneración se ha de terminar, el día que el hijo, hastiado y asqueado de la mujer que no puede satisfacer sus juveniles ansias de amor sexual, aparte con desprecio de sí a la madre, que debió colocar en su corazón, como en un sitio de excelso cariño, para la que lloró sus penas y rió sus alegrías, y continuó enseñando a sus nietos a amar, sí, pero no sólo al sexo, sino a otras muchas cosas justas y nobles que en la vida hay dignas de ser amadas.

Quizá mi equivocación es grande, y como nunca pretendí poseer la razón, ni conocer la absoluta verdad, si es que existe, dedico el presente trabajo a mi excelente amigo I. Puente, por si con sus conocimientos superiores a los míos, en fisiología y biología, aclara mi error, si en él estoy.

Mientras no se me demuestre lo contrario, seguiré creyendo que la maternidad está hecha de ternuras al margen de la cuestión sexual, y que el mezclar la una con la otra es vicio y degeneración.

ANTONIA MAYMON

Preguntas y Respuestas

ADVERTENCIA IMPORTANTE. — Dado el incremento de esta sección y la entusiasta acogida que ha merecido de nuestros lectores, por cuanto cada día son más numerosas las preguntas que recibimos, haremos constar una vez más las siguientes advertencias.

1.^a El doctor Remartínez, que hace esta sección bondadosamente y sin percibir gratificación alguna, ruega que las preguntas sean concretas y claramente expresadas, y que hagan referencia, naturalmente, a temas de Medicina, de Higiene, de Fisiología, etc., etcétera. Cada preguntante no deberá hacer más de dos preguntas cada vez.

2.^a No serán contestadas las preguntas que entrañen una consulta en regla, pues para ello está el consultorio médico de ESTUDIOS, y a los médicos que en el mismo figuran deberán dirigirse los lectores para este caso.

3.^a Las preguntas deberán ser «contestables»; porque ¡recibimos cada cosa!

4.^a Las preguntas serán contestadas por

orden de recepción, con la excepción de los asuntos que a juicio del doctor Remartínez sean, por su interés, dignos de anticiparse.

Pregunta. — Reservada. — Luis Ramos.

Respuesta. — Para combatir ese vicio, como para triunfar en cualquier otro, no hay más que la voluntad, que debe actuar conscientemente, dominando el instinto. Esto tratándose de un hombre. En el niño, naturalmente, es precisa la vigilancia y algunas otras medidas coercitivas.

Pregunta. — ¿Una mujer de sesenta y cinco años, puede sentir el deseo sexual o se prestará al acto sólo por complacencia? — C. Rodríguez.

Respuesta. — No es difícil que lo sienta realmente, pues hay casos en que la sexualidad despierta o se activa tardíamente, a veces con ardores juveniles. No es difícil saber, sin embargo, si el hombre observa bien, si su ac-

titud es verdaderamente activa o sólo obedece a pasiva obediencia.

Pregunta. — Sobre un caso de lombrices intestinales. — *José Gómez Tienda.*

Respuesta. — No descuide eso. Para contestarle preciso más datos. Puede pedir, si lo desea, cuestionario para consultas por correspondencia.

Pregunta. — Sobre su consulta. — *Agustín Frías.*

Respuesta. — Vea las advertencias con que se encabeza esta sección hoy. Su pregunta es una consulta, para resolver la cual puede pedir el correspondiente cuestionario.

Preguntas de los señores G. Flecha y Félix Esteban.

Respuesta. — Aténganse a lo anteriormente advertido. Precisan consulta.

Pregunta. — Reservada. — *R. Canill.*

Respuesta. — El acto sexual, en esas condiciones, es difícil o doloroso. Le aconsejo se haga la circuncisión. Bien practicada, es cosa sencilla y siempre conveniente. Una enfermedad venérea, en la otra forma, es doblemente peligrosa.

Pregunta. — Sobre su emotividad exagerada. — *José Goyareme.*

Respuesta. — El acto de sonrojarse es una acción refleja de índole sugestiva o emocional. Nada puede, pues, hacerse directamente para evitar ese sonrojo. La terapéutica ha de ser puramente mental, y usted mismo, con un entrenamiento progresivo, y venciendo poco a poco, es el que ha de lograrlo.

Preguntas. — 1.ª ¿De qué forma más práctica puede conseguirse la limitación de los hijos? 2.ª ¿Es cierto que la mujer atraviesa un período durante el cual queda embarazada, estando exenta de esto durante el resto del mes?

Respuestas. — Su primera pregunta ha sido ya tratada en ESTUDIOS diversas veces. Uno de los mejores procedimientos es el pesario. Lea la obra de la doctora Stopes, «Contraconcepción».

A la segunda: Los días que anteceden y los inmediatos siguientes, sobre todo, a cada menstruación, son los momentos que más fácilmente pueden determinar el embarazo. En cambio, pasados unos quince días del menstuo el riesgo es menor. Esto es una regla

general que no carece de excepciones, sin embargo.

Preguntas. — ¿Puede ser causa una rija de fetidez de aliento, y cómo se cura sin operar? 2.ª ¿Son eficaces los aparatos americanos para la corrección de las deformidades nasales en los niños por la sola presión? — *Un entusiasta.*

Respuestas. — A la primera: Puede ser causa indirecta, todo lo más. Haga que le vean la nariz (un especialista); que le revisen su dentadura también. Si en ambas cosas no estriba la causa, puede muy bien ser del estómago la fetidez de aliento. La rija debe ser operada, sin duda ninguna.

A la segunda: No tengo experiencia de esos aparatos precisamente; pero de otros modelos análogos puedo decirle que en caso sencillo, con constancia, obran eficazmente. No obstante esto, debo advertirle que la cirugía plástica ha hecho recientemente un formidable progreso, y que hoy se hacen milagros en esto de arreglarse uno el físico, claro que en manos competentes.

Preguntas. — 1.ª Se puede procrear con un solo testículo? 2.ª Reservada.

3.ª ¿Sería conveniente provocar el aborto a los ocho meses en una mujer que en dos partos anteriores ha habido que extraerle el feto muerto? — *José M.ª Giner.*

Respuestas. — A la primera: Sí, señor; con tal de no haber padecido orquitis total en el testículo que haya. Es indiferente sea uno u otro.

2.ª Operarse. La circuncisión.

3.ª Esta es cuestión muy delicada, y sólo el médico que asista o haya asistido a la mujer en partos anteriores deberá fallar el caso. Si realmente no hay posibilidad de salvar el feto a término o la madre peligra en ello, es lícito anticipar el parto para intentar salvar al producto de la concepción. Todo ello, claro, en manos de persona peritísima.

DR. REMARTINEZ

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

La novela mensual de ESTUDIOS
**¿Se han embrutecido
las naciones?**

(Fragmento de novela histórica)

Y llegó el momento para la Nación, de sentarse en el banquillo de los acusados. «¿Es usted culpable de participación en ese crimen, y en este otro y en este otro?», le preguntó la Historia hojeando los informes de la primera guerra y de la segunda y de las otras.

Ante la lúgubre visión de los millones de cuerpos rotos a pedazos, de los hogares arrasados, de las riquezas nacionales despilfarradas, la Nación reaccionó curiosamente; balbuceó protestas de su inocencia; indicó con su dedo acusador a otras; intentó hacer su defensa, y al mismo tiempo se vanaglorió de sus criminales proezas. Cuando se le hizo preguntas sobre sus futuras intenciones, evitó hacer promesas; lanzó su siniestra mirada por la sala de audiencia; elaboró un voluble discurso lleno de grandes palabras, tratando de demostrar su completa inocencia, al mismo tiempo que se aseguraba si el cuchillo que llevaba oculto estaba en su lugar acostumbrado.

¿No era acaso el momento propicio para llamar a un alienista?

Son muchas las voces que se han dejado oír acusando a las naciones desde imbecilidad hasta manía homicida. Los novelistas, al describir el inestable estado mental de las naciones que intervinieron en la última guerra, han encontrado la analogía en términos de insanidad. Tanto los civiles como los soldados profesionales, han testificado que ellos han experimentado la peculiar sensación de estar viviendo en un mundo que había perdido su estabilidad. Ellos se encontraban como si estuvieran enfrentándose a un maniático destructivo; presenciaban con horror la satánica habilidad con que se les daban nuevos instrumentos de muerte, las trampas cuidadosamente planeadas, la infernal furia de las cargas a la bayoneta, y se daban cuenta con desesperación que todo ello era sólo una faz de la larga historia de embrutecimiento de la raza humana. La convicción de que existe algo putrefacto en el proceso mental de las tribus humanas, ha persistido desde la última guerra. Y esta convicción crece en vez de atenuarse.

¿No vale acaso la pena de efectuar el experimento de comparar más de cerca los síntomas exhibidos por las naciones con aquellos otros ya catalogados por los alienistas en sus estudios de la mentalidad individual de decadencia? ¿No vale acaso la pena de investigar si *Horridum Bellum* no puede diagnosticarse en términos de patología personal?

Al examinar la mentalidad de las naciones, debemos descartar a aquellos sociólogos que no ven en la psicología de las multitudes más que la suma total de las reacciones individuales. Es mi propósito meramente determinar si podemos traducir la conducta de las naciones en términos que han sido usados en general por los psicólogos durante la última mitad del siglo pasado.

Los síntomas

Parece que hay algo en la mentalidad de las naciones que les permite lanzarse a la guerra ante la más pequeña provocación, y repetirlas generación tras generación sin jamás aprender aparentemente la lección derivada de la última carnicería. Posiblemente el alienista partirá en su examen, de la relativa *inestabilidad* de la mente nacional y de la prontitud con que ella responde al llamado del terror, del odio y de la envidia. Personalmente, nadie pensará, debido a un agravio personal, en hundir una bayoneta en el cuerpo de un pacífico extranjero; pero cuando esa misma persona piensa en su patria y en las injusticias que cree se han cometido con ella, ya sea por una nación o por otra, llega a concebir esa acción como una sagrada obligación.

Este estado mental se agiganta extraordinariamente a la menor provocación. Bismarck no tuvo más que publicar un telegrama dando la impresión de que el embajador de Napoleón III había sido groseramente recibido por el rey Guillermo de Prusia, para llevar al pueblo francés a una furia tal, que sólo podría ser apaciguada por una guerra, y el celoso cuidado que ponen las naciones en el trato que se les da a sus banderas en el extranjero es bien conocido. El pretexto para llegar a la guerra parece a menudo no tener importancia, si se le compara con la certeza de que cada sucesiva generación encontrará alguna excusa para llevar a cabo sus destructivas proezas. Tales extraordinarias analogías se muestran sobre los estudios relacionados con las guerras de las diferentes naciones, que un alienista podría muy bien determinar la periodicidad de las contiendas guerreras. Casi cada siglo de la antigua Grecia, España, Roma, Austria, Francia, Inglaterra, Prusia, Rusia y los Estados Unidos de Norteamérica, muestran un término medio de cuatro o cinco guerras.

Tenemos, por ejemplo, a Grecia, y en particular a Atenas. Primero fué el terror inspirado por la negra nube persa. Durante un tiempo todo se oscureció en las pesadillas de las invasiones; los muertos, las ciudades saqueadas y los horrores sobre la tierra y sobre el mar. Luego se aclara el horizonte, y los hombres vuelven a tener un momento de reposo en la paz; se construyen casas labradas en la piedra, se escriben piezas teatrales y se investiga en la naturaleza de las cosas, al mismo tiempo que los hombres se enorgullecen de los persas que han matado y de la forma como los enviaron sobre el puente de Helles, humillados y deshechos. El hombre es un conquistador, no sólo de la naturaleza, sino que también de otro hombre, y en este hecho, un alienista vislumbra una tendencia que irá en aumento, pues ya no son los persas quienes amenazan ahora, sino los hermanos en la sangre de Esparta, quienes con suficiente preparación militar desafían la supremacía del Estado Ateniense, y luego después de la convulsión suicida, son los macedonios y los romanos. Gradualmente Atenas parece hundirse en un estado de imbecilidad, sonriendo pálidamente a través de todos los siglos de su antigua gloria, recordando sus guerras contra los persas, los espartanos que mataron y lo valientes que fueron sus guerreros. Pero al hundirse, la fiera pasión guerrera del tropel humano no cesa, sino que renace aquí y allá en nuevos centros. Roma, y cada una de las naciones de Europa, nos han dejado, una después de las otras, el desastroso legado de sus accesos homicidas. En el siglo y medio de su existencia, los Estados Unidos han sufrido seis accesos importantes guerreros, distribuidos sobre todo ese período. Inglaterra, Francia, Alemania e Italia han tenido cada una su número igual de guerras importantes.

No menos conspicuo es el síntoma que se nota en la mentalidad y que se expresa por su *inestabilidad*. Víctor Cherbulliez calcula que desde el año 1500 A. C. hasta el año 1860 D. C., se han firmado unos *ocho mil* Tratados Paz, suponiéndose que cada uno de ellos era hecho para asegurar una paz permanente, y ¡a cada uno de esos períodos de paz ha dado en término medio dos años! Se han formado alianzas basadas en las conveniencias del momento y no en relaciones de simpatía. Después de los días de Federico el Grande y María Teresa, la historia de Prusia y Austria se desenvuelve en constantes alianzas y enemistades. Francia apoyó a Napoleón en su antagonismo hacia Rusia con tanto entusiasmo, como recibió la noticia de la alianza con Rusia contra Alemania. Prusia e Inglaterra estaban unidas por una fuerte simpatía cuando Blucher y Wellington se encontraron en Waterloo; pero ello duró solamente una generación. Los Estados Unidos han cambiado de la amistad a la enemistad en sus relaciones con Inglaterra, y su trato a los indios muestra una inexorable política de usurpación que se caracteriza por violaciones de todos los tratados. Las relaciones entre las naciones pueden bien equipararse a las que puedan tener opuestas bandadas de lobos, ahora cazando juntos la presa y luego peleándose sobre los despojos. Ellas han pagado generalmente sus deudas para mantener sus créditos, y esta es la principal indicación de que, al menos, se podría creer en la estabilidad de sus palabras, mas no de sus amistades.

Junto a esta *inestabilidad* mental de las naciones, se nota una completa *falta de remordimientos*, por los terribles hechos llevados a cabo. Esta actitud se caracteriza por lo siguiente: una nación mirará con horror y criticará los actos vandálicos de otra; pero aunque parezca curioso, ella es incapaz de aplicar los mismos puntos de vista a sus propios actos. Europa se asombró por los actos fratricidas del Norte contra el Sur en los

Estados Unidos, y se dió cuenta mejor que nosotros de lo que significaba la pérdida de un millón de vidas. De la misma forma nosotros fuimos sorprendidos ante el homicidio colectivo de Europa en el año 1914. Una nación aún en lucha, parece reconocer cuán criminal es la guerra que sostiene; pero echa toda la responsabilidad a su enemigo del momento. La mente nacional, cuando se enfrenta a un campo de batalla lleno de cuerpos deshechos y sin vida, denuncia la atrocidad de la guerra; pero todo intento para juzgar equitativamente si le toca algo de culpa de ello, fracasa: la mentalidad evade el problema.

Sin embargo, hay ciertos rasgos positivos cuya significación podemos bien considerar. Siempre que los derechos de una nación —por mínimos que sean— estén en juego, o cuando se cree que no se le demuestra el suficiente respeto a que se cree acreedora ella exhibe una actitud general de *malhumor*, una «no me toque» actitud. En general, el individuo no pedirá la muerte del que le ha estropeado la nariz en una reyerta; pero si una nación extranjera insulta su bandera, pide inmediatamente o una satisfacción o la muerte en masa del inocente pueblo, que no intervino para nada en ese asunto. Parece, pues, que entre los adultos de cada nación el Código de honor internacional cae completamente en el ridículo.

Durante la guerra, ese malhumor aumenta, naturalmente, y no sólo hacia el enemigo de un día, sino que también contra toda otra nación que no entre en esa guerra. Toda neutralidad que no sea «benevolente», es bastante para convertir a la nación neutral en enemiga. Una exagerada *estima de sí mismo* y una marcada tendencia a la utilización de *frases piadosas* entran también en el dignóstico.

Nosotros, que hemos vencido al «león inglés» por dos veces, nos consideramos la nación elegida de Dios, y en este respecto no somos menos humanos que otras naciones. Esta locura nacional —«hubris»—, como los griegos la denominan, infló hasta el máximo la soberbia del pueblo alemán, hasta que sobrepasó los límites del engrimiento para convertirse en un símbolo de insolencia.

Y en cuanto a la hipocresía religiosa, las relaciones del Kaiser con Dios habían sido hace tiempo consideradas como un chiste trivial. Un escritor popular en tiempo de guerra lo fué León Bloy en Francia, quien se expresó así: «Francia ocupa un lugar tan avanzado en relación a las demás naciones del mundo, que todas ellas deben sentirse honradas de comer las migajas destinadas a sus perros. Una Francia homogénea, cuya posición geográfica se ha mantenido sin cambiar, por trescientos años, le es necesaria a Dios, porque de otra manera Dios no podría existir y no sería completamente Dios. No importa qué crímenes, o pecados, o deslealtades haya cometido Francia; Dios no permitirá jamás que ella sea aplastada, pues Dios la necesita para su propia gloria, y lo stontos luteranos que la mutilaron hace medio siglo, serán castigados con inconcebible severidad.»

Observando ahora otra nación, y refiriéndonos a los periódicos norteamericanos durante la guerra, veremos que se expresaron con igual fervor y en nombre de Jesús y de Dios, nombres que ellos mezclaron siempre a la carnicería que se llevaba a cabo. Cuando la guerra de Crimea, nada menos que Charles Kingsley escribió: «Pues el Señor Jesucristo, no es solamente el Príncipe de la Paz, sino también El es el Príncipe de la Guerra. El es Dios de los ejércitos, y quien pelea en una guerra justa contra tiranos y opresores pelea al lado de Cristo y Cristo pelea también a su lado. Cristo es su capitán y dirigente, y él no puede tener un puesto mejor. Estad seguros de ello, pues la Biblia nos lo dice bien claramente.»

La observación psicológica del estado de conciencia que precede a las guerras, muestra que los hombres están en un estado de *pereza* o estupor antes de comenzar a usar la violencia. La nube amenazadora de la guerra se extiende sobre el país como *aura* antes de un ataque de epilepsia, y el pueblo siente la sensación de que es necesario luchar contra ese sopor que le invade inexorablemente. ¿Quién podrá olvidarse de esos desastrosos días de julio de 1914, cuando toda Europa parecía haber sido envuelta en una red? En los Estados Unidos este fenómeno se produjo en varias ocasiones, pudo ser combatido y su faz culminante en el año 1917 duró solamente algunas semanas. «El país está en decadencia», gritaban los militaristas. «Nos hemos olvidado de los héroes de nuestra guerra civil. Somos demasiado orgullosos para combatir», decían otros. «Nos llevan a la

guerra —decían los pacifistas—, y no nos damos cuenta de ello.» Y mientras tanto, la masa de la población, conducida en tropas humanas por los dos bandos, gritaba en vano, dándose cuenta que estaba bajo la influencia de un extraño sopor; pero cuando al fin llegó la última provocación, el sopor desapareció. El país no estaba ya inerte. Este sopor había sido un estado natural, aunque demasiado largo, preliminar a la participación en la guerra. En 1898 esta pereza mental fué más corta y más intensa.

Otros de los síntomas que pueden observarse cuando se acerca un período de violencia, es la aparición de un estado constante de estrechez del horizonte mental. En los Estados Unidos, y al principio, había la sensación de que la guerra era un crimen bárbaro que colectivamente las naciones llevaban a cabo después de años de preparación y sospechosa observación. Luego se infiltró la idea de que Alemania con salvaje eficiencia la había precipitado. Una vez que nuestros derechos entraron en conflicto, instintivamente se quiso romper todas las relaciones diplomáticas y de no comunicarse con esa bárbara nación, y más tarde, cuando se supieron las maniobras de Zimmermann, el terror nacional fué general, y fuimos empujados a declarar la guerra, a apoderarnos de barcos, prestar más dinero a los aliados, a mandar una pequeña fuerza guerrera, y poco después a volcar todos nuestros recursos sobre los campos de batalla para matar a esos «perros rabiosos», a los «lobos alemanes», ya que en esa época no podíamos pensar en esa nación en término de seres humanos. Nuestros puntos de vista se estrechaban constantemente, haciendo nuestra visión menor. Vino la conscripción alentada por una prensa comprada, se prohibió el derecho de libre expresión y todas esas cosas que antes de la guerra nos eran intolerables, fueron aceptadas unas después de las otras. Cualquiera expresión de oposición a nuestros deseos era barrida violentamente por la poderosa fuerza que surgió en nosotros. Lo veíamos todo negro, la nación sucumbió y se hizo servil. Solíamos decir «así es la guerra», y nos ajustábamos de esa forma a todo. No podíamos oír, sin experimentar un gran placer, las noticias de las matanzas en masa de alemanes. Cuantos más mueren, mejor, decíamos. ¡Y estas emociones no eran de un momento; ellas duraron toda la guerra!

Diagnóstico preliminar

Tomados uno por uno, todos esos síntomas muestran la evidencia de una enfermedad mental; pero considerados en conjunto, no puede uno menos darse cuenta de todo el alcance peligroso que ellos tienen. El alienista, al hacer su informe al respecto, se expresaría de la siguiente manera:

«Las mentes colectivas de la nación muestran tal inestabilidad y falta de desarrollo, que sugieren la presencia de la epilepsia y la imbecilidad. Muchas de las manifestaciones del espíritu guerrero dan algunas indicaciones de otra clase de insania. Cada país, por ejemplo, vive bajo el terror de una invasión, terror que raya en la aprehensión de una melancolía aguda y socava la vitalidad nacional durante el conflicto, llevando al pueblo a un estado característico de estupor. Muchas naciones exhiben síntomas de manías de conspiración contra ellas, que pueden llevarlas a lanzarse contra el supuesto enemigo, y contra el mundo entero. Es en la periódica repetición de las guerras, en la facilidad con que se entregan las naciones a la violencia, que encontramos síntomas suficientes para sospechar de la inseguridad mental de las mismas.

«El término epilepsia» tiene un lugar bien definido en la patología mental, diferenciándose del término «insania», y es lo suficiente amplio como para definir distintos estados mentales. El clásico concepto de epilepsia —es decir, el acceso que hace perder la conciencia al afectado, con su característica emisión de espuma por la boca y los espasmos convulsivos— está considerado como una de las manifestaciones físicas de desórdenes nerviosos, que Lombroso llegó a declarar se podía encontrar en el impulso que lleva al crimen habitual.

Hay ciertas características que son típicas de la epilepsia. El desequilibrio de la conciencia puede ser periódico, puede en otras ocasiones mostrar poca evidencia de anomalía, excepto por el hecho de que la persona se muestra irritable y puede ser fácilmente provocada a entregarse a accesos de violencia. Los disturbios mentales son precedidos por un momentáneo estupor, o pereza de la conciencia, después del cual el horizonte

mental se estrecha definitivamente. Esos síntomas son usualmente acompañados por un exceso de estima propia y una religiosidad superficial. Krafft-Ebing nos habla de la irritabilidad del espíritu combativo de la brutalidad y de las deficiencias morales del ser epiléptico, el cual munió de su libro de plegarias y con la palabra Dios en los labios oculta la más extraordinaria carencia de sentimientos nobles.»

Además, la mente de la nación aparece oscurecida, no desarrollada, especialmente en su falta de sentido moral. A la menor provocación de lo que se denomina «honor nacional», y por motivos que el individuo usualmente no prestaría atención, la nación, como colectividad, se entrega a los crímenes más horribles. Aparentemente, esa colectividad no teme las consecuencias de sus actos, y no exhibe ni síntomas de estar avergonzada de ellos, ni remordimientos por las vidas y propiedades que destruyó. Más bien se alaba de sus hazañas, declara a Dios como aliado y eleva monumentos a aquellos que la han llevado a la carnicería. En teoría, puede discernir lo que es justo e injusto aplicado a ella; pero en la práctica, su habilidad para aplicar esos principios desaparece. Más bien muestra una astuta habilidad para planear cuidadosamente la forma de enriquecerse a expensas de otras naciones más débiles; pero muestra una completa falta de discernimiento en llevar a cabo sus planes. Esos hombres tienen entre ellos una especie de Código criminal; pero también ése es violado cuando se presenta la ocasión. Su propia inmoralidad tiende después de un corto tiempo a producir una decadencia y degeneración general.

«Esas naciones gastan la totalidad de sus recursos en utensilios guerreros e instrumentos para producir la destrucción, ya sea cuando son provocados o cuando tienen un plan trazado que desean llevar a cabo. Otra característica unida a su inestabilidad, es su insensibilidad moral y la completa falta de remordimientos.

Esas son las características propias de lo que se denomina «imbecilidad moral». Usando, pues, el término «imbecilidad», para designar esas formas de anormalidad en la cual las facultades todas están paralizadas, dando la sensación de un retorno a la infantilidad, podemos, como conclusión, indicar lo siguiente: **BASADO EN LAS NORMAS PROPIAS DEL MODERNO INDIVIDUO ADULTO, LA MENTE NACIONAL EXHIBE TODOS LOS SINTOMAS DEL IMBECIL MORAL, CON LAS TENDENCIAS CARACTERISTICAS DE LA EPILEPSIA.**

Ha sido considerado, pues, que un individuo que reúna esas características es peligroso y no puede dejarse suelto.»

La catástrofe que significa la última guerra demuestra que las energías nerviosas de la sociedad han sido terriblemente consumidas. Esta falta de energía ha sido la causa directa de que las naciones muestren la presente «irritabilidad», pues la pérdida de energía nerviosa disminuye considerablemente el poder inhibitorio. Cuanto más energía ha utilizado el individuo en combatir, menos capacidad le quedará para poder resistirse al deseo de combatir de nuevo, y esta verdad puede aplicarse a la nación, que es la suma de los individuos. Desde este punto de vista, la habilidad de la nación para volver a reconquistar el control de sí mismo y poder aplicar la razón a las acciones de sus individuos, estará en directa relación con la medida del desarrollo colectivo.

Y en la sala de audiencia vuelve la Historia a preguntar al alienista:

—En vista de la evidencia presentada, ¿encuentra usted insano al acusado?

—El diagnóstico es complicado —contesta el experto—, debido a la falta de madurez mental del acusado. Parece más probable que él ha formado simplemente malos hábitos. Posiblemente, una vez que crezca, se desarrolle más, adquiriendo una más vasta educación y amplitud de miras sobre la forma de conducirse, él podrá cooperar a crear un mundo más seguro para su vida y para la vida de los demás.»

Bibliografía

El libro de una mujer

La doctora Marta E. Samatán acaba de publicar un libro de versos. Es, según creo, el primero que ha dado a la imprenta. Libro interesante y bien escrito, que corre el riesgo de no ser comprendido. Porque en él, al lado de algunas poesías sentidas sobre temas diversos que su alma impregna hondamente, la mayoría de sus versos dicen, con delicadeza propia de un corazón sensible, de un espíritu culto y de un pudor de mujer que vacila en desvelar por completo la propia angustia, el sufrimiento de la que ve pasar los años en la soledad, la melancolía de la que contempla la vida, y sabe que morirá completamente porque no habrá seres salidos de sus entrañas que continúen su propio yo, hacia adelante, en el tiempo, para siempre quizás.

Muchas veces es necesario adivinar esta última amargura, que bien patente se hace cuando habla del cementerio, de la carretera blanca que algún día habrá de recorrer para no volver; pero sobre la cual —no lo dice porque tal vez le es demasiado doloroso, porque tal vez teme no ser comprendida— no volverán tampoco sus hijos.

«Camino del cementerio
un día iré...
Por el camino blanco
no volveré.»

También yo iré un día; pero volveré. Porque mis hijos volverán, y ellos son mi persona en ellos prolongada.

La doctora Samatán no ha querido expresar ese desconsuelo, que es el de millares y millares de mujeres del cuerpo de enseñanza en la República Argentina, mujeres llenas de cualidades, que tienen casi todas el encanto de femineidad que el hombre requiere, y sin embargo están condenadas a la soltería pública y privada (1), porque si no

(1) La autora se ocupa de ellas en una de sus breves composiciones, «Los Deberes», que termina con esta estrofa final:

Corregir deberes... Prosaica tarea
de tejer remiendos con tinta punzó...

la murmuración morderá pronto en su tranquilidad.

De la soltería habla sobre todo:

«Y así pasaron lentos los años...
los vi morirse con inquietud
y vi morirse también con ellos
mi juventud...»

Poca cosa para la mayoría de la gente. El hombre acepta que la mujer diga lo que la ha hecho sufrir. Esto halaga su amor propio. E inversamente, gusta a la mujer leer los sufrimientos del hombre que canta o cuenta la traición, el desengaño.

Pero la soledad del corazón, la sed de cariño no satisfecha, la necesidad, el anhelo de amar que está en el fondo de todos los seres, como la fuerza más natural y más pura de toda la vida, eso, según la tradición de todas las épocas y todas las latitudes, debe callarse. Los que no la conocen son los fracasados, y los fracasados no tienen razón. El hombre que ha satisfecho su aspiración al amor pasa indiferente, como el rico ante el pobre. Y más indiferente aún, porque no surge de él ni la dádiva ni el ofrecimiento de una atención, de una limosna especial de afecto, brotada de la comprensión.

Lo mismo ocurre con la mujer. En los países meridionales especialmente, nadie es más enemigo de la mujer que la mujer misma. El mejor desliz —según la moral al uso, es despiadadamente censurado, ampliado, proclamado por ella cuando otra lo ha cometido.

Hay un general estado de espíritu por lo menos burlón para el soltero o la soltera. Se ve solamente al o a la que ha llegado a la madurez o a la vejez sin casarse, sin tener hijos, y como la norma general es la contraria, los que están fuera de esa norma tropiezan con la sátira de la mayoría.

No se piensa en el drama de cada una de esas existencias, en la tragedia de cada una de esas almas que generalmente se sienten, como dice la autora que comentamos, al ha-

con h o sin h, ¿no vendrá el amor?
con h o sin h, ¿no vendrá el amor?
Pobre maestría... Para ti, algún día,

blar de dos mujeres así fracasadas, «esposas y madres modelos», y que sin embargo deben contemplar con melancolía, con envidia natural, a las otras que pasan del brazo del amado, o dando la mano al hijito que han aportado al mundo.

Para hurgar en la vida ajena, y aportar un poco de mal y de dolor, somos muy fecundos en recursos. Pero no lo somos para hurgar a fin de aportar un poco de bien y de alivio o de felicidad.

No hay soledad más completa que la de la soltera. Y sé que son así millones y millones de vidas desparramadas por el mundo, que deben callar su dolor para no ser blanco de saetas emponzoñadas que la incivildad en acecho les dispara a la menor oportunidad.

A este primer mal, se añade el de nuestra moral sexual. Yo pienso que, al ver un fracaso con el hombre —la mujer está hecha para el hombre, como el hombre para la mujer, y nada tan certero hay en el destino humano, ¡oh, imbéciles que os burláis!—, la mujer tendría, ante la seguridad de ese primer fracaso, un consuelo que podría ser grande en el hijo. Si no como esposa, como compañera, podría triunfar como madre, y todas sus fuerzas afectivas no tardarían en concentrarse sobre el hijo, todo su anhelo de amor tendría allí, a la postre, donde concentrarse.

Pero la mujer que eso haga debe entrar en lucha con el ambiente todo. Y se siente demasiado débil para entablar ese combate. Puede representar la pérdida del empleo, y el hambre para ella y el hijo. Puede ocasionar más tarde el ensañamiento cruel de los moralistas y de todas las ovejas del Señor. Es la ruptura con la sociedad, y hay que ser muy valiente, tener una posición independiente para enfrentarse así con todos.

Acude a mi recuerdo el caso de las infelices muchachas de los pueblos españoles, que se entregan a su novio creyendo en el casamiento, son después abandonadas por él, y quedando embarazadas, son enviadas a la ciudad, donde trabajan como sirvientas en los primeros meses, donde se prostituyen cuando el embarazo muy visible hace imposible su estancia en ninguna de las casas donde quieren emplearse.

Sin embargo, opino que las mujeres que son conscientes, las que pueden ser independientes, no habrían de renunciar a ese consuelo, a esa alegría de la maternidad que sólo las mujeres enfermas o de razas

decadentes no desean. Hay ciertas audacias que requieren heroísmo, y el derecho a la maternidad, a la perpetuación de la especie, es el más sagrado. Sin convicciones, obediendo sólo a su amor hacia el hombre, o a su instinto maternal todavía inconsciente, o a los dictados de la vida que acercan a los seres de distinto sexo, muchas muchachas han sido madres en Francia, y se ha llegado a no mirar con desprecio a la *fille-mère*; el Estado se ha puesto a ayudarla cuando era pobre. Y se la ayuda en muchas naciones.

En Galicia, donde la mujer es más naturalmente mujer que en cualquier parte de España, los casos de solteronas madres son también frecuentes. Y generalmente no se las mira ya con desprecio. La desproporción entre el hombre y la mujer ha traído ese fenómeno, a pesar del prejuicio religioso existente. La naturaleza sana manda.

Ese problema de la mujer soltera, uno de los más dolorosos de cuantos existen, porque el hombre soltero puede más fácilmente consolar o engañar su corazón, me ha preocupado y me preocupa mucho. El libro que desde Santa Fe me ha remitido la doctora Samatán me ha dado ocasión de exponer un poco de lo que sobre él pienso. Y por eso mismo me he alejado del comentario un poco unilateral del mismo. Pero creo estar en la entraña de su espíritu. Porque, para mí, no tiene valor solamente por sus versos, cuya sencillez está llena de emoción en cada una de las sílabas, y tienen tan a menudo un dejo de amargura, de melancolía honda, que el alma ha amasado en el curso de los años, lo cual se refleja en el ritmo natural y particular de todas las palabras. Ese libro tiene también el valor de un gesto.

El heroísmo de que hablo para cumplir la función de la maternidad libre —lo que no quiere decir inconsciente—, es preciso tenerlo ya en parte, para decir solamente lo que la doctora Samatán dice en su libro. Es afrontar, no el ridículo, sino lo que la ridiculez, la imbecilidad y el egoísmo del vulgo, de frac o alpargatas, llama ridículo.

Creo que libros de esta índole son necesarios para despertar en la gente un nuevo aspecto de su sensibilidad, para educar un poco más su conciencia y afinar mejor su corazón. Mientras el dolor de los demás, el visible y el invisible, el que se ve y se adivina o se puede adivinar, no despertará en nosotros un eco fraternal y un deseo de ser bálsamo de las heridas, podremos creernos

muy evolucionados. Acaso le seamos. Pero debemos serlo mucho más, para elevarnos al rango de dignidad moral que debería corresponder al ser humano.

GASTON LEVAL.

EMIGRANTES, novela, por Ferreira de Castro. Editorial Cenit, S. A. Madrid.

Ferreira de Castro es un escritor ventajosamente conocido en España. Escribe bien. Narra con facilidad, amenidad y soltura. Describe con supremo arte, costumbres y paisajes. Observa con clara visión y dibuja los tipos más diversos con certeros trazos. A estas cualidades es preciso unir la realidad objetiva de sus relatos y el contenido social y humano de sus obras.

Emigrantes, como su mismo título indica, es la novela del emigrante, del desgraciado que deslumbrado por la promesa de hacer fortuna y espoleado por la miseria, embarca rumbo a América a la busca del dorado vellocino.

A través del relato, se ve objetivamente la atroz miseria, el trato inicuo, el trabajo duro, la explotación odiosa de que se hace víctima al iluso emigrante.

No es la fortuna lo que a cambio de un trabajo extenuador le espera. Son las privaciones y la injusticia, acibaradas por la desilusión y la esperanza, que es más paria el que soñó con la riqueza y da de cara contra el espectro lívido del hambre allí donde esperó encontrar la suave sonrisa de la diosa ciega y loca, y tras ella el principio de una existencia nueva, limpia y amable.

Abunda la obra en momentos de una emoción insuperable, la avaloran bellísimas descripciones y observaciones agudas; pero lo más notable en ella es la finalidad que persigue su autor. Finalidad noble y generosa, que no es otra cosa que hablar claro al emigrante, hacerle ver que no le espera allende los mares sino la misma explotación que soporta en su país natal, que trabajando con las manos no es frecuente escalar la cucaña de la fortuna, que el trabajador tiene otros horizontes que los que abre ante él la emigración...

Está muy bien perfilado el tipo del agente de emigración que se enriquece embarcando infelices y está muy bien estudiado cuanto se refiere a este delicado problema. Ferreira de Castro nos va poniendo en relación, a través de las andanzas de su personaje de ficción, con todos los tipos que hacen su agosto

en el innoble tráfico; pone al descubierto sus tretas, socaínas y malas artes, al mismo tiempo que nos relata la dolorosa odisea del emigrante desde el momento mismo que abandona sus lares hasta que retorna, si retorna, más miserable que se fué, envejecido y hallando el hogar deshecho.

Admirable la descripción de la vida asendereada y calamitosa del emigrante en el Brasil. Y tan crudamente objetivada, que el gobierno brasileño prohibió la venta del libro en el territorio de aquella república. Entre dicho que hubo de levantar cuando se comprobó que lo narrado en la magnífica novela, no era sino una copia fiel de la realidad.

Muy buena esta novela. Y, sobre todo, significativa, plena de contenido, respondiendo a esta modalidad literaria que procura instruir deleitando, que sugiere al lector pensamientos e ideas, que trata de hacernos más comprensivos y mejores. No necesita su lectura de otros elogios y estímulos.

PAZ, novela, por Ernesto Glaeser. Editorial Cenit, S. A. Madrid.

Tan interesante es esta novela de Glaeser como la que del mismo autor nos dió a conocer la Editorial Cenit bajo el título *Los que teníamos doce años*.

Glaeser narra con mucho primor y mueve con soltura multitudes, pero, sobre todo, sabe destacar maravillosamente el ambiente social en que la acción de sus relatos se desarrolla.

En esta novela nos presenta sintéticamente la Alemania de la revolución, tomando el relato desde el momento histórico del armisticio. El derrumbamiento del Imperio como un edificio sin base y sin puntales, el retorno de los soldados del frente, el cansancio general, los anhelos de paz y olvido, los fermentos revolucionarios, las emocionantes luchas de espartaquistas y socialdemócratas, el ambiente resultante de todo esto después de la instauración de la república y la firma de la paz, se halla reflejado magistralmente.

Se ve claro por qué pudieron triunfar los socialdemócratas contra los espartaquistas. Fué el terror de la burguesía y el cansancio de los soldados, unido a la insuficiente y poco clara labor de propaganda de los del grupo *Spartacus*, lo que determinó ese triunfo.

Hay escenas de una emoción subida en esta obra, como, por ejemplo, el asalto a las caballerizas por las fuerzas fieles a la socialdemocracia y el calvario del caudillo espartaquista Adalberto König.

Otra escena admirable, llena de color y de

emoción contenida, es la que nos ofrece el patético cuadro de las mujeres hambrientas contemplando los camiones repletos de carne fresca, conservas variadas y pan blanco, requisados por las huestes de la revolución.

Abundan estas escenas, realzando el interés apasionante del relato, prodigiosamente matizado, pletórico de vida, constelado de observaciones certeras, jugoso y rico en sugerencias de primer orden.

Desfilan por la novela multitud de tipos, perfectamente dibujados, llenos de realidad y vigor. Y siempre, a través de ellos y de su dinámica, el ambiente, el medio, destacado a toda luz en una visión clara y amplia de conjunto, como algo fatal, como un océano proceloso del cual todo surge y al cual todo vuelve.

No sabemos decir qué obra de Glaeser nos gusta más. *Los que teníamos doce años* es algo admirable bajo todos los conceptos, pero *Paz* no le va en zaga.

Quizá es más valiosa esta novela porque sin ser un trasunto rigurosamente histórico de la realidad, es la refundición sintética y viva de esa realidad y el bosquejo moral de un pueblo en uno de los momentos más importantes y sugestivos de su historia.

Paz es la concreción del pueblo alemán durante la sacudida revolucionaria que le estremeció a la terminación de la gran guerra, y, a la vez, una novela bien urdida y escrita con el primor y dominio de un verdadero maestro.

FOUCHE, por Stefan Zweig. Editorial España. Madrid.

Hemos leído últimamente algunas biografías interesantísimas entre las que destacan por su mérito literario, su documentación y la interpretación del complejo psicológico de la figura biografiada, algunas de Maurois y varias de Román Rolland. Confesamos, sin embargo, que ninguna nos ha impresionado más gratamente que ésta de Stefan Zweig.

Fouché es un tipo de suyo interesantísimo y, dada su intervención en los asuntos públicos de su época, una de las más sugestivas de la Historia, es una figura que necesariamente había de apoderarse de nuestra atención y ganar sin reseras nuestro interés. Eso lo dábamos por descontado antes de abrir el libro. Pero no es por eso sólo que nos ha entusiasmado.

Stefan Zweig escribe muy bien, huelga decirlo, y sabe adentrarse certeramente en el laberinto del alma humana, y es natural que

revelara a la perfección la personalidad extraordinaria y el espíritu subterráneo y tortuoso del famoso intrigante José Fouché. Esto no nos hubiera sorprendido a pesar de saber que no es empresa fácil. Repetimos que de Zweig esperábamos eso y más.

Lo que nos ha causado mayor sorpresa es cómo ha logrado captar y reflejar el ambiente de la época en que vivió, intrigó, actuó y dominó Fouché. Y ¡qué época!

La Revolución francesa, el Consulado, el imperio, la restauración de los Borbones... En medio de tantas borrascas, los hombres y las instituciones caen. Un viento de locura arrebató a Europa en violento torbellino. Nada permanece estable. Se hundieron estrepitosamente imperios y monarquías. Se gastan y aniquilan los hombres. Sólo Fouché sobrevive. Sólo él, el hombre astuto e impenetrable, el servidor de nadie, el partidario circunstancial y desleal de los que triunfan, se mantiene en pie adaptándose a todas las situaciones, poniendo las manos en todo, interviniendo en la marcha de los acontecimientos, venciendo con su insuperable habilidad de intrigante consumado, a hombres de la talla de Robespierre, de Tayllerand, de Napoleón.

Zweig ha sabido presentar a este tipo sin par, y evocar su inquietante época con singular maestría. Y, además, es tan ameno, tan vivamente emotivo y claro su estilo, que el libro se lee con el mismo apasionante interés que despierta la lectura de una novela extraordinaria. No recordamos de ninguna otra obra de esta índole que en tan breve espacio dé una sensación más diáfana de una época, ni evoque y reproduzca con igual justeza la personalidad y las andanzas de un tipo.

Creemos, y así lo declaramos con toda sinceridad, que esta biografía es lo mejor y más emocionante de cuanto sobre este género se ha publicado últimamente en castellano.

GRANDEZA Y SERVIDUMBRE DE LA PRENSA, por Alfonso Ugría. Editorial España. Madrid.

El estudio de la Prensa que ha sido objeto de atención detenida y minuciosa en todos los países del mundo civilizado, no había sido acometido en serio hasta ahora en España.

No puede negarse que el asunto es de suyo interesante y sugestivo. Por eso se comprende menos que nuestra bibliografía nacional no contara con algunos tratados estudiándolo, desmenuándolo y comentándolo.

La Prensa es un formidable agente de cultura. Es una boca que habla siempre llevando su potente voz a los rincones más apartados del planeta y que lo trata todo con suficiencia o sin ella. Es indudable que, en la formación de los pueblos, ejerce una influencia decisiva. Registra los acontecimientos de algún relieve de la vida cotidiana, los interpreta y los comenta. Lanza y propulsa ideas. Influye sobre las masas y las orienta en determinado sentido. Es el yunque en que se forja la opinión pública.

Naturalmente, poder tan enorme, es fatal adolezca de grandes defectos dada la actual organización de la sociedad. La Prensa, por lo mismo que es un elemento poderoso para crear corrientes de opinión y moldear multitudes, es también una gran corruptora. Falsa la verdad. Silencia o deforma, según convenga, la significación de los hechos. Propaga errores. Crea estados de opinión que culminan con dolorosa frecuencia en tremendos desastres. Desorienta. Para defender bastardos intereses no vacila en intoxicar el alma de la multitud sirviéndole la pócima de la mentira.

La Prensa es hoy una industria más, organizada en un sentido estrictamente mercantil. No se atiende a su misión educadora, sino a su aspecto comercial. Hay pocos periódicos de ideas. Y esos pocos viven de precario, capeando el temporal, haciendo equilibrios al borde de la ruina. Lo que interesa a las Empresas de publicidad no son los altos valores de la cultura, sino alcanzar una gran difusión, tirar muchos miles de ejemplares, puesto que ello les garantiza ingresos muy saneados aumentando la tarifa de la sección de anuncios.

Esta mercantilización de la Prensa ha labrado su desprestigio, pero no ha minado su poder. Piénsese en lo que influyó en la incubación, declaración y desarrollo de la guerra europea, por no aducir más que un ejemplo.

Alfonso Ungría, muy bien documentado y perfectamente enterado del mecanismo interior de la Prensa, enfrenta el problema, lo estudia y lo analiza con sorprendente claridad en este libro.

No olvida un solo detalle. Con certera visión señala dónde radica la grandeza de la Prensa y dónde su servidumbre y sus virtudes negativas. Explica la organización interna de las grandes empresas de publicidad, cómo se lleva a cabo la labor de confeccionar el periódico, qué suma de energías, de cálculos y de actividades diversas son necesarios para

poner en las manos del público la hoja diaria que para muchos constituye el único alimento espiritual.

No se limita a esto. Ya sería suficiente para investir al libro de una importancia extraordinaria. Sólo que el autor tiene ideas propias acerca de la magna cuestión y no se las calla. Así, no sólo nos hace conocer la técnica, la organización y el valor entero y verdadero de la Prensa en su doble aspecto positivo y negativo, sino que establece deducciones muy acertadas y sugiere ideas de elevado rango, sobre el interesante asunto.

Por otra parte, Alfonso Ungría escribe con claridad y concisión en un estilo ágil y vivo que realza el mérito indiscutible de esta obra bastante interesante en sí misma.

LE MAL DE VIVRE, *por Marie Huot.*

Poco a poco en el alma humana se va abriendo paso, ganando terreno y adquiriendo categoría de axioma, esta verdad indiscutible: en determinadas circunstancias es más insensato dar la vida que quitarla.

Todavía, es cierto, desempeñan en la sociedad un papel importantísimo los postulados de una falsa piedad; pretendiendo respetar a todo trance cuanto significa vida animada, conspira contra las verdaderas leyes de la Vida. Pero, a pesar de ello, una nueva moral va creándose y va ganando adeptos y entusiastas paladines.

Sin duda alguna, todo ser que nace tiene derecho a vivir. Pero...

La verdad es que la vida es un combate cruento, un festín de caníbales. La Naturaleza ha creado multitud de tipos y de especies cuyos individuos nacen con la fatal predestinación de ser verdugos y víctimas. Observad que no existe una sola especie sin su contraria. La vida ofrece siempre el odioso espectáculo de un campo de batalla, en el cual el vencedor se come al vencido, y está expuesto, además, a ser devorado a su vez por un enemigo más fuerte o más astuto.

Los sentimientos de piedad, dadas las circunstancias en que vivimos, no pueden ser tenidos en cuenta. No se trata de compadecer, sino de vivir, y para vivir es preciso estar constantemente alerta y sobre las armas. Todo animal que no pueda beneficiarnos debe morir. Aunque su pervivencia no nos perjudique directamente. Será muy bello alardear de buenos sentimientos y no querer hacer daño voluntariamente ni a una hormiga, pero no es vital. La vida es competencia y lucha. Dejar vivir a la víbora, al

escorpión o al lobo en nombre de la piedad, es hacer el mal invocando el bien. Nuestro deber —me refiero al deber del hombre— es corregir la plana a la Naturaleza y extinguir hasta en sus gérmenes, cuanto no sea propicio a nuestra seguridad y desarrollo. Y para llenar cumplidamente este deber, obvio es decir que la piedad estorba.

Remontándonos más, y aceptando el derecho que como especie nos asiste para luchar hasta aniquilar todas las especies que no respondan a los fines de nuestra existencia, se imponen otras consideraciones. ¿Conviene respetar la vida humana en todos los casos? Obsérvese que hablamos ahora de conveniencias y no de piedad.

Indudablemente, la vida humana debe ser respetada. Eliminar a una persona es un crimen. Para nosotros, debe ser sagrada la vida de nuestro semejante.

Pero, en tal caso, ¿debemos aceptar como una fatalidad que individuos degenerados y enfermos se reproduzcan sin ton ni son, perpetuando sus dolencias y contaminando de su mal a los miembros sanos de la comunidad? ¡Ah, no! Hay que evitar por todos los medios que esto pueda efectuarse. Por conveniencia y por piedad. Permitir, por ejemplo, que el tísico se reproduzca, es dejar una puerta abierta al contagio de una enfermedad que no perdona, y condenar a seres que no pidieron nacer a una existencia miserable y dolorosa.

Hay también el peligro cierto de la sobrepoblación. Peligro más serio de lo que se cree y que obliga a pensar en la manera de evitar o limitar la proliferación, sujetándola en todo momento a la capacidad de producción del suelo.

Este interesante problema trata Marie Huot en *Le mal de vivre*. Y lo trata admirablemente, con una fuerza de persuasión y un tono encendido y fogoso.

Pocos trabajos de esta índole hemos leído que acusen mayor dominio del tema, una convicción más robusta y una argumentación más sólida. Escritos de tal valía deben ser leídos por todos.

Marie Huot, muerta recientemente, escribía muy bien y supo llegar al fondo de este problema. Por algo está prohibida en Francia la lectura de *Le mal de vivre*.

¡NUNCA!... y A PAIZAGEM NO CONTO, NA NOVELLA E NO ROMANCE, por Fabio Luz.

Consigñemos que de la lectura de estos dos

volúmenes de Fabio Luz hemos sacado la confirmación de algo que ya presentíamos: teoriza y critica mejor que narra.

Fabio Luz es un crítico excelente. Comprensivo. Bien informado. De gusto depurado y selecto. No podemos decir lo mismo de sus dotes de novelista. «¡Nunca!...» es una narración flojita, sensiblera, indigna de su pluma. Claro que donde hubo siempre queda, y F. Luz no puede escribir un libro enteramente malo. En este que nos ocupa hay páginas de subido interés y de belleza auténtica; pero el conjunto nos ha decepcionado.

No sucede lo mismo con «A paizagem no conto, na novella e no romance». Aquí volvemos a encontrar al escritor que ya conocíamos. Se le ve moverse con seguridad y dominio en un medio que le es propio. Y todo el libro rebosa belleza, observaciones ciertas, deliciosos encantos, matices delicados.

Repetimos lo que dijimos al principio de esta nota: Fabio Luz teoriza y critica mejor que narra.

EL DESNUDISMO Y SU BENEFICIO, por el doctor Pierre Vachet.

La Editorial SOMO ha editado recientemente este enjundioso folleto traducido del francés por León Drovar. En él se hace resaltar lo beneficioso que para la regeneración y embellecimiento de la raza resulta la práctica del desnudismo, al mismo tiempo que se demuestra con argumentos irrefutables que no hay nada de inmoral en el sistema.

Precio, 10 céntimos. Pedidos a Editorial «Somo».—Premiá, 44 (Barcelona).

H. N. R.

La virtud no procede de los dioses, sino del conocimiento moral, que es, realmente, bueno, el cual da al hombre la posibilidad de vivir sin oprimir a los demás, de tratarles con justicia y de hacerse capaz de servir a la sociedad y no sólo a sí mismo. Sin este conocimiento, la sociedad es inconcebible.

SÓCRATES

La vida de cualquier hombre es un medio adecuado para la realización de la ley moral. Así, pues, a menos de que me sea indiferente la realización de dicha ley moral, no puedo anonadar a un sér cuyo destino es contribuir a ella.

FICHTE

Una página maestra

De la pasión

El amor femenino es, necesariamente, lo que Stendhal calificó de amor-pasión. El vulgo, incluso el vulgo literario, entiende que la pasión es un grado cuantitativo, más copioso y vehemente, del amor, y supone que el amor violento es sinónimo del amor apasionado; en una palabra, pasión. Pero la pasión no se caracteriza por la cantidad o tensión amorosa, sino por la calidad. La pasión en, en suma, la calidad femenina del amor.

Pasión viene del griego *paskein* y *patos*, que significan, respectivamente, padecer y pasión. Y así, la pasión viene a ser el sufrir, el padecer una carga, una pesadumbre física, y, por extensión, moral, afectiva, pues lo afectivo pertenece a la pasión, de manera inicial, ya que sentirse afectado equivale a verse situado en posición pasiva. Pasión se opone a acción, el paciente al agente, lo pasivo a lo activo, y el padecer al obrar. Esta distinción es profunda, sobremanera importante. Para Cartesio y sus secuaces, «las pasiones del alma» no son otra cosa que «los movimientos pasivos del alma». Posteriormente, se dilata y amplía esta acepción estricta (en Condillac, Kant y Hegel) y se describe la pasión como «una tendencia de cierta duración, acompañada de estados afectivos e intelectuales, en particular de imágenes, que señorean y absorben la vida del espíritu». Restrinjamos ahora estos varios conceptos de la pasión a la esfera del amor. Biológicamente, la «femenina positio» (como decían los latinos), la actitud de la mujer en el amor, es pasiva. En amor, el hombre es el agente, y la mujer la paciente. Y aun extendido el concepto de pasión en el rumbo de la duración y permanencia, junto con la intensidad de dominio sobre la vida total del espíritu (como quieren Condillac, Kant y Hegel), ya Schopenhauer y Weiminger observaron exactamente que esta manera de amor pasional o pasivo es el propio y genérico de la mujer, por exigencia fatal del genio de la especie. Para que la mujer cumpla debidamente su misión biológica, es menester que sus sentimientos sean pasionales, esto es, absorbentes y duraderos. El hombre es naturalmente un ser activo, un ser destinado a toda línea de acción. En él el amor es actividad secundaria y pasajera. Hasta fisiológicamente (como hace notar Weiminger) la aptitud funcional masculina para el amor se incorpora en una mera externidad orgánica. Biológicamente, un amor no le embarga a un hombre su futuro ni su libertad (no hablo en este instante de lo moral y psíquico), en tanto para la mujer, cuya aptitud funcional es interna, y despótica de la totalidad del organismo, un amor contraído o consumado le acarrea una larga esclavitud fisiológica, quizás para toda la vida.

AYALA



niños aumente de tal modo, que sea imposible para la familia el alimentarlos y educarlos; se debe evitar engendramiento de niños que tengan la posibilidad de nacer enfermos o raquíticos.» Estas palabras revelan la moralidad racional y humana que inspira a su autor al escribir esta obra. Que a tan nobles propósitos se corresponda leyendo y recomendándola, es misión de cuantos sepan el valor de estos conocimientos. — Precio, 1'50 pesetas.

Educación y orianza de los Niños. — Por Luis Kunhe. — Consejos a los padres, preceptores y educadores. Libro de alto valor biológico y de utilidad inapreciable. — Precio, 1 peseta.

El Vegetarismo. — Por Carlos Brandt. — Esta obra está considerada, con justicia, como una de las mejores, si es que hay alguna que la aventaje, de la ya vasta literatura modernista. En efecto, la pluma galana y sutil de Carlos Brandt, movida al impulso de la lógica incontrovertible, el concepto diáfano que subyuga y convence, abriendo nuevos e insospechados horizontes al lector, lograron esta bella obra, a la que deben hermosos y eficaces conocimientos a la par que nuevas normas de vida sana y optimista, la generación actual de nombres de firme voluntad y de nobles ansias de vida natural. — Precio, 3 pesetas

Enfermedades del estómago. — Por el doctor T. R. Allinson. — Compendiado y documentadísimo tratado acerca de las enfermedades del estómago y sus causas, medios y tratamientos para combatirlos, seguido de un tratado alimenticio racional. Libro de gran utilidad y eficacia indiscutible. — Precio, 1 peseta.

Enfermedades del aparato respiratorio. Por el doctor T. R. Allinson. — Tratado conciso y breve, pero metódico y bien definido, repleto de prácticas y racionales enseñanzas para evitar, tratar y combatir las diferentes enfermedades del aparato respiratorio. Un libro que nunca se ponderará bastante por su gran eficacia y por las normas científicas en él expuestas para la conquista de la salud. — Precio, 1 peseta.

Reumatismo. Por el doctor T. R. Allinson. — Sus causas, síntomas, complicaciones, resultados, tratamiento. — Precio, 0'50 pesetas.

Los Vegetales. (Génesis y milagros). Por el doctor Arthur Vasconcellos. — Es bien conocida en el campo naturista la alta personalidad y el prestigio científico del doctor Vasconcellos. El presente librito es uno de los mejores tratados acerca de los vegetales como alimento natural del hombre, sus propiedades y su valor fisiológico. — Precio, 1 peseta.

Los microbios y el Naturismo. — Por el doctor Arthur Vasconcellos. — La teoría microbiana, sobre la que fundamenta la Medicina oficial su base experimental como origen de todas las enfermedades, es rebatida en este librito desde el punto de vista de la teoría naturista, que desecha todo el farrago mercantil y venenoso de sueros y específicos, buscando en la vida natural e higiénica la verdadera fuente de salud. — Precio, 0'50 pesetas.

Un viaje por Icaria. — Por E. Cabet. — Descripción de un nuevo sistema de convivencia humana. Cabet es uno de los precursores del comunismo. Su concepción es digna de estudiarse y contrastarse con otras nuevas y más modernas teorías. — Dos tomos, 8 pesetas.

Evangelio Naturista. — Por el doctor Arthur Vasconcellos. — Hermosa elegía del ideal naturista evangelio de la vida y de la salud. — Precio, 0'50 pesetas.

Humano Ardor. — Por Alberto Ghirardo. (Memorias de Salvador de la Fuente.) — Libro de luchas vividas, emocionantes y de mucha y provechosa enseñanza. Ghirardo es de sobra conocido para que hagamos una apología de su obra. Su nombre y su historial de luchador dicen de sobra el crédito de que goza su literatura rebelde y humanista. — Un tomo, 5 pesetas.

Emilio o la Educación. — Por J. J. Rousseau. — Este libro de educación que basó un sistema y consumó una idealidad en Pedagogía, no debe faltar en ninguna biblioteca de hombre estudioso. — Precio, 4 pesetas.

En la línea recta. — Por Eusebio C. Carbó. — Sabido es que el movimiento naturista, que cada día adquiere nuevos incrementos, adolece, en sentido general, de un error mayúsculo: el de tender a mejorar al individuo, sin cuidarse del factor social. Error que neutraliza los buenos resultados que pueden derivarse de la difusión y el arraigo de esas excelentes doctrinas. El individuo es la correspondencia con su medio. Esto es lo que induce a Carbó a sentar en esta su utilísima e interesante obra una senda liber-

toral integral de las colectividades humanas, basada en la transformación radical de la sociedad. — Precio, 2'50 ptas.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. — Por Miguel de Cervantes. — Hermosa edición especial para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes, acaecida el 23 de abril de 1616. Precedida de un documentado estudio de la vida y obras de Cervantes, y de una iniciación bibliográfica de excepcional interés. Un volumen de 892 páginas, con hermosas ilustraciones, encuadrado en cromotipia. — Precio, 3 pesetas.

Entre dos frentes. — Por Madam Smit. — Novela de paz y amor. Provechosa propaganda en contra de la guerra. — Un tomo, 4 pesetas.

El Dolor universal. — Por Sebastián Faure. — *El dolor universal* es, sin disputa, la más grande obra, la más humana, la de más fundamental importancia de cuantas se han escrito propagando una sociedad libre. Hasta los más encarnizados enemigos de toda libertad, forzosamente han tenido que reconocer la lógica y la bondad, profundamente humanas, de esta obra inmortal. — Precio, 3 ptas.

La Revolución rusa en Ucrania. — Por Néstor Makhno. — Todos los que han seguido con atención la trágica pugna desarrollada en Ucrania, saben ya quién es Makhno. Pero su retrato más cabal, al propio tiempo que la historia verídica, y toda ella fervor, de la revolución ucraniana, está en su reciente libro *La Revolución rusa en Ucrania*, documento que ningún hombre preocupado por los problemas sociales debe desconocer. — Precio, 3 ptas.

Juana de Arco, sacrificada por la Iglesia. Por Han Ryner. — El genial filósofo y eximio novelista Han Ryner sostiene en este formidable librito, con valentía inusitada, una formidable acusación contra la iglesia: el martirio y sacrificio de Juana de Arco, la heroína doncella que, pasado el tiempo, la misma Iglesia había de elevar beatificándola, como un sarcasmo más contra su víctima. En esta acusación, Han Ryner invita a recusar su afirmación a los más calificados representantes del catolicismo, que rehuyen la invitación con astucia diplomática. — Precio, 0'60 pesetas

Para ser vegetariano. — Por José Galián Cerón. — De utilidad para los que sigan la dieta vegetariana. Indispensable al que desee adoptar el vegetariano. Contiene además una utilísima guía de los alimentos naturales y de los derivados, admitidos en el régimen vegetariano corriente. — Precio, 1'50 pesetas.

Higiene del Matrimonio. — Por el doctor F. Monlau. — Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hacen insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia. Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. — Precio, 7'00 ptas.

El Amor Libre. Por Diderot. — Una obra de Diderot, desconocida por tres generaciones, cuya concepción no asustó a los enciclopedistas. Hizo más bien aceptarla y consolidarla ante el mundo que razona. — Precio, 1 peseta.

José Martí. Por M. Isidro Méndez. — Estudio biográfico de la personalidad del gran libertador de Cuba, José Martí. Obra premiada por el Real Consistorio Hispanoamericano del Gay Saber, en el Certamen de 1924, conmemorativo de la Fiesta de la Raza. — Precio, 4'00 pesetas.

Contra la pena de muerte. — Por Santiago Arguello. — Es una página vibrante, viril, una recia y elocuente protesta contra la bárbara condena que no encuentra más apoyo que el espíritu innoce de venganza, y que la conciencia humana debe desterrar de todos los códigos por inhumana y cruel. — Precio, 0'70 pesetas.

Los grandes problemas del alma humana. — Es una sustanciosa e célebre polémica sostenida públicamente entre el abate Violet, eminente orador católico, y Han Ryner, el profundo filósofo, autor de tantas obras maestras literarias, acerca del interesante tema: «¿Existe Dios?». — Precio, 0'50 pesetas.

Rejas adentro. — Por Ramón Magre. — Esta novela vivida, profundamente humana, es de un realismo insuperable. La aparición de esta obra, la mejor lograda y más bien definida de su joven autor, reveló las cualidades excepcionales de Magre como ameno narrador y observador profundo. Psicólogo y perseverante escudriñador del alma humana, traza en ella la vida carcelaria, describiendo tipos

y costumbres con una analogía que tiende a equalar las concepciones de los mejores maestros rusos.—Precio, 2 pesetas.

Segundo Certamen Socialista.—Conjunto de incomparables trabajos de varios teóricos del anarquismo premiados en 1888 en dicho Certamen, y que son el mejor caudal y base de toda Biblioteca ideológica. Este inestimable libro, que debiera ser calificado como el abecé de las ideas libertarias, es el mayor contenido de materia para los hombres estudiosos de hoy.—Precio, 4 pesetas.

Reformismo, Dictadura, Federalismo. Por Pedro Esteve.—La pluma fácil y amena de Pedro Esteve escribió estos serios estudios en forma tan sencilla y clara, que su lectura se hace enormemente sugestiva e interesante. Finalizada la locura guerrera en que se destruyeron las naciones con saña horrible, los principios de convivencia social sufrieron un período de confusión derivada de la crueldad guerrera; Esteve sale al paso de este confusio-nismo con su libro, que señala líneas divisorias y esencia-les.—Precio, 1 peseta.

Socialismo anarquista.—Por Pedro Esteve.—En esta obra acomete su autor una ardua tarea de investigación acerca de los conceptos básicos en que hoy descansa la sociedad capitalista, y los principios filosóficos por que luchan los hombres del porvenir que anhelan una sociedad igualitaria y justa: La Ley, La Violencia, El Anarquismo, La Revolución social.—Precio, 1 peseta.

Pequeño Manual Individualista.—Por Man Ryner.—Sin duda es esta obra la más fundamental para conocer el vasto ideario de este gran filósofo, de este escritor notabilísimo, erudito, sagaz y espiritual, conferen-ciante atrayente y polemista. Man Ryner odia las religio-nes, porque deforman la vida y no son más que un medio de dominación en manos de los astutos y ambiciosos. Por eso su ideología moral se tacha por los reaccionarios de destructora y disolvente, cuando no es sino altamente huma-na y constructora de la verdadera individualidad.—Precio, 2 pesetas.

Rafael Barret.—Su Obra, Su Predica, Su Moral, por J. R. Forteza.—Para Barret la vida social no es, no puede ser sino la prolongación de la vida privada. No acepta el cómodo dualismo de los que dividen la vida en distintas esferas, pública y doméstica, y establecen normas aplicables en una e inaplicables en la otra. Lo que el hom-bre aporte a la sociedad, fatalmente debe ser consecuencia de su actuación en el hogar. El desdén que se insinúa en toda su obra, hacia los que se entregan al azar, renegando de su albedrío, deriva en admiración calurosa por todo lo que signifique una manifestación de la voluntad, de la in-teligencia y de su optimismo que confiaba al hombre la tarea de realizar la humanidad futura.—Precio, 3 pesetas.

La Universidad del Porvenir.—Por José Ingenie-ros.—Muerto Ingenieros en plena madurez intelectual, cuando eran de esperar de su pluma obras densas de pen-samiento renovador, deja, no obstante, buena cosecha de frutos sazonados, y entre ellos destaca poderosamente *La Universidad del Porvenir*. En él brillan sus cualidades me-jores: rebeldía, ideas asentadas en fundamentos inconcu-sables, vuelos del pensamiento hacia un futuro transformado, conceptos valerosos para esa transformación. No hay en este libro una página, una palabra, un concepto superficial. Su mirada jamás se detuvo en lo aparente de los problemas. Penetraba, sagaz, hasta su hondura más recatada.—Precio, 1'50 pesetas.

Filosofía de un ideal.—Por Carlos Malato.—Asombra la certera visión de Malato al presentar en esta obra el enunciado de muchos acontecimientos y problemas que hoy han venido a colocarse en el plano de primera actualidad; y es que su estudio, profundo y clarividente, va guiado de la más contundente lógica y del más sereno juicio. Ello hace de esta excelente obra un libro de perenne actualidad, cuyo estudio ha de ser siempre altamente benefi-cioso a todo espíritu investigador preocupado por los innu-merables problemas humanos.—Precio, 1 peseta.

Los habitantes de Marte.—Por Flammarión.—Quien como este autor supo popularizar una de las más intrincadas ciencias, forzosamente merecía el homenaje de ser leído, conocido y divulgado por los hombres de ideas elevadas. Flammarión fué el astrónomo del pueblo humilde, al que despertó de su infancia tradicional, descorriendo el velo de su ignorancia con su lenguaje claro y sencillo.—Precio, 1'10 pesetas.

La Ciencia moderna y el Anarquismo.—Por P. Kropotkin.—Tal vez sea este libro el menos conocido y leído del autor de *La Conquista del Pan*. Y no obstante, es sin duda el de más mérito, por ser el que más se adentra en los problemas que el anarquismo tiene planteados en el terreno científico. Su lectura se hace cada vez más in-

dispensable, pues en él se estudian muchos aspectos de la actual situación económica y social del mundo.—Precio, 1'10 pesetas.

Apología socrática.—Por Platón.—Pocos son los que conocen la obra completa del célebre filósofo griego. Su *República* en aquella época, precursora de concepciones humanistas, fué tachada de utópica. Su autor prefirió la cicut a la claudicación. Este hecho dispensa de todo elo-gio. En este libro hay mucho que aprender para llegar a la perfecta cordialidad entre los humanos.—Precio, 1'10 pe-setas.

Sobre el pasado y el porvenir del Pueblo.—Por Lamennáis.—Estudio crítico, acerbo y demoleedor con-tra todas las formas de la esclavitud que registra la histo-ria. Obra discutidísima que valió a su autor el anatema de la gente reaccionaria de todos los tiempos.—Precio, pe-setas, 1'10.

La Manoebia (La Maison Tellier).—Por Guy de Maupassant.—Literato eminente y sin apuliosidades vejatorias, describe con toda su crudeza las plagas de la corrupción humana, que como un *via crucis* lleva a sus espaldas, fomentando los centros del vicio mundanal. Su pluma describe magistralmente los vicios de esta sociedad en la que, cual tela de araña, quedan cogidas en ella las víctimas atraídas por el falso brillo, escogidas por los poder-rosos de entre las clases humildes para servirles de festín en sus inmorales orgías.—Precio, 1'10 pesetas.

Socialismo y Federalismo.—Por Miguel Baku-nin.—El coloso de las ideas y de la acción libertadora del pueblo. Pocas son en verdad las obras que cual la de Baku-nin, y sobre dicha materia, deben y pueden ser recomen-dadas a cuantos se precien de sustentar ideas nobles y humanas. Toda la obra de Bakunin es una labor monu-mental en sociología e ideas.—Precio, 1'10 pesetas.

El mundo nuevo. Por Luisa Michel.—Es este un libro que debe ser estudiado profundamente para conocer la perversidad humana encarnada en un hombre represen-tativo del sistema capitalista. Su autora, llamada con justia la «virgen roja», supo presentarnos maravillosamente el tipo real, dique de contención a todo avance idealista.—Precio, 1'50 pesetas.

La Justicia. Por P. J. Proudhon.—Punzante crítica de sistemas falsos y oscurantistas. Este libro es uno de los mejores de divulgación popular que tradujo Pi y Mar-gall a nuestro idioma y del cual no existía otra edición hasta ahora.—Precio, 1 peseta.

Problemas trascendentales.—Por F. Tarrida del Marmol.—La obra de vulgarización científica que realizó Tarrida, quedará perenne en el agradecimiento de cuantos no teniendo la suficiente preparación educativa por una infancia de trabajo, pueden, por esta insuperable obra, comprender y saborear multitud de conocimientos y enseñanzas útiles. Además, la obra, como a quienes va destinada, está hecha con un lenguaje claro y sencillo, además de amenísimo e interesante.—Precio, 1'10 pesetas.

Realismo e Idealismo.—Por E. Armand.—Es un libro de formidable crítica, de vibrante dinamismo. Cam-pea en sus páginas el concepto claro y definido, irrefuta-ble, como hijo de una conciencia recta y ecuánime. Armand es el infatigable luchador, el esforzado adalid de las campañas justas; para toda injusticia tiene siempre su pluma fustigadora y justiciera presta al combate. Pero además, en esta obra señala con certera visión los rasgos inconfundibles de verdadera individualidad manumitada de vicios y ancestrales prejuicios.—Precio, 1'50 pesetas.

Cómo educa el Estado a tu hijo.—Por Julio R. Barcos.—Un bello libro que destroza y construye a con-ciencia. Es de los pocos que han abordado el problema de la educación de brillante manera, con arrestos de hombre de fe y voluntad inquebrantables.—Precio, 5 pesetas.

Metafísica científica.—Por el doctor Leante.—Me-tafísica. Evolución del planeta que habitamos. El tiempo y el Espacio. El dinamismo de la civilización. Metapsí-quica. Consciencia e inconsciencia. La herencia del genio. La Reencarnación. Más allá de la muerte. Metapsíquica Freudiana. Evolución de la Ciencia. La Ciencia y la Magia. La Ciencia actual. Simbolismo.—Precio, 6 pesetas.

Carlota Gorday.—Por Margarita Leclerc.—Estudio psicológico y biográfico de Carlota Gorday, que asesinó a Marat.—Precio, 3'00 pesetas.

Dardos. Por Clemente Mangado.—Manejo de pensa-mientos. De este folleto se han editado 5.000 ejemplares, destinando el 50 por 100 de los beneficios a favor de los presos sociales.—Precio, 0'50 pesetas.

El voluntario superviviente. — Por Felipe Alaiz. — Contiene este volumen varias novelitas y narraciones de singular amenidad. — Precio, 0'65 pesetas.

Carlos Amaba. Por Pin de Pilara. — Novela juvenil. Pequeño glosario amoroso. — Precio, 0'35 pesetas.

El libro de Pedro. — Por Han Ryner. — «Han Ryner enseña; es el último descendiente de los antiguos maestros de Hellas, de quienes tiene el verbo armonioso; pero enseña sin sistema y sin dogmas. — Precio, 0'30 pesetas.

La vida como objetivo. — Por J. Krishnamurti. — Preciosa exposición filosófica de sus ideales conducentes a la felicidad universal. — Precio, 0'25 pesetas.

El amor, la mujer y el hijo. — Por Raul Odín. — Precio, 0'15 pesetas.

Colección "La Novela Mensual de ESTUDIOS"

Oranquebille. — Por Anatole France. — Nadie ha sabido ridiculizar las normas rígidas de la justicia escrita, como lo hace Anatole France en este *drama vulgar*, en el que se admira la fina ironía y el sublime estilo del gran escritor. — Precio, 0'50 pesetas.

La muerte de Oliverio Bécaille. — Por Emilio Zola. — El inmortal Zola muestra en esta preciosa novelita el contraste de una vida civil, muerta según la ley, con la libertad que adquiere la personalidad *desaparecida* a los ojos del mundo y sus convencionalismos. — Precio, 0'50 pesetas.

El Mareo. Por Alejandro Kuprin. — Una hermosa narración sirve de marco a unas vidas agitadas en la lucha revolucionaria y al planteamiento de un problema sentimental hondamente sugestivo. — Precio, 0'50 pesetas.

Luz de domingo. — Por Ramón Pérez de Ayala. — Es ésta una pequeña novela por su volumen, pero inmensa por su belleza incomparable y por la alta moralidad en que se inspira. El genial escritor enaltece el sentimiento del amor por encima de las bajezas del instinto y de la maledicencia. — Precio, 0'50 pesetas.

Infanticida. — Por Joaquín Dicenta. — Una formidable acusación contra la sociedad que vilipendia y desprecia a la joven incauta, caída en falta por la ignorancia en que a toda costa se quiere mantener a la juventud, hasta convertirla en *infanticida*. — Precio, 0'50 pesetas.

Urania. Por Camilo Flammarion. — Singular género literario éste de cantar las maravillas celestes en forma novelesca, que sólo podía estar reservado al genial poeta del universo, como muy justamente se ha dicho de Flammarion. El estudio de la astronomía hecho en forma altamente sugestiva e interesante. — Precio, 0'50 pesetas.

Seguirán apareciendo en esta colección un título cada mes, siempre de autores de reconocido prestigio universal.

DICCIONARIOS

(15 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores)

Enciclopedia SOPENA. En dos volúmenes. — Contiene 200.000 artículos, 50.000 biografías, 20.000 grabados, 87 mapas en negro y en color y 39 hermosas cromotipias. — 80 pesetas al contado y 90 a plazos.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española. — Publicado bajo la dirección de don José Alemany. — Contiene 90.000 artículos, 8.000 grabados, 2.000 retratos, 380 cuadros, 77 mapas en negro y color y 15 cromotipias. — 18 pesetas.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado LA FUENTE. — Contiene 80.000 artículos, 1.014 grabados, 370 retratos, 100 cuadros, 11 mapas en color y 3 cromotipias. — 9'00 pesetas.

Nuevo Diccionario de la Lengua Española. — Por don José Alemany. — Este Diccionario es un excelente compendio de la parte lexicográfica de la Enciclopedia Sopena. — 7 pesetas.

Diccionario Ilustrado ABISTOS. — 60.000 voces, 2.500 grabados. — 5'50 pesetas.

Diccionario de la Lengua Española. — Por Atlano Rancés. — Edición de bolsillo. — Contiene 45.000 voces y está ilustrado con 800 grabados. — 3'50 pesetas.

Diccionario Francés-Español y Español-Francés. Por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac. — Edición manuable. — Con la pronunciación figurada. — 5'50 pesetas.

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés. Por Ricardo Roberston. — Con la pronunciación figurada. — 5'50 pesetas.

Pequeño Diccionario de la Lengua Española I.T.E.R. — Edición de bolsillo. — 1'75 pesetas.

Diccionario I.T.E.R. Inglés-Español. — Edición de bolsillo. — 2'50 pesetas.

Diccionario I.T.E.R. Francés-Español. — Edición de bolsillo. — 2'50 pesetas.

Diccionario Filosófico. — Por Voltaire. — Obra trascendental, considerada como la más valiosa y fundamental de este genio inmortal. — Dos grandes tomos en tela. — 16 pesetas.

TARJETAS POSTALES DE "ESTUDIOS"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los retratos de los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran; un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un descubridor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I. — Kant, Rabindranat, Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dosztoevski, Larra y Pestalozzi.

SERIE II. — Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.

SERIE III. — Kierkegaard, Schiller, Veldzquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lallave, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.

SERIE IV. — Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Gantvet y Clapérede.

SERIE V. — Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.

SERIE VI. — Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.

SERIE VII. — Lobe de Vega, Tiziano, Ludmilla Pitoeff, Strawinski, Descartes, Justus Liebig, Harvey, Román Rolland, Darwin, Miguel Servet, Desmoulins y Andrelev.

SERIE VIII. — Bécquer, Rubens, Alberto Durero, Chopin, Raimundo Lulio, Raspañ, Galvani, Ch. Louis Philippe, Mendel, Luis Blanc, Theroigne de Mericourt y Stendhal.

Si interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 pesetas.

No se venden tarjetas sueltas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento.



El peor enemigo del progreso y de toda libertad es esa literatura pornográfica, depravada y cínica, que va convirtiendo a la juventud en rebaño servil y cretino, sin voluntad y sin conciencia de su papel en la vida.

Merced al amparo de que goza toda esa repugnante producción, indignamente llamada literaria, la juventud, cada vez más embrutecida por lecturas eróticas, lujuriosas y estúpidas, va perdiendo los últimos arrostos de su dignidad, descendiendo al más bajo y vil sensualismo,

del que es vergonzoso producto esa legión de *hombres-sombras*, impotentes e incapaces de sentir y pensar con nobleza moral; sin aspiraciones dignas y elevadas, sin ilusiones bellas y honrosas; inútiles, en fin, para lo que no sea entusiasmarse por todo lo trivial y tonto, por todo lo puerco y degenerante, y malgastar sus energías en banalidades torpes y perjudiciales.

Frente a esa avalancha embrutecedora y denigrante, hemos de oponer, con la medida que nuestros escasos recursos nos permitan, la labor de superación mental y física del hombre, la creación de una cultura ampliamente ecléctica y racional que haga comprender a esa juventud alocada que por encima de toda esa podredumbre histérica y viciosa están estas páginas, repletas de bellas enseñanzas, de conocimientos útiles, consagradas a liberar al hombre de la ignorancia y a crear una generación consciente y culta, capaz de llenar su augusta misión renovadora.

Para ello solicitamos de cuantos crean útil la labor de ESTUDIOS, ayuden a su difusión procurándole suscriptores, propagando su lectura en todas partes, y recomendando la lectura de sus libros.

Amenidad, Interés, Educación sexual, Arte, Conocimientos eugénicos para la vida privada, Ética moral y científica

Es una excelente Revista ecléctica mensual, en la que colaboran las más prestigiosas firmas de la intelectualidad española. Es una publicación de amplios horizontes científicos, de divulgación de conocimientos prácticos para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

56 páginas de texto selecto ... Precio del ejemplar, 50 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Para España, Portugal y América: Un año (12 números). 6'50 Ptas.

Para los demás países: Un año (12 números). 8'00 "

PAGO ANTICIPADO

A los corresponsales y libreros, el 20 por 100 de descuento

Toda correspondencia, giros, valores, etc., al Administrador:

J. JUAN PASTOR

APARTADO 158 - VALENCIA (ESPAÑA)

BOLETIN DE SUSCRIPCION

(Puede cortarse este Boletín y remitirse dentro de un sobre abierto, franqueado con un sello de dos céntimos)

Fecha

Sr. Administrador de ESTUDIOS:

Sírvase tomar nota para remitir una suscripción de ESTUDIOS, a partir del número del mes de a las señas abajo indicadas.

Para cuyo efecto, remito con esta fecha el importe anual de pesetas por Giro postal (1).

DIRECCIÓN:

Sr. D.

Calle

Población

Provincia

Firma,

(1) Si no se quiere o no se puede anticipar el importe, puede indicarse que se haga el envío del primer número a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir la Revista de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del suscriptor en este caso. El servicio de Reembolso sólo rige para España.

CUADERNOS DE CULTURA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Estos CUADERNOS se dirigen principalmente al autodidacto: al hombre que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo; al hombre que no dispone de tiempo ni medios adecuados para el cultivo metódico de su inteligencia y para el cual la vida es un panorama lleno de interrogantes; al hombre que desee penetrar en el conocimiento del mundo y del pensamiento humano y quiera formar su educación basándose exclusivamente en la lectura.

Estos CUADERNOS ponen ante el lector, en libritos económicos de limpio y fácil estilo, todas las disciplinas del saber humano, orientadas en un sentido claro, científico, imparcial.

Se publica un CUADERNO cada quince días, esmeradamente impreso en papel pluma, de 72 o más páginas, al precio de 60 céntimos cada uno. A los corresponsales y libreros, a 45 céntimos desde cinco ejemplares en adelante.

Van publicados los siguientes títulos:

- 1.—**Socialismo**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 2.—**Introducción al estudio de la Filosofía**, por F. Valera. (Agotado.)
- 3.—**El Universo**, por el doctor Roberto Remartínez.
- 4.—**Liberalismo**, por F. Valera.
- 5.—**La formación de la Economía Política**, por Marín Civera.
- 6.—**Sistemas de gobierno**, por M. Gómez.
- 7.—**Higiene individual o privada**, por el doctor Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—**Escritores y pueblo**, por Francisco Pina.
- 9.—**Sindicalismo: su organización y tendencia**, por Angel pestaña. (Agotado.)
- 10.—**La Vida (Biología)**, por Luis Huerta.
- 11.—**Nuestra casa solariega (Geografía)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—**Cómo se forma una biblioteca**, por Federico Carlos Sainz de Robles.
- 13.—**Monarquía y República**, por Alicia Garcioral. (Prólogo de Marcelino Domingo.)
- 14.—**América antes de Colón**, por Ramón J. Sender.
- 15.—**La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir**, por Edmundo González-Blanco.
- 16.—**La dramática vida de Miguel Bakunin**, por Juan G. de Luaces.
- 17.—**Uso y abuso de la tierra**, por Emilio Palomo.
- 18.—**La Escuela Única**, por José Ballester Gozalvo.
- 19.—**Democracia y Cristianismo**, por Marías Usero.
- 20.—**Introducción a la Historia Natural**, por Enrique Rioja.
- 21.—**Salvador Seguí ("Noy del Sucre")**, por José Vladin.
- 22.—**El mundo de habla española**, L. Basa.
- 23.—**El romancero español**, por R. de Campoamor Freire.
- 24.—**La vida de las plantas**, por Emilio Guinea.
- 25.—**Por la Escuela Renovada**, por Carmen Conde.
- 26.—**La Dictadura, la Juventud y la República**, por Lázaro Somoza Silva.
- 27.—**Gabriel Miró (El escritor y el hombre)**, por Juan Gil-Albert.
- 28.—**Cómo nació España (Primero de la Historia popular de España)**, por Gonzalo de Reparaz.



Como el Caballo de Attila

Por H. Noja Ruíz

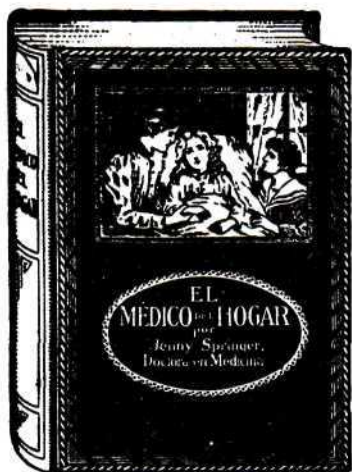
Pocas veces podrá tildarse de excepcional una obra con mayor motivo que a esta novela, última producción del conocido y admirado escritor Higinio Noja Ruíz.

Porque lo meritorio y lo que verdaderamente hace excepcional a un libro no es sólo su trama novelesca, lo emocionante y episódico de su narración, sino la trascendencia de las ideas a cuyo fuego se forja su producción, el concepto elevado que sugiere su lectura, finalidad artística a que aspiró el autor para dar forma vital a una nueva concepción más humana y más digna, a una moral superior a que forzosamente han de encaminarse las relaciones de humana convivencia.

El mundo contemporáneo, casi sin excepción, repudia por bárbara e inútil la odiosa pena de muerte, baldón ignominioso de nuestro siglo (ineficaz cuan innoble recurso vengativo, que no justiciero, de la sociedad contra el malhechor, muchas veces triste guñapo del vicio que la misma sociedad fomenta, dañino e inconsciente instrumento del ambiente ineducado), y que a pesar de todo mantiene en vigencia el Código.

Crear un estado de conciencia colectiva adverso a la aplicación de la repugnante condena, impulsar ese estado de opinión hasta borrar del articulado que sanciona las faltas de los hombres ese oprobioso artefacto llamado patíbulo, es labor trascendental y digna. A ello tiende la novela de Higinio Noja Ruíz, abordando un problema original y de honda penetración psicológica, con estilo claro, preciso, ameno, que le consagra como uno de los mejores escritores de vanguardia.

Un volumen de 324 páginas, magníficamente impreso en papel pluma, con portada a tricromía. Precio, 5 pesetas.



EL MÉDICO DEL HOGAR

Por la Dra. Jenny Springer

Obra verdaderamente sensacional, importantísima, indispensable en todos los hogares. Es un libro de consulta y de estudio; el consejero acertado, exacto y desinteresado, el amigo verdadero de la salud. Poseer esta hermosa obra en casa es asegurar su salud, su felicidad, y la de los suyos; es poseer un tesoro científico que le defiende de los posibles errores del profesionalismo médico. Forma un precioso tomo de 942 páginas, con 936 grabados, 56 láminas en colores y 3 suplementos: Enfermedades sexuales (con 3 láminas). Desarrollo del hombre (con 8 láminas), y dos modelos anatómicos desmontables del hombre y de la mujer.—Lujosamente encuadernado.—Precio 40 pesetas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 10 por 100 de descuento.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia
de Medicina de Barcelona
Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón.

Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 3 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 92. — Abril 1931

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.